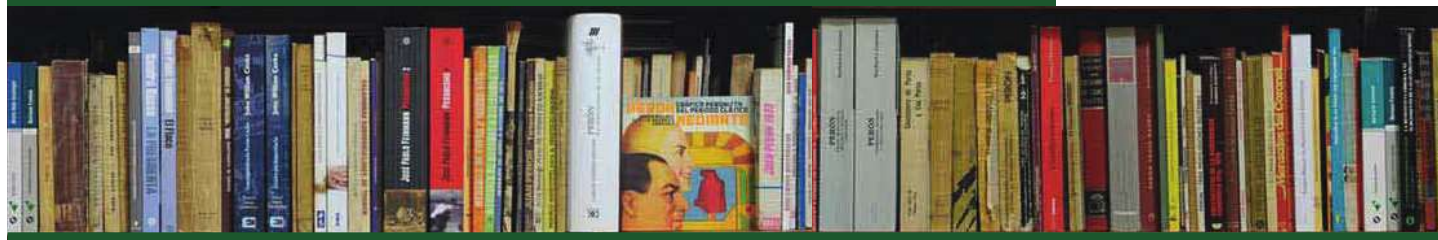


El peronismo en sus fuentes

FICHA DE TRABAJO
Diciembre 2020
www.peronlibros.com.ar



Notas y críticas de Ramón Doll (1943-1955)

DARIO PULFER

2020

El peronismo en sus fuentes



INTRODUCCION

Esta ficha tiene como objetivo reconstruir la producción de Ramón Doll en el período que se abre en el año 1943 y dura hasta 1955.

Desde la primera fecha Doll no publica más libros ni folletos. Solo se produce la reedición de un pequeño opúsculo.¹

En ese tiempo participa de manera discontinua y fragmentaria con notas periodísticas y crítica de libros.²

Hace décadas fue señalada la necesidad de reunir esa prosa dispersa³ ya que resulta real que un buen número de esas colaboraciones, en revistas de distinto corte, no han sido tenidas en cuenta en las obras que buscaron integrar sus trabajos.

Ello obedece a diversas cuestiones. Por un lado, las de orden editorial; por otro las ligadas a cuestiones de orden historiográfico. Tampoco faltan las razones de archivo.

En cuanto a las de orden editorial tenemos dos publicaciones que reúnen textos de Doll.

La primera de ellas originada en la Editorial Peña Lillo en la que publican materiales del autor, editados entre 1928 y 1952 en volúmenes, diarios y revistas, ordenados por Arturo Cambours Ocampo.⁴ Esa selección se orienta, fundamentalmente, a recuperar trabajos de crítica literaria.

La segunda corresponde a la Biblioteca del Pensamiento Nacionalista en la que realizan una clara exclusión de las notas escritas por Doll con posterioridad a 1945. El énfasis en la recuperación de libros completos de la etapa “nacionalista” del autor, en las que incursiona en el

¹ DOLL, Ramón. Las mentiras de Sarmiento. Bs.As., Editorial Federacion, 1952. Tiene pie de imprenta en Perú 359, sede del IIHJMR. La primera edición data de 1939 y había sido publicada por Ediciones del Renacimiento argentino, como Publicación del IIHJMR, Colección Actualidades Núm.1. La obra había sido realizada en colaboración con Guillermo Cano (h). El origen del trabajo había sido una comunicación presentada al Primer Congreso de Historia de Cuyo, desarrollado en Mendoza en el año 1937, publicado por Editorial Di Bello.

² “El escritor tiene entonces cuarenta y siete años cumplidos, edad en que puede suponerse a un intelectual en madura plenitud. Sin embargo, a partir de este momento se encierra en un mutismo que va a ser cada vez más hondo. Ya no publicará ningún libro, ni ningún folleto. Apenas sólo quebrará el silencio, de vez en cuando, con algún artículo, en general, chato y anodino. Así, aquella inteligencia poderosa de Ramón Doll ingresa a un cono de sombra que durará hasta su muerte veintisiete años después”. GALASSO, Norberto. Ramón Doll: socialismo o fascismo. Bs.As., CEAL, 1989.p.130.

³ “Uno de los críticos de ideas más vigorosos y singulares que ha tenido nuestro país en la época contemporánea fue, sin duda, Ramón Doll quien recogió una parte muy reducida de su enorme labor, dispersa en los más variados periódicos y revistas...Cuando se recoga esta voluminosa producción se podrá apreciar el valor de su inteligencia y la calidad de su obra, mordaz e incisiva, pero siempre talentosa y orientada por un patriotismo que lo animó, aun en las actitudes políticas más encontradas”. ZULETA ALVAREZ, Enrique. El nacionalismo argentino. Bs.As., La Bastilla, 1975. T.II.p.690.

⁴ DOLL, Ramón. Lugones el apolítico y otros ensayos. Bs.As., Peña Lillo, 1967.

El peronismo en sus fuentes



antisemitismo y el anticomunismo más virulento, hace que los editores obvien esta producción.⁵ Esta selección habla de posicionamientos político - historiográficos, habiéndose privilegiado la difusión de materiales afines con el nacionalismo doctrinario, evitando referencias sobre su participación al interior del peronismo gobernante. Alcanza con señalar, que Doll fue letrado de la fiscalía de Estado de la Provincia de Buenos Aires en tiempos de la dirección por parte de Arturo Enrique Sampay de ese organismo; participó de la creación de ADEA; colaboró en la Revista *SEXTO CONTINENTE*; siguió como responsable de crítica de la Revista del Instituto Juan Manuel de Rosas, publicó notas en *LA PRENSA* (bajo control cegetista) e integró las Comisiones Pro-Repatriación de los restos de Rosas encabezadas por Alejandro Olmos y José María Rosa, respectivamente en el año 1951 y 1954.

Las cuestiones de archivo se derivan de la dificultad para contar en repositorios públicos con las series de publicaciones de escasa difusión o que salieron por un período limitado de tiempo para la consulta.

En lo que sigue realizamos una breve introducción situando algunos antecedentes de la figura de Doll, para facilitar su ubicación y la contextualización de algunas piezas producidas en el período peronista. De allí se deriva la selección de materiales que se presentan en el anexo documental en orden cronológico, con la finalidad exclusiva de reproducir las piezas, sin entrar al análisis ni la valoración de la calidad de las mismas.⁶

Queda pendiente la revisión de producciones posteriores a 1955, en las que, si seguimos la lógica del presente trabajo, aparecerán, quizá con menor intensidad, trabajos del autor.

ANTECEDENTES

En el año 1934 Doll había saludado el libro de los hermanos Irazusta. En la Revista *CLARIDAD* había destacado que albergaba “una visión auténtica, argentina, local, de la realidad nacional, porque, aparte de algunos descuidos, desentraña el verdadero sentido de las fuerzas que aparecen en conflicto durante el pasado y aún en el presente”.⁷ Para Doll “el descuido” de los entrerrianos se originaba en el acento en la cuestión ideológica cuando en realidad se trataba de

⁵ DOLL, Ramón. Acerca de una política nacional y otros trabajos. Biblioteca del Pensamiento Nacionalista. Tomo V. Bs.As., Dictio, 1975.

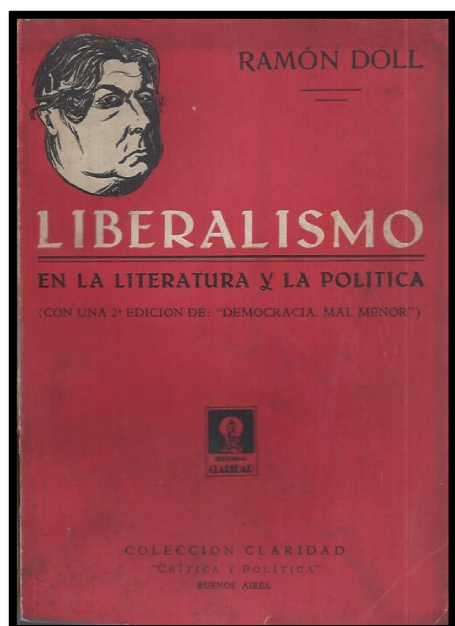
⁶ Somos conscientes que no refleja la totalidad de los escritos. Solo por dar un ejemplo falta realizar la revisión completa de la Colección de ALIANZA.

⁷ DOLL, Ramón. Grandeza y miseria de la oligarquía argentina: La realidad nacional sin cartabones extranjeros. en *CLARIDAD*. Año XIII. Número 277. Incluido en DOLL, Ramón. Liberalismo en la literatura y la política (con una 2ª edición de “Democracia, mal menor”). Bs.As., Claridad, 1935. p.42 y ss.

El peronismo en sus fuentes



una problemática de “factoría”, “mercado”, “casta oligárquica” e “imperialismo”. O sea: factores materiales. Incluye esa crítica en un libro que reúne una serie de materiales de época.⁸



Esa es la base, de su migración posterior hacia el nacionalismo.

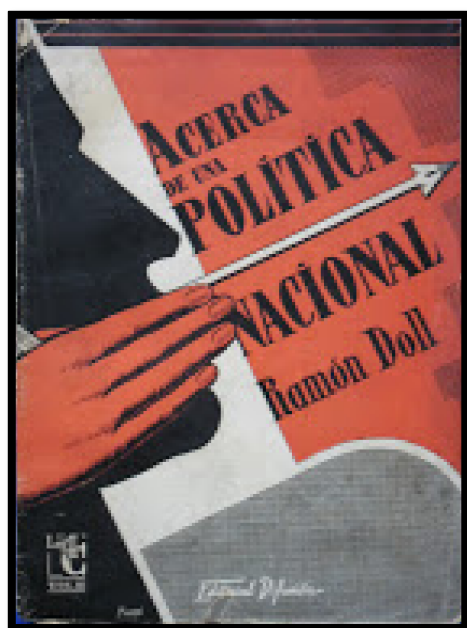
Se pronuncia en favor de Franco.

En el año 1938 participa de la Fundación del Instituto de Investigaciones Históricas Juan Manuel de Rosas.

En el año 1939 publica *Acerca de una política nacional*.⁹ Es prologado por Julio Irazusta.

⁸ DOLL, Ramón. Liberalismo en la literatura y en la política. Bs.As., Claridad, 1935.

⁹ DOLL, Ramón. Acerca de una política nacional. Bs.As., Difusión, 1939. En la colección las Cuatro C, dirigida por el sacerdote jesuita Leonardo Castellani. Las expresiones antisemitas aparecen en la tercera parte: Las llagas del país: judaísmo, materialismo, intelectualismo. p.63 y ss.



Doll, como publicista, escribe en diversos medios nacionalistas: desde *CRISOL* hasta *NUEVO ORDEN*, más allá de la diversidad de posiciones políticas que sostienen esas publicaciones en el ámbito de la familia ideológica del nacionalismo argentino de entonces.

Camino a las elecciones nacionales del año 1943 estos grupos convocan al Congreso de la Recuperación Nacional. Lo hacen mediante una circular. El mismo se desarrolla el día 16 de diciembre de 1942 en el Salón Augusteo.

Preside el Congreso el Coronel Carlos A. Gómez (S.R.) quien luego de las estrofas del Himno Nacional, toma juramento simbólico a César Pico “sobre los Santos Evangelios en representación de sus colegas”.¹⁰ Se eligen autoridades del Congreso: ratifican a Gómez como presidente y designan a Nimio de Anquin como vicepresidente primero; a Frank Soler como vicepresidente segundo; Federico Leloir como vicepresidente tercero y como Secretario General figura Ramón Doll.

Hicieron uso de la palabra el Coronel Gómez y Alberto Caprile (h) por la junta organizadora.

La Secretaría dio lectura a algunas adhesiones o comunicaciones recibidas (Carlos Iburguren, Cosme Massini Ezcurra, Carlos Indalecio Gómez).

Participan cerca de 350 congresales. Entre ellos se encuentran: Nimio de Anquin, Carlos Astrada, José Luis Torres, etc.

¹⁰ EL FORTIN. Número 1. 6 de febrero de 1943. P.9.

El peronismo en sus fuentes



Abiertas las sesiones se produjo un acalorado debate en torno a la posición de las fuerzas nacionalistas en relación a los comicios, centrándose el debate en torno a la concurrencia o no al acto electoral.

Habla Marcelo Sánchez Sorondo apoyando la concurrencia y abogando por candidatos propios. Avalan su posición Héctor Sáenz Quesada, Bonifacio Lastra, Basilio Serrano, Roberto Laferrere y Héctor Bernardo.

Esa es la determinación de la fuerza nacionalista que más figuras reúne en ese momento.¹¹ Fuera de ese espacio se encontraban: el grupo Renovación de Bonifacio del Carril; la Alianza Libertadora de Queraltó; los grupos orientados por Osés que se expresaban en *CRISOL* y *EL PAMPERO*; la Unión Cívica Nacionalista de Gutiérrez Herrero con *LIBERACION* y los hermanos Irazusta con su periódico *VOZ DEL PLATA*. Otra había sido la posición de Ernesto Palacio y Raúl Guillermo Carrizo que prefirieron insertarse en las filas del radicalismo. Más allá, aunque buscando identificarse con las banderas nacionalistas, se encontraba Manuel Fresco, utilizando como medio gráfico a *CABILDO*, que concluirá en alianza con el Geneeal Juan B. Molina.

El Congreso designa como Junta Ejecutiva a Roberto Laferrere como presidente acompañado en la secretaria general por Emilio de Alzaga. Doll figura entre los vocales.

El día 21 de diciembre realizan un mitin en el Teatro Comedia, en el que hacen uso de la palabra Ferrari Nicolay y Ramón Doll.¹²

En esos días, si bien se había comprometido en esa empresa, Doll colabora con *LIBERACION*, órgano del Partido Unión Cívica Nacionalista, orientada por Emilio Gutiérrez Herrero, desgajado de la Alianza de la Juventud Nacionalista¹³ y participa en actos de la misma Alianza Libertadora compartiendo giras por el interior con Queraltó.¹⁴

¹¹ En pp.502-503 ZULETA ALVAREZ, siguiendo a NAVARRO GERASSI dice que la conclusión del Congreso fue la de esperar, lo que parcialmente es cierto. La espera se refería a la definición de candidaturas y apoyos en los comicios, no en cuanto a la participación en las elecciones nacionales. Esto da por tierra con la tesis del exclusivismo de los Irazusta en materia electoral en esa coyuntura.

¹² DOLL, Ramón. A los nacionalistas que se inquietan. Carta leída en el mitin del 21 de diciembre. En EL FORTIN. Número 1. p.13. REPRODUCIDO EN ANEXO DOCUMENTAL.

¹³ ZULETA ALVAREZ, Enrique. ob.cit.p.499.

¹⁴ CAPIZZANO, Hernán. Alianza Libertadora Nacionalista. Historia y crónica (1935-1953). Bs.As.; Memoria y Archivo, 2013. p.135.



En una reunión del 17 de febrero de 1943 se constituye el Movimiento Nacionalista de la Recuperación Nacional ante la justicia federal, con la finalidad de “hacer posible la gravitación de la opinión nacionalista en los comicios presidenciales de 1943”.¹⁵

Proyectan la convocatoria a un Congreso Nacional, siendo el anterior, según señalan los propios organizadores “integrado por ciudadanos que actúan en la Ciudad de Buenos Aires”.¹⁶

Luego de algunos años¹⁷, Doll vuelve a publicar un libro en abril de 1943. Lo hace en la Editorial La Mazorca, en la “Colección anticomunista” dirigida por Bruno Jacovella. Es el volumen I de la misma y lleva como título *Itinerario de la Revolución Rusa*.¹⁸

¹⁵ EL FORTIN. Número 1. 6 de febrero de 1943.p.16.

¹⁶ Id., p.16.

¹⁷ DOLL, Ramón. Acerca de la política nacional. Bs.As., Difusión, 1939, había reunido una serie de ensayos en la que combinaba motivos revisionistas, nacionalistas y un antisemitismo creciente. Ese registro se pronunciaría en artículos publicados en NUEVA POLITICA.

¹⁸ DOLL, Ramón. Itinerario de la Revolución Rusa. Bs.As., Ed. La Mazorca, 1943. Este “libelo fascista”, plagado de fragmentos antirevolucionarios, antisemitas y antiproletarios, señalaría, para Galasso su “demoronamiento intelectual”. GALASSO, Norberto. ob.cit.p.129.

El peronismo en sus fuentes



Para el 1 de mayo se realiza la Marcha del Día del Trabajo en la Plaza San Martín, organizada por la Alianza Libertadora Nacionalista. Concurren 50.000 personas. Hablan Eduardo Roca, Arturo Palenque Carreras, Bonifacio Lastra y Alberto Bernaudo.¹⁹

Doll prologa el libro de Font Ezcurra, titulado *San Martín y Rosas*.²⁰

Poco después Doll ve con expectativas el golpe militar de 1943. Aunque no es un golpe que los “nacionalistas” consideraran suyo, las fracciones militares afines al nacionalismo doctrinario tienen significativa influencia en distintos sectores de la administración nacional y en un grupo de provincias en las que asumen posiciones en las intervenciones federales.

De ese modo, tres meses después del golpe militar, Ramón Doll participa de la intervención en la provincia de Tucumán encabezada por Alberto Baldrich.²¹ Se desempeña como Ministro de Hacienda. Esa gestión dura solo unos meses, extendiéndose entre agosto de 1943 y abril de 1944. El cambio de gobierno de Ramírez a Farrell con la ruptura de relaciones con el Eje ocasiona una situación de disvisión en el grupo de gobierno ya que Federico Ibarguren y Santiago de Estrada declaran duelo en sus respectivos espacios. Baldrich los apresa y los envía en esa condición a Villa Devoto. Poco después se produce el encumbramiento de Baldrich como

¹⁹ “Fue un hecho que el mitin nacionalista del 1 de mayo, con su prédica contra el Régimen y el anuncio de iniciar la lucha contra el candidato oficialista y de defender la soberanía y la posición neutralista del país, influyó con carácter decisivo ‘en la formación de la conciencia nacional del Ejército’ como bien lo señaló el propio Lastra”. CHAVEZ, Fermín. Perón y el peronismo en la historia contemporánea. Bs.As., Oriente, 1984. T.I. p.202.

²⁰ DOLL, Ramón. Prólogo a FONT EZCURRA, Ricardo. *San Martín y Rosas*. Bs.As., La Mazorca, 1943. REPRODUCIDO EN ANEXO DOCUMENTAL.

²¹ Dirigente nacionalista. Abogado. Profesor de la Escuela Superior de Guerra y del Círculo Militar. Hijo del General Alfonso Baldrich.

El peronismo en sus fuentes



Ministro de Justicia e Instrucción Pública a nivel nacional, aunque el grupo político del nacionalismo elitista comienza a debilitarse en su posición a nivel local.²²

En diciembre de 1943 Doll escribe en el periódico *LIBERACION*, sosteniendo que la derrota del Eje afectaría a los nacionalistas, aludiendo al “trauma psicológico que van a sufrir esas generaciones que jugaron todo a una sola carta”.²³

Poco después Doll es designado como interventor en la Universidad de Cuyo. Se desempeña en esa función durante el año 1944, designado por Gustavo Martínez Zuviria para suceder a Carlos Pithod.²⁴

AÑO 1945

En tiempos de la intervención de la Provincia de Buenos Aires por parte de Atilio Bramuglia es designado fiscal de Estado Arturo Enrique Sampay. Entre los asesores letrados de la fiscalía se incorpora Ramón Doll, valiéndose de su título de abogado y antecedentes.

Se encuentra entre los intelectuales que apoyan al naciente peronismo²⁵.

Reactiva sus vínculos con los Alianza Libertadora Nacionalista y escribe en el periódico de la agrupación.

Al mismo tiempo, colabora con el equipo de la publicación *POLITICA*, dirigida por Ernesto Palacio.²⁶ Desde esa plataforma organizan la Unión Revolucionaria que apoya la candidatura de Perón a la presidencia de la Nación. Fijan sede en Victoria 476. Llamam a la afiliación. Sus consignas: “Lucha por el cumplimiento integral de la Revolución Nacional”; “Frente a la Unión Oligárquica: ¡La Unión Revolucionaria!”; “Por una democracia efectiva. Sin oligarquía. Sin fraude. Sin peculado. Por la Justicia Social. Por la liberación económica del país”.

Buscan captar al electorado radical de la Capital Federal. Incluyen una historia gráfica de la vida de Yrigoyen. Difunden las acciones de la Junta Renovadora. Incluyen notas sobre la reforma universitaria interpelando a los estudiantes. Promuevan la venta de almanaques Yrigoyen-

²² PAVETTI, Oscar. Una experiencia de gobierno del nacionalismo católico. En ANUARIO IEHS. 26 (2011). pág.167-186.

²³ DOLL, Ramón. Liberación. 15 de diciembre de 1943. Citado por CAPIZZANO, Hernán. Ob.cit.p.203.

²⁴ FARES, Celina. Universidad y nacionalismos en la Mendoza posperonista. Itinerarios intelectuales y posiciones historiográficas en los orígenes de la Facultad de ciencias políticas y sociales. En ANUARIO IEHS. 26 (2011).pág.215-238.

²⁵ CHAVEZ, Fermín. Perón y el peronismo en la historia contemporánea. Bs.As., Oriente, 1988. T 2. pág. 220. CHAVEZ, Fermín. La recuperación de la conciencia nacional. Bs.As., Peña Lillo, 1983. Pág.140.

²⁶ La mayor parte de los artículos no llevan firma.

El peronismo en sus fuentes



Perón. Publicitan la reedición de la biografía de Gálvez sobre Yrigoyen. Titulan: Perón-Quijano es la fórmula radical.²⁷

Organizan un ciclo de conferencias. El primer orador es Raúl Scalabrini Ortiz. Su discurso titulado “Esperanzas para una grandeza argentina” es reproducido en el semanario.²⁸

Luego del triunfo electoral de Perón *POLITICA* publica la reproducción del documento suscripto por un grupo de escritores rechazando la publicación del *Libro Azul* y la intromisión de Braden en la política local.²⁹ Entre ellos se cuenta Doll.

Los Intelectuales Contra la Insolencia Extranjera

EL mes pasado, a poco de conocerse el contenido del insolente “Libro Azul” pergeñado por Braden con fines electorales, destinado a afianzar en la Argentina la posición de la Unión Democrática, (con los resultados que hemos visto), un numeroso grupo de intelectuales manifestó su repudio a la política intromisora del mencionado extranjero. Es el momento de hacer conocer la lista íntegra de quienes suscribieron el documento, que textualmente expresa así:

DECLARACION

Los escritores argentinos que suscriben, declaran: Que el “Libro Azul”, publicado por el departamento de Estado de la Unión Norteamericana, importa un agravio a la soberanía de la nación argentina y una intolerable intromisión en la política interna del país.

Raúl Guillermo Carrizo, Pedro Juan Vignale, Arturo Cancela, E. M. S. Danero, Bonifacio Lastra, Arturo Palenque Carreras, Vicente Fidel López, Juan Oscar Ponterrada, Justo E. Sola, Héctor Sáenz y Quesada, Antonio M. Molinari, José Luis Torres, José Gobel, Vicente D. Sierra, Mariano López Palmero, Homero M. Guglielmini, Armando Cascella, Carlos Astrada, Ernesto Palacio, Lautaro Durañona y Vedia, Leonardo Castellani, Hugo Marcone, A. Xuj Solar, José María Fernández Unsain, José María Rosa (h.), Rodolfo Amadeo Strolli, Tomás de Lara, J. Castañeira de Dios, Leopoldo Marechal, Raúl Scalabrini Ortiz, Ramón Doll, Juan Zocchi, Carlos Alberto Silva, Carlos Obligado, Julio Elena de la Sota, Claudio Martínez Payva, Lisardo Zia, Ignacio B. Anzoátegui, Juan Alfonso Carrizo, Rafael Gijena Sánchez, Bruno Jacovella, Juan Pablo Oliver, Juan Giacobbe, Manuel Rojas Silveira, Carlos Ibarguren, Rodolfo Lestrade, Ricardo Font Ezcurra, Diego Luis Molinari, Jaime Gálvez, Benjamín Villafañe, Carlos Mazzuca Mc. Leish, Miguel P. Tato, Alberto Ezcurra Medrano, César E. Pico, Gastón Terán, Alberto V. Tegán, Ortiz Behety, Hernán Benítez, Jorge Luna Valdez, Alfredo J. Villegas Oromi, Benítez de Aldama, Justo Pallarés Acébal, Pedro J. Felíz Vildósola, Antonio Monti, Manuel Gálvez, Alberto Vacarezza, Arturo Horacio Ghida, Samuel W. Medrano, Héctor Villanueva, Enrique Lavié, Olegario V. Andrade, Pilar de Lusarreta, Teófilo Otero Oliva, Carlos Dalmiro Viale, Carlos Abregú Virreira y Máximo Etchecopar.

En el libro propiciado por el Departamento de Estado de la Unión se hacía referencia a varios de los medios en los que había colaborado Doll, como *Crisol*, *El Pampero*, *Nuevo Orden* o *Cabildo*.³⁰ Esa inclusión constituye un factor importante a tener en cuenta al momento de comprender el alineamiento de varios cuadros intelectuales provenientes del nacionalismo con

²⁷ *POLITICA*. 17 de enero de 1946. Pág. 1.

²⁸ SCALABRINI ORTIZ, Raúl. Esperanzas para una grandeza argentina. en *POLITICA*. 9 de enero de 1946. Pág.5.

²⁹ *POLITICA*. 27 de marzo de 1946. Pág. 8.

³⁰ UNITED STATES GOVERNMENT. Blue Book on Argentina. Greenberg Publisher, 1946. p.23 y ss.



el naciente peronismo. Recordemos que poco tiempo habían roto lanzas con el ascendente Coronel con motivo de la ruptura de la neutralidad y la aceptación de las Actas de Chapultepec.³¹

GOBIERNOS PERONISTAS

En tiempos del peronismo, como decíamos, se desempeña como relator letrado de la Fiscalía de Estado de la Provincia de Buenos Aires.³² Cabe señalar que en ese momento el titular de la repartición era Arturo Enrique Sampay, quien había participado como sub asesor general del interventor Atilio Bramuglia y luego fue ascendido a Fiscal de Estado.³³

Desde ese espacio se llevan adelante una serie de medidas contra la Compañía Eléctrica de la Provincia y el grupo Bemberg, por evasión impositiva. Entre los litigantes se encuentran José Luis Torres y Juan Pablo Oliver, de orientación nacionalista.

Al asumir la gobernación Mercante, por el voto popular, eleva el pliego de Sampay a la Legislatura, siendo ratificado por el voto unánime de las cámaras. En ese tiempo, junto a Jauretche que está al frente del Banco Provincia, impulsan la estatización total de la entidad. Doll, por ese tiempo, está dedicado a tiempo completo a estas tareas. No participa en el IIHJMR, ni en función directiva ni con colaboraciones de crítica, como solía hacerlo.³⁴

En la *Guía quincenal de actividades culturales*, publicada por la Comisión Nacional de Cultura, aparecen los intelectuales y artistas que responden a una convocatoria del Presidente Perón, del día 13 de noviembre de 1947, en el Salón Blanco de la Casa de Gobierno, entre los cuales se encuentra Doll. La lista completa es: José María Castro, Alfredo Guido, Carlos Ibarguren, José León Pagano, Ricardo Rodríguez, Raúl Silva Montaner, Jesús H. Paz, G. Martínez Zuviría, Felipe Barreda Laos, José María Rosa (H), Alfredo Díaz de Molina, Antonio P. Castro, E.M.S. Danero, Claudio Martínez Paiva y señora, Juan Zocchi, Miguel A. Martínez Gálvez, Enrique W. Philippeaux, Mario César Gras, Arturo Cancela, Atilio García Mellid, Pilar de Lusarreta, Carlos Cossio, Julio V. Otaola, César Pugliese, Fortunato E. Mendilaharsu, Eduardo Colombres Mármol, Juan Zuretti, Raúl de Labougle, Christoval de Camargo, Pablo Duerós Hicken, Emilio D. Cipolletti, Serviliano Goller, Arturo Lagorio, Homero M. Guglielmini, Félix

³¹ BERAZA, Luis F. Los nacionalistas. Bs.As., Cántaro, 2005. p.55.

³² QUIEN ES QUIEN EN LA ARGENTINA. Bs.As., Kraft, 1955. p.219.

³³ Sub Asesor General de Gobierno de la Provincia de Buenos Aires del 12-4-1945 al 4-9-1945 y Fiscal de Estado de la Provincia de Buenos Aires a partir del 5-9-1945. DE LUCA, Rubén. Funcionarios bonaerenses (1810-1950). Bs.As., Dunken, 2008.

³⁴ Revista del IIHJMR. Número 12. 1946.

El peronismo en sus fuentes



Molina Tellez, Lisardo Zía, Julio Jaimes Répide, Bartolomé Galíndez, Raúl Scalabrini Ortiz, Cap.de Fragata Jacinto Yaben, Carlos M.Gelly y Obes, Roberto Vagni, Rodolfo Franco, Luis Perlotti, Héctor Rocha, Francisco Prado, Josué Quesada, Héctor Villanueva, José L.Cordero, Héctor Sáenz Quesada, Rómulo Amadeo, León Rebollo Paz, José M.Espigares Moreno, Pedro Miguel Obligado, Juan Carlos Oliva Navarro, Juan Alfonso Carrizo, Magdalena Ivanisevich de D Angelo Rodríguez, Aurelio García Elorrio, Ernesto Mario Barreda, Juan Carlos Goyeneche, Mario Molina Pico, Manuel Villada Achaval, Carlos Abregú Virreira, Carlos Astrada, Arturo Cambours Ocampo, Armando Cascella, Raúl Quintana, Padre Virgilio Filippo, Padre Luis Gorosito Heredia, Manuel Gálvez y señora, José María Castiñeira de Dios, Ramón Doll, Tte. Gral Agustín Casá, Carlos Ibarguren(h), Federico Ibarguren, Vicente Fidel López, Rafael Jijena Sánchez, Manuel Gómez Carrillo, Alberto Vaccarezza, Jorge Luna Valdez, Enrique Gonzalez Trillo, Benito Quinquela Martín, Olegario V.Andrade, Luis Ortiz Behetty, Carlos Alberto Silva, Horacio Schiavo, Jorge Luna Valdez, Enrique Stieben, Rosauro Pérez Aubone, Leopoldo Marechal, Héctor C. Quesada, A. Armanini, Carlos de Jovellanos, Joaquín Linares, Arturo Mom, Romualdo Ardissonne, Martín Gil, Arturo Carranza Casares, Padre Julio Meinvielle, José Yepes, Juan José de Soiza Reilly, Paulino Mussachio, José Imbelloni, Raúl Salinas y Juan Carlos Moreno³⁵.

CREACION DE ADEA

Ante la convocatoria de Perón se aceleran los tiempos en el espacio de los escritores que adhieren a su gobierno y propuestas. Nace allí la asociación que agrupará a los escritores afines al peronismo. La iniciativa se despliega en el año 1947³⁶. “Arturo Cancela, escritor de talento, muy culto, vinculado a casi todos los colegas por haber dirigido unos años el suplemento literario de La Nación, decidió fundar otra sociedad”³⁷.

³⁵ Comisión Nacional de Cultura. Guía Quincenal de la actividad, intelectual y artística argentina. Año I N° 16. Diciembre de 1947. Según Rein ese encuentro fue interpretado por la Embajada Norteamericana como un encuentro entre Perón y el “nacionalismo de derecha” sin advertir la heterogeneidad de la concurrencia. National Archives, Documents of the Department of State, record group 59, College Park, MD, 835.42/11-1847, Buenos Aires Embassy to State Department, Nov.18, 1947. Rein, Raanan. Ob.cit.pag.57.

³⁶ Cancela dice que comienzan a trabajar “silenciosamente” desde febrero de 1946. Gálvez en su “Recuerdos” señala que “aún no estaba creada la sociedad cuando el coronel Perón invitó a una gran reunión en la Casa de Gobierno”, lo que sucede en noviembre de 1947. La organización se inicia en el año 1946, pero recién se formaliza en 1947 al calor de la convocatoria presidencial a los escritores y se acelera entre la reunión de noviembre (en la que nada se dice de A.D.E.A.) y una nueva convocatoria del mes de diciembre en la que surge un conflicto de representatividad manifiesto con la S.A.D.E.. Otro indicio: la aprobación del Estatuto en septiembre 1948 da la pauta de un trámite iniciado tradíamente.

³⁷ GALVEZ, Manuel. Recuerdos de la vida literaria. Bs.As., Taurus, 2003. T.II. Pág. 565-567.

El peronismo en sus fuentes



Un listado de los escritores que acompañan la iniciativa: Leopoldo Marechal, José María Castiñeira de Dios, Juan Alfonso Carrizo, Rafael Jijena Sánchez, Antonio Monti, Juan Oscar Ponferrada, Gustavo Martínez Zuviria, Alfredo Brandán Caraffa, Pilar de Lusarreta, Joaquín Gómez Bas, Carlos Ibarguren, Guillermo House, Atilio García Mellid, Arturo Lagorio, Carlos Obligado, Vicente Sierra, Delfina Bunge de Gálvez, Manuel Gálvez, Haydeé Frizzi de Longoni, Ernesto Bustamante, Carlos Jovellanos y Paseyro y Alberto Franco.

Al reunirse la Comisión Directiva redacta los Estatutos de la Asociación. En el título I, Art.1 queda establecido que la entidad gremial lleva el nombre de asociación de escritores argentinos (A.D.E.A.).

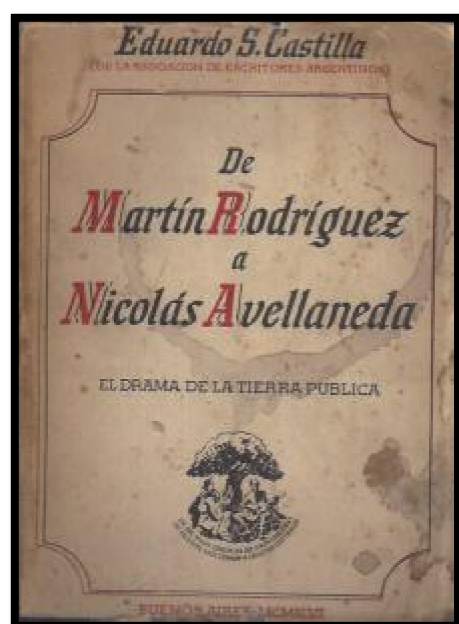
Este documento queda ad-referendum de la Asamblea General Extraordinaria. Es probable que el redactor del estatuto haya sido Carlos Jovellanos y Paseyro. Existe consenso en señalar que Arturo Cancela asume la secretaría general de la Asociación. José M. Castiñeira de Dios asume la Secretaría de Actas quedando a cargo de la publicación de un boletín de la institución.

La Asociación no estuvo adherida a la CGT³⁸ porque esto significaba una votación en Asamblea Extraordinaria y muchos de los miembros ya estaban encuadrados en otras entidades. Años más tarde, al crearse la Confederación General de Profesionales la ADEA se integra a ese espacio.

Con ese espacio comienzan a identificarse escritores de distinto relieve. Uno de ellos, Eduardo S. Castilla, al publicar su libro *De Martín Rodríguez a Nicolás Avellaneda, el drama de la tierra pública*, coloca la identificación con la Asociación tras su nombre y apellido y reproduce el logo de la reciente organización en la tapa del libro. En página 2, a modo de inspiración, el autor cita a Perón: “La tierra no debe ser un bien de renta sino un bien de trabajo”. A continuación reproducen el prólogo de Ramón Doll.³⁹

³⁸ Contra lo afirmado por GALVEZ, Manuel. Recuerdos de la vida literaria. Bs.As., Taurus, 2005. Pág. 565-567.

³⁹ CASTILLA, Eduardo S. De Martín Rodríguez a Nicolás Avellaneda, el drama de la tierra pública. Bs.As., s/d, 1947. Prólogo de Ramón Doll. REPRODUCIDO EN ANEXO DOCUMENTAL.



NUEVA CONVOCATORIA DE PERON

El 11 de diciembre del mismo año se realiza una nueva convocatoria a escritores. Intenta ser de mayor amplitud.

En la concurrencia a la reunión puede visualizarse la presencia de más miembros de la SADE. Entre los asistentes se encuentran: Miguel A. Martínez Gálvez, José María Rosa (h), Héctor Sáenz Quesada, Alfredo Diaz de Molina, Silvina Bullrich, Arturo Cancela, Pilar de Lusarreta, Abel H.Bravo, Eduardo Colombres Mármol, Raúl de Labougle, Christovan de Camargo, Eduardo M.Suárez Danero, Antonio P.Castro, José Saadi, Leónidas de Vedia, Horacio F. Rodríguez, Gustavo Martínez Zuviría, Emilio Cipolletti, Carlos Ibarguren, Julio L.Echeverria Benavente, Rafael González Villarruel, Raúl Salinas, Juan Solano, Raúl Silva Montaner, León Rebollo Paz, Julio Jaime Répide, Juan Antonio Villoldo, Aníbal E. Sorcaburu, Hipólito J. Paz, Juan Zocchi, José Luis Cordero, Carlos Cossio, Atilio García Mellid, Raúl Scalabrini Ortiz, Josué Quesada, Héctor Villanueva, José H.Espigares Moreno, Rómulo Amadeo, Rosauro Pérez Aubone, Martín Gil, Arturo Carranza Casares, Paulino Musacchio, Jorge Newton, Homero Guglielmini, Juan Pablo Echague, Arturo Marasso, Vicente E. Márquez Bello, Alfredo Villegas Oromí, Mario L.Smith, Nicanor Alurralde, Alberto Alvarez Hidalgo, José A. García Medina, Oscar Roqué, Vicente García Medina, presbítero Guillermo Furlong Cardiff, Mercedes Bebán, Julia Prilutzky Farny, Enrique P.Maroni, Alberto Vacarezza, Norberto Gorostiaga, Enrique Walter Phillippeaux, Arturo García Paladino, Pablo Ducrós Hicken, Ramón Roldán, Antonio Monti,

El peronismo en sus fuentes



Ismo P.Aimí, Blanca Alicia Casas, Miguel Angel Gómez, Salvador Merlino, Armando Seco, Hilaire Chaneton, Augusto González Castro, Alberto Palcos, Ricardo Levene, Augusto Landa, Fortunato Mendilaharsu, Maruja Pacheco Huergo, Antonio Herrero, Sisle Rodríguez, Rodolfo Oyhanarte, Eduardo Acevedo Diaz, Manuel Gálvez, Delfina Bunge de Gálvez, Raúl A. Entraigas, Rosa Bazán de Cámara, Ana Emilia Lahitte, Ilda Pina Shaw, Sixto C. Martelli, Héctor C. Quesada, José León Pagano, Isidoro García Santillán, Juan Cuccorese, León Ortiz de Rosas, José María Goñi Moreno, Donato Santiago Criscuolo, Narciso Binayán, Alberto Franco, José de España, Antonio Pérez Valiente de Moctezuma, José Torre Revello, Mario Nitti, Armando Cascella, Raúl Guillermo Carrizo, José M. Castiñeira de Dios, Ramón Doll, Juan Francisco Giacobbe, teniente coronel Agustín G. Casá, Carlos Ibarguren (h), Federico Ibarguren, Arturo Martín Jauretche, Rafael Jijena Sánchez, Bonifacio Lastra, Tomás de Lara, Jorge Luna Valdez, Roberto Lascano, Héctor Augusto Llambías, Leopoldo Marechal, Claudio Martínez Paiva, Celina E. R. Nasso de Martínez Paiva, Rómulo Zabala, Bernardo Canal Feijoo, Baldomero Lamella, Roberto A. Bonamino, Belisario Roldán, Vicente Tan, Julio V. Otaola, Athos Palma, Jacinto R. Yaben, Juan Pablo Oliver, Rafael J. de Rosa, Anibal F. Chizzini Melo, Amadeo Rodolfo Cirolli, Carlos Alberto Silva, José Luis Torres, J. Luis Trenti Rocamora, Oscar R. Suárez Caviglia, Juan Carlos Goyeneche, Olegario V. Andrade, Mariano López Palmero, presbítero Virgilio Filippo, Carlos Abregú Virreyra, Alberto Arizaga, Alfredo Tarruela, Raúl Quintana, Angel Ferreyra Cortés, Alberto Franco, Alberto Daniel Faleroni, Miguel Angel Echeverrigaray, Ricardo Luis Dillon, Carlos M. Castro Cranwell, Enrique Carrillo Bárcena, Roberto Antonio Murga, Roberto Amador García, Carlos de Jovellanos y Paseyro, Miguel Angel Gómez, Flora G.D. de Gómez Langenheim, José Jaime Gálvez, Fernando P. Márquez, Raúl T. Ezeiza Monasterio, Guillermo Lascerre Seguí Mármol, Carlos Mazzuca Mac Laish, Rosalba Aliaga Sarmiento, Jorge Atwell de Veiga, Carlos D. Viale, Enrique González Trillo, Carlos Stephen Soler, Ernesto Pedro Bustamante Barrenechea, Virgilio Oscar Sordelli, Antonio Montarcé Lastra, Alfredo Schock, Lucila de Gregorio Lavié, Luis Alfonso, Pedro Duilio Ferraro, Horacio Schiavo, Joaquín Linares, Arturo Cambours Ocampo, María Antonieta Centroni, presbítero Luis Gorosito Heredia, Ataliva Herrera, Josué T. Wilkes, Antonio Carlos Marfany, Manuel Vizoso Gorostiaga, José Luis Muñoz Azpiri, Mariano Fernández Mendoza, Elías Martínez Buteler, Luis Ortiz Behety, Emilio Suárez Calimano, Mario Carlos Troisi, Juan Carlos García Santillán, presbítero Rodolfo M. Ragucci, Julia Elena Palacios, Pacífico Rodríguez Villar, Lilio de Llamas, Valentín A. Thiebaut, Emilio Lagorio, Juan Govi, Alejandro de Isusi, Enrique Lavié, Vicente Trípoli, presbítero Ernesto Dann

El peronismo en sus fuentes



Obregón, Carlos Aparicio, Alfredo Goldsack Guñazú, Juan Fuscaldo, María Angélica Cano de Trufo, Alberto López Fidanza, Francisco M.Santillán y Juan Unamuno”.⁴⁰

Doll por ese tiempo continúa con sus tareas como Asesor letrado en la provincia de Buenos Aires. En 1948 vuelve a ocupar el cargo de secretario general del IIHJMR, siendo director Mario César Gras.

En la publicación del Instituto realiza comentarios de libros, retomando el oficio de crítico.

En el número 13 de la publicación comenta el libro de Mario César Gras titulado *Rosas y Urquiza*⁴¹; el libro de Pedro de Paoli llamado *Los motivos de Martín Fierro en la vida de José Hernández*⁴² y comenta Miguel Navarro Viola, el opositor victorioso de Agustín Rivero Astengo.⁴³

En su función de secretario del IIHJMR firma junto al presidente de la institución Mario C.Gras una nota dirigida al Presidente de la Nación. Dice así: “Participando de la indignación general que ha producido la revelación del complot tramado para atentarse contra la vida del Señor Presidente y de su Señora esposa, el instituto Juan Manuel de Rosas de Investigaciones Históricas, que tengo el honor de presidir, cumple con el deber de hacerle llegar mis más efusivas felicitaciones por haberse frustrado tan absurdo y criminal propósito”⁴⁴ Pocos días después reciben el acuse de recibo de Juan Duarte, secretario privado del Presidente, y por especial encargo del Excmo. Señor Presidente” le expresa "profundo reconocimiento por la sincera adhesión que le hace llegar, prueba de afecto que tanto valora y agradece”.⁴⁵

Esas notas van precedidas por una introducción titulada “A propósito de un complot”. En ese texto señalan: “Con motivo de haberse descubierto un complot contra la vida del Excmo. Señor Presidente de la República y su esposa, el Instituto creyó de su deber hacerse presente, condenando la descabellada tentativa que tantas reminiscencias sugiere con la conjuración de Maza y con aquella otra, más criminal aún, de la máquina infernal con que los vendepatrias de 1841, emigrados en Montevideo intentaron asesinar cobardemente al unificador de la República

⁴⁰ Diario La Prensa. 13 de diciembre 1947.

⁴¹ DOLL, Ramón. Mario César Gras. Rosas y Urquiza. Sus relaciones después de Caseros. En Revista IIHJMR. Número 13. Octubre de 1948. Pág.103 y ss. Reproducido en ANEXO

⁴² DOLL, Ramón. Pedro de Paoli. Los motivos del Martín Fierro en la vida de José Hernández. ob.cit.pág.106 y ss. Reproducido en ANEXO

⁴³ DOLL, Ramón. Agustín Rivero Astengo. Miguel Navarro Viola el opositor victorioso. ob.cit.pág.110 y ss. Reproducido en ANEXO

⁴⁴ Revista del Instituto Juan Manuel de Rosas. Número 13. Octubre 1948. p.125.

⁴⁵ Id.,p.126.

El peronismo en sus fuentes



porque, con su energía, talento y patriotismo, estorbaba sus planes antinacionales y extranjerizantes”.⁴⁶



En la entrega 14 se ocupa de los libros de Gálvez, titulada *La ciudad pintada de rojo*⁴⁷; *Filosofía y federalismo en el Río de la Plata* de Silvestre Pérez⁴⁸ y *Modalidades de la tiranía* de Rodolfo Moreno.⁴⁹

⁴⁶ Id.,p.125.

⁴⁷ DOLL, Ramón. Manuel Gálvez. La ciudad pintada de Rojo. Revista del IHHJR. Número 14. Febrero de 1949. pág.117 y ss. REPRODUCIDO EN ANEXO DOCUMENTAL.

⁴⁸ DOLL, Ramón. Filosofía y federalismo en el Río de la Plata, de Silvestre Pérez. ob.cit.p.118 y ss. REPRODUCIDO EN ANEXO DOCUMENTAL.

⁴⁹ DOLL, Ramón. Modalidades de la tiranía, de Rodolfo Moreno. ob.cit.p.121 y ss. REPRODUCIDO EN ANEXO DOCUMENTAL.

El peronismo en sus fuentes



Colabora esporádicamente en el periódico *ALIANZA*. En una nota referida al 17 de octubre de 1945 señala que: “ese días las masas traen el orden contra la voluntad de desorden de los favoritos de la fortuna acocherados con los propios comunistas”.⁵⁰

Por este tiempo escribe sobre “literatura nacional” y sobre “el significado del Martín Fierro”.⁵¹

En el año 1949 comienza a colaborar en la Revista *SEXTO CONTINENTE* que orienta Armando Cascella. Lo hace, como resulta habitual en sus intervenciones, con la crítica de libros.

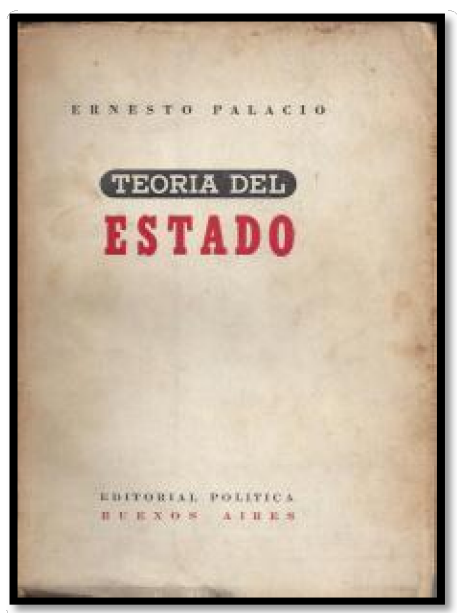
En el número 2, correspondiente a los meses de septiembre – octubre de ese año⁵², se dedica a comentar el libro de Ernesto Palacio titulado *Teoría del Estado*.⁵³

⁵⁰ DOLL, Ramón. En *ALIANZA*. Primera quincena de octubre de 1949. Citado por GALASSO, Norberto. ob.cit.p.134.

⁵¹ DOLL, Ramón. Alrededor de Martín Fierro y Notas sobre literatura nacional. Incluido en DOLL, Ramón. Lugones el apolítico y otros ensayos. Ob.cit.p. 193 y ss. y 201 y ss. REPRODUCIDO EN ANEXO DOCUMENTAL.

⁵² DOLL, Ramón. La clase dirigente: su rol en la política. *SEXTO CONTINENTE*. Número 2. Sept-oct 1949. p.41 y ss. REPRODUCIDO EN ANEXO DOCUMENTAL.

⁵³ PALACIO, Ernesto. *Teoría del Estado*. Bs.As., Política, 1949.



En el Número 5 comenta el libro “San Martín íntimo” de Carlos Ibarguren.⁵⁴

En el Número 6 analiza el libro de Burnham llamado “El imperio Mundial”.⁵⁵

José María Castiñeira se desempeñaba como Director General de Cultura hacia 1950. Le toca organizar las celebraciones de los 5 años del 17 de octubre. La *Guía de la actividad intelectual y artística Argentina* de la primera quincena refleja el programa a desarrollar. En ese número sale como figura destacada, en la sección “Valores de la cultura argentina”, Ramón Doll.

⁵⁴DOLL, Ramón. San Martín, íntimo, por Carlos Ibarguren. en SEXTO CONTINENTE. Número 5. septiembre 1950. p.106 y ss. REPRODUCIDO EN ANEXO DOCUMENTAL.

⁵⁵DOLL, Ramón. El imperio mundial, de James Burnham. en SEXTO CONTINENTE. Número 6. Octubre 1950. p.111 y ss. REPRODUCIDO EN ANEXO DOCUMENTAL.



Dicen de él: “Nada define más cabalmente la sólida estructura moral y el hondo fervor patriótico de este abogado de acrisolado talento, crítico literario y escritor fecundo, como la trascendencia de su obra y la sinceridad de su actuación. Es que a través de ella, Ramón Doll pulsa todos los resortes culturales y espirituales del país, expandiendo su personalidad austera con el contagioso latido de su alma y la plena exactitud de la palabra”. Detallan datos de su biografía y obras y consignan: “Obra inapelable por la calidad de su prosa y justeza de pensamiento, que cumplida con verdadero rigor crítico, se aparta de los juicios inveterados, para poner en descubierto el sentido acomodaticio de muchos escritores y publicistas, sin otra significación que la del éxito fácil e intrascendente. En esas páginas, Ramón Doll destaca aquellos valores negativos que sin riesgos ni compromisos éticos, se agotan en vanas y frías retóricas y en erudiciones inocuas; y que, como si desearan hurtar al pueblo todo razonamiento funcional y fecundo, le estimulan en cambio hacia la molición de un hedonístico conformismo, estéril para el país”. Y afirman de manera contundente: “Es con esa difícil condición de escritor y de crítico, que Ramón Doll llega a ser el intérprete de una nueva conciencia argentina”.⁵⁶

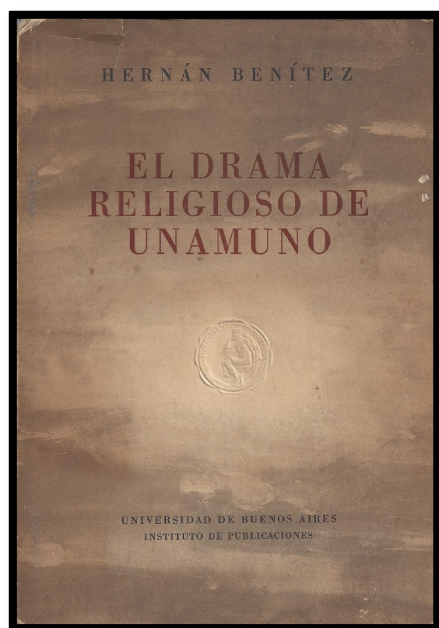
Al publicarse el libro del P. Hernán Benítez, sobre *El drama religioso de Unamuno*⁵⁷, realiza una crítica.⁵⁸

⁵⁶ GUIA QUINCENAL DE LA ACTIVIDAD INTELECTUAL Y ARTÍSTICA ARGENTINA. Valores de la cultura argentina: Ramón Doll. Número 72. Primera quincena de octubre de 1950. pág.52-54.

⁵⁷ BENITEZ, Hernán. El drama religioso de Miguel de Unamuno. Bs.As., UBA, 1949.

⁵⁸ DOLL, Ramón. El libro del P. Hernán Benítez sobre “El drama religioso de Unamuno”. REPRODUCIDO EN ANEXO DOCUMENTAL.

El peronismo en sus fuentes

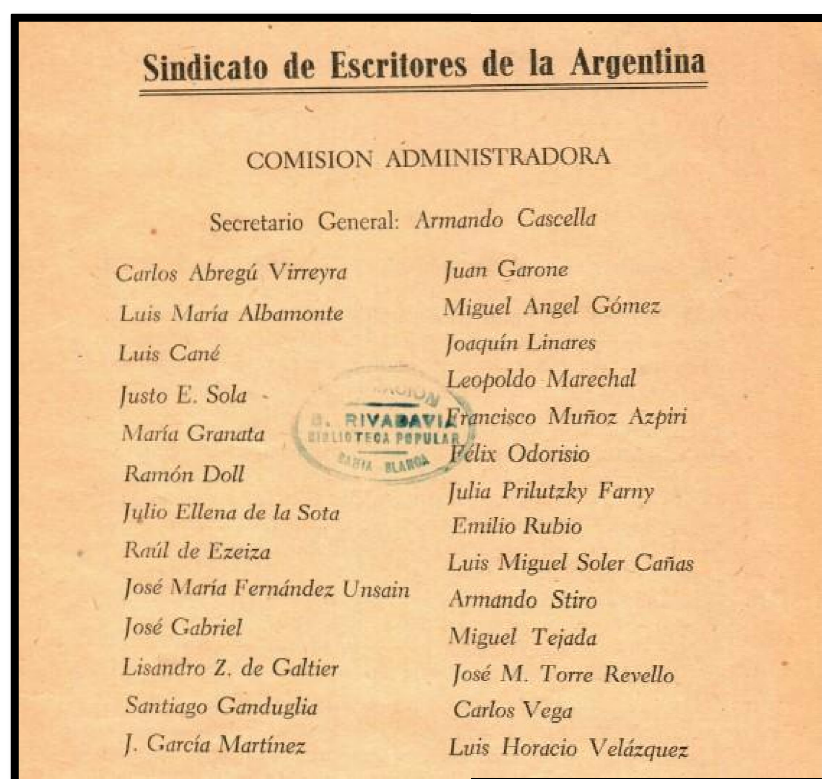


En la Revista *SEXTO CONTINENTE* comenta el libro “Historia de las ideas políticas en la Argentina”, de Vicente D. Sierra.⁵⁹



Al crearse el Sindicato de Escritores Argentinos, Ramón Doll se integra a la nueva estructura gremial participando de la Comisión Administradora, sin abandonar ADEA.

⁵⁹ DOLL, Ramón. Historia de las ideas políticas en la Argentina, de Vicente D. Sierra. Revista *SEXTO CONTINENTE*. Número 7-8. Noviembre-diciembre 1950. p.122 y ss. REPRODUCIDO EN ANEXO DOCUMENTAL



Poco después escribe una nota para *ALIANZA*, titulada “El régimen y la Iglesia”.⁶⁰

En el año 1951, al volver al ruedo la Revista del IHHJMR, ahora bajo la conducción de José María Rosa, Doll escribe dos comentarios. Uno sobre el libro de José Luis Romero, *Las ideas políticas en Argentina*⁶¹ y otro en el que vuelve sobre *San Martín íntimo* de Carlos Ibarguren.⁶²

⁶⁰ DOLL, Ramón. El régimen y la Iglesia. En *ALIANZA*. 31 de octubre de 1950. P.5. REPRODUCIDO en ANEXO DOCUMENTAL.

⁶¹ DOLL, Ramón. Las ideas políticas en Argentina, por José Luis Romero. Revista del IHHJMR. Número 15-16. Año 1951. P.166 y ss. REPRODUCIDO en ANEXO DOCUMENTAL.

⁶² DOLL, Ramón. San Martín íntimo, por Carlos Ibarguren. Id., p.170 y ss. REPRODUCIDO en ANEXO DOCUMENTAL.

El peronismo en sus fuentes



En el mes de julio de 1951 se lanza el periódico *JUAN MANUEL*, impulsado por el Movimiento en favor de la repatriación de los restos de Juan Manuel de Rosas. El alma mater de esta iniciativa es Alejandro Olmos.⁶³

Doll integra la Comisión promotora.⁶⁴



Poco después publican la Carta orgánica de la Comisión.⁶⁵

⁶³ JUAN MANUEL. Número 1. Julio 1951.

⁶⁴ JUAN MANUEL. Número 2. Agosto 1951. p.3.



Por ese tiempo Luis M. Soler Cañas hace público un libro de polémica con Ricardo Rojas.⁶⁶ Doll, desde *PLUMADAS NACIONALISTAS*, afirma: “Debemos recalcar que Soler Cañas ha disparado sus mejores tiros contra lo que Rojas –en sus ods artículos sobre el legado- consideró como una tesis original, una ‘trouville’ que a nadie se le pudo ocurrir antes...Soler Cañas lo ha puesto en evidencia a Rojas. Trabajo como éste renuevan la esperanza de que un día se realice un reajuste de valores y se imponga silencio a la fama adquirida con la simulación”.⁶⁷

La pluma de Doll reaparece en el Boletín Número 13 del Instituto de Investigaciones Históricas Juan Manuel de Rosas. Esta vez la nota titulada “Caseros, nefasto argentino” ocupa la tapa de la publicación.⁶⁸

Sampay cesa de su cargo de Fiscal General de la provincia el 27-6-1952. Doll continúa en su función de letrado del organismo.

En el año 1953 interviene en el Diario *LA PRENSA*, controlado por la CGT, con una nota sobre Eva Peron.⁶⁹

En el año 1954 escribe en *ALIANZA* un artículo sobre “*San Martín y Rosas*”.⁷⁰

En junio de 1954 se crea una “Organización popular por la repatriación de los restos del general Rosas” en la que participa en carácter de vocal. Está configurada de este modo: Consejo Plenario: Presidente: José María Rosa, vicepresidente primero: Ernesto Palacio; vicepresidente segundo: Ricardo Font Ezcurra; secretario: Bartolomé Amato; vocales: Carlos Ibarguren, Ricardo Caballero, Manuel Gálvez, Alfredo Tarruella, Federico Ibarguren, Hugo Marcone, Luis Soler Cañas, Alberto Contreras, Julio Torres, Elías Giménez Vega, Fernando García Della Costa, Ramón Doll, Héctor Augusto Llambías, David Uriburu, Alberto Ezcurra Medrano, Juan Pablo Oliver, Hipólito Pouysegur, Carlos Steffens Soler, Oscar R. Suárez Caviglia, John William Cooke,

⁶⁵ JUAN MANUEL. Número 3. Noviembre 1951. Contratapa.

⁶⁶ SOLER CAÑAS, Luis M. Rosas, San Martín y la falsificación de la historia. Bs.As., Latitud 34, 1951.

⁶⁷ DOLL, Ramón. El problema del legado sanmartiniano. en *PLUMADAS NACIONALISTAS*. 1951. REPRODUCIDO EN ANEXO DOCUMENTAL.

⁶⁸ DOLL, Ramón. Caseros, nefasto argentino. en Boletín IIHJMR. Número 13. 31 de enero de 1952. p.1. REPRODUCIDO EN ANEXO DOCUMENTAL.

⁶⁹ DOLL, Ramón. Los ejemplos vivos de Eva Perón. en *LA PRENSA*. 16 de octubre de 1953.

⁷⁰ DOLL, Ramón. San Martín y Rosas. En *ALIANZA*. Segunda quincena de junio de 1954. p.7.

El peronismo en sus fuentes



Lucio Moreno Quinana, Fermín Chávez y Jaime Gálvez. La actividad de esta Comisión se interrumpe, abruptamente, a fines de ese mismo año.⁷¹

Hacia 1955 continúa con su labor en la Fiscalía de la Provincia de Buenos Aires y al mismo tiempo trabaja como asesor letrado la transportes de la Capital Federal.⁷²

⁷¹ PULFER, Darío. La Revista ESTO ES y el debate por la repatriación de los restos de Rosas en las postrimerías del peronismo clásico. Bs.As., Peronlibros, 2015.

⁷² QUIEN ES QUIEN EN LA ARGENTINA. Bs.As., Kraft, 1955. p.219.



ANEXO DOCUMENTAL

El peronismo en sus fuentes



DOLL, Ramón. A los nacionalistas que se inquietan. Carta leída en el mitin del 21 de diciembre. En EL FORTIN. Número 1. 6 de febrero de 1943. p.13.

Señor Presidente:

No quisiera dirigirme aahora a aquellos amigos del nacionalismo, bravos y esforzados luchadores que al vernos en esta posición electoralista se inquietan con inquietud fraternal, como si hubiéramos resuelto hacer un pacto con el diablo y realizar una visita a los infiernos. Y algunos, como hacían los florentinos con el Dante, nos preguntan cómo se hace para arreglar con Satanás un viaje de turismo por el averno electoral.

Nuestros amigos nos favorecen dando una proyección dantesca a una empresa comicial que apenas conocerá las suburbanías más insignificantes del Reino del Maldito y ni siquiera podrá tallar mano a mano con los grandes jerarcas de aquel Reino, pues parece que Lucifer en stas cuestiones de elecciones argentinas, para embarullarlas y desarticularlas todas, apenas si destaca dos o tres pobres diablos o sub-diablos sin imaginación, cuyas artes no van más allá de derretir el lacre de las urnas o evaporar latinta de las actas.

Reducida a proporciones más modestas, sin brujerías fuera del orden común, nuestra empresa se limita a presprar una excursión por los lodazales del electoralismo. Aquellos amigos con los cuales confraternizamos a diario; aquellos amigos con los que no tenemos ningún secreto; aquellos amigos con los que no podríamos ya nunca más tratarnos con etiqueta, aquellos amigos no nos deben advertir, ni prevenir sobre ningún riesgo de la expedición. Tenemos un plano fotográfico con todos los cangrejales, los pozos ciegos y hasta las consabidas cáscaras de banana de que estará sembrado nuestro camino. Ningún amigo debe inquietarnos más con su inquietud, recordándonos las artimañas y las cucañas del régimen. Las conocemos, las sabemos de memoria y desde chiquitos ya todos los nacionalistas eran desconfiados y cuando entraba a casa el diputado nacional amigo de papá, salíamos corriendo para el fondo como si hubiera llegado el hombre de la bolsa. Y es que ya estábamos poseídos de un nacionalismo rudimentario y defensivo.

Forzados a pasar el pantano cenagoso y traicionero de la elección presidencial, no estamos seguros, sino de nuestra honradez y buena fe; no estamos seguros ni siquiera podríamos afirmar, como el bardo mejicano, que nuestro plumaje es de los que cruzan el pantano y no se manchan. No somos, queridos maigos, flores de loto, ni cisnes de inmaculada albura; somos hombres de carne y hueso, angustiados, desgarrados y una mancha más o menos en las vestiduras no nos duele lo que nos duelen los quebrantos de la Nación.

El peronismo en sus fuentes



¿Quién podría advertirnos de las malas artes con las que el Régimen juega la dignidad, el honor y la riqueza de la patria? ¿Y por qué podría suponerse que aceptar los quicios electorales es complicarse en ese juego.

Tiene ya el nacionalismo una larga década de obra doctrinaria y crítica cotidiana al Régimen, como para sospecharlo de una súbita conversión a favor de procedimientos cuya mentira, cuya trampa nadie había denunciado antes en el país. No nos presentamos ahora adorando de pronto todo lo que hemos quemado y aborreciendo lo que adoramos. Nuestra desconfianza razonada por los métodos electorales, está ahí; nuestro desprecio por representaciones aritméticas que nada representan, también está ahí. No podemos oír el argumento de que aceptar la lucha electoral es disolverse en las aguas insípidas del Régimen, por la sencilla razón de que todo este haz prieto de ideas y sentimientos que avanzan sobre el siglo y que se llama nacionalismo es insoluble dentro del Régimen. La prenda que damos para garantizar que no puede haber tratos pampas ni maridajes inferiores con el Régimen, no es en este caso la honestidad personal de nadie, sino la imposibilidad material para que el maridaje se realice; son especies distintas de las que ni podría salir un producto híbrido.

Nuestro Congreso ha adoptado la tesis electoralista sin hacer esfuerzos de lógica que en política convencen menos que los hechos. Los hechos nos imponen este menester electoral y con los hechos a la vista tomamos nuestra decisión. Las circunstancias nos exigen ir a las oficinas donde hubiéramos preferido no entrar jamás y sacar un modesto billete de participación en la contienda. El papel que haremos allí adentro, ya veremos. Mas lo cierto es que afuera veníamos realizando algunas cosas de las que resulta se vienen aprovechando magníficamente otros partidos.

..

He aquí uno de los hechos que nos llevó al convencimiento de que es necesario una vez por todas, no cometer el disparate de servir de brigada de choque para favorecer candidatos que he aludido. ¡Basta, les diremos quizás fueran peores que el a nuestros amigos, de hacer el caldo gorod, basta de calentar el agua para el mate de los demás; basta de templar para que otros canten! Y así aprovechamos por los mismo que nos calumnian, temidos pero silenciados, decidimos sacar un carnet político con el cual no trabajaremos más para escucharnos ni nos conformaremos en lo sucesivo con que nos declaren valientes precursores, portadores de un mañana lírico como nuestras silbatinas.

El peronismo en sus fuentes



¿No pasó lo mismo con la neutralidad? ¿Qué hubiera sido ese decreto burocrático de la neutralidad, si el aliento enérgico del nacionalismo no le hubiera dado vida, palpitación y pensamiento? El nacionalismo sacó a la calle una fórmula congelada que ni el mismo Régimen entiende en su real significación: el nacionalismo valorizó esa fórmula curialesca, mostró su verdadera savia, la enredó con los auténticos problemas nacionales, la afirmó como gesto de rebeldía frente a cien años de servidumbre colonial, la paseó por toda la República como estandarte de ideas nuevas y leajo de proclamar la neutralidad como un encogimiento más de nuestro triste espíritu público aburguesado al punto de que se cerraba a piedra y lodo frente a la catástrofe, la levantó ante las muchedumbres como una vindicación de nuestro orgullo herido ante la presión de los mercachifles.

Los hechos nos exigen que por lo menos en esta campaña presidencial defendamos lo nuestro.

..

También la neutralidad que los demócratas nacionales no se atrevieron ni se atreven a proclamar nada más que como un movimiento de caracol encongado, también la neutralidad está redituando intereses buenísimos a un partido que ya no se cotizaba más en la bolsa electoral. Nada nos importaría si esos y otros temas fueran recogidos por hombre sinceros, pero la neutralidad de gente que viene jugando a dos cartas desde que se inició la guerra, es una neutralidad que patrióticamente debemos elucidar en público. Y para elucidarlo hemos creído que seguimos mejor el modo de ser personalista en política que acostumbra el argentino. Una candidatura, un hombre que corporice dentro de la gran caja de resonancia de una campaña presidencial, los temas vitales del nacionalismo.

Haremos un gran bien al deseo de lucha y de acción que enfebrecerá las nuevas generaciones ; haremos un gran bien a la causa porque polarizaremos la lucha en los únicos extremos posibles e interesantes de la política, liberales de un lado y nacionalistas del otro; promoveremos hechos nuevos, sugerencias fermentales que acaso saquen al país de este encharcamiento pusilánime que prefiere un orden fraudulento, a un desorden renovador. Y en cualquier caso seremos los monitores de la lucha, los que fijaremos forzosamente los temas de los cuales los partidos políticos prefieren no hablar, para mantener la conciencia argentina dopada de una estéril reyerta de campanario de peludos y orejudos, sin pasiones grandes, sin horizontes. ¿Qué más resultados prácticos que esos, si no existieran otros?

El peronismo en sus fuentes



DOLL, Ramón. Prólogo a San Martín y Rosas, de Ricardo Font Ezcurra. Bs.As., La Mazorca, 1943.

Hace algunos años las nuevas generaciones iniciaron un proceso de revisión de la Historia oficial que ya ha triunfado, llegando a la sentencia definitiva. Ese proceso fue tanto más notable cuanto que teníamos radicalmente en contra el Régimen vigente. El silencio de los grandes diarios que cuidan sus muertos no solo porque son de la familia, sino porque dan de comer; el odio de ridículos Ministros de Instrucción Pública y no menos ridículos Ministros del Interior; el desahucio de maestros y profesores patriotas porque enseñaron desde sus cátedras que Rosas era una figura de prócer, a cuyo lado los enlevitados civilistas de la Organización eran apenas unos pendolistas escribaniles; el complot de cierta oligarquía que dice pertenecer a una alta sociedad de discutibles pergaminos, que se oponía a la vindicación del “tirano” porque podía suceder que, hurgando en el pasado, los antecesores de esa plebe enriquecida hubieran sido caballerizos o lustrabotas del Dictador; la rabia de cierta clase intelectual aburguesada, conservadora, anquilosada y sin ninguna inquietud crítica, a quienes esta revisión los obligaba a algo, cuando menos a contestar; el desbaratamiento de las literaturas argentinas oficiales, de cincuenta años de editoriales flatulentos, de la rutina académica; todo eso y mucho más no pudo nada contra el empuje de la verdad y de la justicia.

Rosas había sido arrojado al osario de los héroes ignorados, porque su recuerdo ofende al espíritu colonial, a ese tremendo servilismo colonial en que yacen los argentinos. No nos referimos a nada económico; la colonia económica puede ser un bien, puede ser una etapa necesaria de la independencia real. Lo terrible, lo tremendo es el colonialismo intelectual, psicológico y patético. Un colonialismo intelectual que desemboca en esa triste cosa: el agnosticismo político, mejor dicho, la atrofia del sentido nacional, con el que se percibe la política interna y externa. He aquí la cruel verdad.

No tenemos política interna, ni externa; no podemos tenerla. Era sangriento lo que hacía una vez Maurras con un libro suyo, y era colocar como clave de ese libro (trataba de política internacional) una frase arrancada a M. Bergeret, el desengañado “alter ego” de Anatole France: “Usted sabe que no podemos tener política internacional...”. Otra cosa quería decir el interlocutor de Bergeret, pero Maurras señalaba, esa ausencia, esa mutilación de un órgano de la vida de relación francesa, como una de las calamidades que pueden ocurrirle a un país.

Y bien; nosotros los argentinos no tenemos, no podemos tener política interna, ni exterior, porque estamos mutilados en el órgano o aparato sensorial donde residen las percepciones de

El peronismo en sus fuentes



esas realidades. Son ciento treinta y tres años, en los cuales las metrópolis pensaron, percibieron, reaccionaron, actuaron por nosotros; y el órgano se atrofió.

En tal anuencia, Rosas es un remordimiento; el complejo colonial aflora humillador a la conciencia y nos hiere con su verdad espantosa. La estructura oficial se ofende: las nuevas generaciones, aun asimismo humilladas y ofendidas rompieron la censura y contra el anquilosamiento colonial e intelectual argentino impusieron a Rosas en todas partes donde tiene intereses y en ninguna donde la vida nacional no existe, ni se conecta con la inteligencia, como las Academias de Historia, en su mayor parte paniaguados y adulones de algunas familias que pesan todavía porque tienen algún poder. Dentro de diez años, cuando quieran rendir el homenaje máximo a la jornada luctuosa de Caseros, las nuevas generaciones serán las que dominen al país. Auguramos una nueva jornada fría, ridícula, con alguna digresión histórica pesada e indigesta, con repeticiones insulsas de los maestros de escuela. Todo lo que viva, todo lo que cuente algo en el país, no considerará el centenario de Caseros sino como una ceremonia oficial tan aburrida como las demás.

En tal obra de vindicación justiciera, Don Ricardo Font Ezcurra tiene una significación sobresaliente. Hace algunos años logramos corporizar un pequeño instituto de estudios rosistas que ha llegado a ser la anti-Academia—el Instituto de Investigaciones Históricas “Juan Manuel de Rosas”—. En esa misma época el doctor Font Ezcurra hizo su aparición en el mundo intelectual con un sólido, fornido e inexpugnable tanque de verdades de a puño, contra aquellos famosos unitarios a los que Ricardo Rojas los describe con las tintas que se usan para evocar las figuras sacrosantas. Peregrinos de la libertad, soñadores de la patria, proscritos enfebrecidos de santo odio contra los tiranos, así aparecen con sus frentes pálidas, enamorados de Elvira, ardiendo en sus ojos el fuego de una pasión inextinguible; así aparecen en una iconografía al uso, vestidos con toda la ropavejería de un romanticismo averiado y trasegado. Pero ¿qué fueron? ¿Qué hicieron? ¿Qué ambicionaron en realidad? Lo que Don Ricardo Font Ezcurra mostró a las generaciones atónitas diciéndoles como en el gran mandato: “Tomad, leed.” ¿Qué fueron? ¿Qué hicieron? Aventureros, intrigantes, espiones, soplones de embajada, anduvieron lamiendo las alfombras diplomáticas en Chile, en Brasil, en Londres, en Francia, para que las fuerzas armadas extranjeras invadieran el territorio argentino, recibiendo en cambio el pago traidor de enormes zonas de la República.

Con ese testimonio fundado en documentos emanados de los mismos traidores, el publicista sagaz y paciencioso que es Font Ezcurra construyó su libro *La Unidad Nacional*. Millares de

El peronismo en sus fuentes



ejemplares fueron vendidos, y sus ediciones agotadas revelan que Font Ezcurra había entrado por la puerta ancha, y no por la ventana, al recinto de los verdaderos historiógrafos. Lo había hecho con pasión de justicia. Había hurgado documentos con pasión de patria, no como mero ratón de biblioteca que se preocupa en saber bajo qué gomero tomaba mate el General Lavalle. No era un prurito libresco. Era la necesidad de desenmascarar a los histriones que ni pasaron sed, ni pasaron hambre, ni anduvieron peregrinos por ningún lado, ni siquiera se molestaron en esperar a que los desterraran, sino que algunos se desterraron solos cuando vieron que se medraba mejor en otra parte. Ahí está el libro de Font Ezcurra. Ahí están los documentos.

¿Quién hizo la unidad nacional? ¿Sarmiento, que promovía la infiltración chilena en Cuyo? ¿Mitre, que como Sarmiento quería ceder la Patagonia a Chile? ¿O Rosas, que hacía frente a dos flotas armadas en Obligado, en Quebracho, en Ramallo?

Nadie contestó el libro de Font Ezcurra. Los plumíferos asueldo de las ediciones dominicales no se atrevieron a refutar nada. El libro está ahí, sin embargo. Los documentos también. Lo único que falta es, de parte de nuestros adversarios, verdadera dignidad intelectual para enfrentarse con ideas nuevas que pronto serán del siglo.

Las relaciones entre San Martín y Rosas han sido cuidadosamente soslayadas por nuestros liberales. Conviene decir que es necesario, de una vez por todas, hacer algún día la revisión histórica de la bibliografía sanmartiniana. Un escritor y publicista español, residente entre nosotros, Don Augusto Barcia Trelles, está reajustando con rigor lógico todas esas fallas, lagunas o descuidos deliberados de nuestros Mitre, Rojas y Otero. Y aun siendo dicho escritor Barcia Trelles liberal definido, tiene mucha más honradez que los nuestros. Debemos decirlo porque somos amigos antes que de nuestros mismos amigos, de la verdad, según el proverbio socorrido. Tanto a San Martín como a Bolívar se los presenta como especie de demo-liberales antecesores de toda la guacamayería hispano-americana, que ha hecho de estas naciones una loca zarabanda de oradores y demagogos. Mentira, solemne mentira. Bolívar es partidario de gobiernos estables, toma del Abate Sieyès sus modelos constitucionales con presidente vitalicio y senados hereditarios; condena en el Congreso de Angostura el desenfreno de las masas y abomina del demagogo Páez como del oligarca Santander. Muere declarando que estos países serán víctimas de las siete cabezas de la hidra jacobina. San Martín no tiene acaso la misma vocación política, pero la entiende, como que su genio no es el de un especialista en batallas. Ocurre, al promediar su vida, un hecho muy grave, que en San Martín deja huella profunda. Presencia San Martín, allá por el año 1808, en Sevilla, la muerte inicua del General Solano, por las turbas enloquecidas y maniobradas por agentes provocadores. Esa inmolación, a todas luces injusta, causó a San

El peronismo en sus fuentes



Martín tan hondísima impresión —dice Barcia Trelles, liberal, y por lo tanto insospechable en este caso— que en lo sucesivo desconfió siempre de los movimientos demagógicos y de los procedimientos basados en el desempeño de las multitudes.

Nuestros liberales se encargaron de subestimar la impresión que en San Martín produjo la inmolación del General Solano, víctima de la brutalidad y de la incompreensión popular, acicateado el pueblo por los demagogos. San Martín admiraba y quería entrañablemente al General Solano, hombre culto, afrancesado tal vez, pero no traidor como lo creyó el pueblo sevillano.

Estas son también las mismas razones por las cuales apenas se han hecho conocer las relaciones entre San Martín y Rosas. Don Ricardo Font Ezcurra nos presenta agotada esa correspondencia, donde se transparenta el respeto y la consideración que el Libertador le guardó al Restaurador. Cuando San Martín tiene conocimiento de que la Argentina está bloqueada por la flota francesa de Le Blanc, ofrece sus servicios. El General Rosas los agradece, acaso por una razón diplomática; no conviene por el momento abultar ante el mismo gobierno de Luis Felipe la significación de la guerra, mientras los franceses mismos no se encarguen de magnificarla con hechos. Luego San Martín, designado embajador en Lima, declina el honroso ofrecimiento y en todo momento el Encargado de las Relaciones Exteriores de la Confederación guarda al Héroe el máximo de consideraciones y éste le retribuye con el mismo respeto y admiración.

San Martín rebosa amargura contra aquella gente “cuya infernal conducta” ya había anatematizado, es decir: los rivadavianos, los hombres civiles que—según una de las cartas que el lector conocerá— llevaban la bajeza de sus procedimientos a sobornarle a San Martín sus sirvientes para que hicieran de soplones. ¡He aquí calificados los funestos señores de las logias, contra quienes Rosas debió luchar toda su vida!

Aquí tienen las palabras documentadas del Gran Capitán; aquí tienen todas las pruebas y la definitiva, la que un hombre provee cuando se halla cerca de la sepultura, es decir: el testamento, en el que le lega su sable a Juan Manuel de Rosas, en atención al patriotismo y la energía que ha desplegado el Ilustre Restaurador de las Leyes.

Don Ricardo Font Ezcurra comenta con gran oportunidad esta correspondencia de uno y otro lado intercambiada. Refuta juicios interesados respecto a ciertas actitudes de Rosas e infamias extendidas sobre la pretendida declinación de San Martín cuando redactara el legado del sable que lo acompañara en su gloriosa existencia.

El peronismo en sus fuentes



Nuevamente acredita aquí el Dr. Font Ezcurra sus condiciones de publicista documentado y parsimonioso en el ajuste de datos y en la comprobación inobjetable de los hechos. Al mismo tiempo, la investigación sirve a un concepto central, como debe servir siempre la historia que no es mero pasatiempo papelerero.

Ramón Doll



DOLL, Ramón. Prólogo a CASTILLA, Eduardo S. De Martín Rodríguez a Nicolás Avellaneda, el drama de la tierra pública. Bs.As., s/d, 1947. p.3

No es tarea fácil glosar un libro, donde se agota el tema de la tierra pública, cuando ese libro lo escribe un escritor y periodista que se ha consagrado mucho tiempo a su estudio.

Eduardo S.Castilla, en efecto, no improvisa nada en esta materia; conocedor experto de los problemas del campo, está sólidamente informado sobre el desarrollo y el fracaso visible de las iniciativas oficiales que desde Rivadavia en adelante, trataron de resolverlas.

En estas páginas documentadas con perseverante austeridad, sabrá el lector cuáles eran los resortes políticos y motivos financieros de casi todas nuestras leyes de tierras y se asombrará con los documentos en la mano, de todos los sofismas y supercherías que animaron la historia jurídica y social de la propiedad inmueble en la Argentina.

Se asombrará al saber, que a pesar de sus enfáticos preámbulos, la enfiteusis rivadaviana no tenía otro objeto que garantizar la deuda eterna otorgándoles a los banqueros una especie de usufructo sobre todos los bienes inmuebles y muebles de la Provincia de Buenos Aires.

Sobre este asunto una larga serie de publicistas que tienen una idea escolar sobre nuestros próceres, han caído en éxtasis ante la enfiteusis, sin saber que el mismo Rivadavia advirtió a tiempo que su proyecto fomentaba la especuacion y el acapramiento del agro argentino y no fomentó en manera alguna el arraigo del trabajador y el poblamiento de los desiertos.

Era lógico. La ley podía hablar pomposamente del progreso de la industria rural y de dar a los ampesinos una posesión segura y tranquila. Pero como al mismo tiempo, todas las propiedades de la Provincia quedaban gravadas con hipoteca para responder alas exigencias de la deuda ública, nadie se entusiasmaba con la idea de trabajar para el cortador de cupones de Londres o de París e incluso para ser ejecutado en subasta pública, el día que los gobernantes llevaran el país a la bancarrota.

Resultado: una bandada de eepeculadoree de tierras se inscribió en los Registros eniitéticos y convirtió las concesiones en valores de cambio desvirtuándose en seguida las demás finalidades de la ley. El autor no hace ninguna afirmación sin poner por delante el decreto, ley o mensaje que la comprueba.

Bien pronto el mismo Rivadavia y la gente cuerda se convenció de que la enfiteusis era una rémora, diga lo que quiera una literatura subgeorgista y liberal que se complace en exornar la iniciativa con una serie de perfecciones jurídicas que ocultan sus imperfecciones prácticas.

El peronismo en sus fuentes



Y el general Rosas trató de encauzar esa utopía de falansterio, en los modestos carriles de la propiedad privada, sin herir, no obstante los intereses creados que habían rayado en el abuso.

Pero nuestra expresión oficial del hecho, después de Caseros necesitaba levantar el nombre de Rivadavia y como los hechos son más fuertes que la expresión oficial en la Argentina, al par que laudaba la famosa enfiteusis, borraba para siempre los cuadros jurídicos de la misma, pero con consolidaba sus abusos.

El resultado es amargo, como dice Larreta del poema Martín Fierro, y Castilla no oculta el cuadro desolador de una campaña, que sirve de pan y carne las mesas de todo el mundo, sin enriquecer un solo productor auténtico, ni deja progresar a la gleba nacional.

De la enfiteusis quedó una herencia bastarda: el latifundio, y no quedó ninguna de las promesas que por lo menos ostentaban, vale decir, la tentativa de abrir a los habitantes del país, un acceso cómodo al disfrute de la riqueza agropecuaria.

Hablo aquí del latifundio más que en el sentido literal del vocablo, en el de un enfeudamiento de la tierra pues bien se sabe que los latifundios de médanos y ciénagas no están en juego. Pero no son ciénagas, ni arena los campos de veinte o treinta leguas a pocas horas de Buenos Aires y que ni siquiera pertenecen a personas que vivan en nuestro país.

Libro de singulares méritos reflexivos, de pacientes investigaciones y de orgánica estructura, este de Eduardo S. Castilla, supera los mejores antecedentes y, sobre todo, se caracteriza, dentro de la bibliografía corriente, porque cuenta las cosas como fueron y plantea el problema sin alardes de resolverlo con novedades inadecuadas a nuestro medio. Los socialistas, por ejemplo, han desparramado una farmacopea extravagante, propia de gente que no ha salido nunca al campo y entre otras cosas proclamaron como definitivo el cooperativismo justo en el momento en que quiebra la cooperativa del Partido. Otros hablan de una revolución agraria "a la rusa" en un país donde todavía la propiedad particular no ha agotado su modo de producción peculiar.

Los odres viejos pueden servir todavía para los vinos nuevos, siempre que una dirección inteligente sepa producir esos vinos nuevos. En nuestra historia rural ha faltado siempre dirección, por eso es triste y desalentadora.

Léase el libro de Castilla.

RAMON DOLL



DOLL, Ramón. Rosas y Urquiza, sus relaciones después de Caseros, por Mario César Gras. En Revista Instituto de Investigaciones Históricas Juan M. de Rosas. Número 13. Octubre de 1948.

Los dos títulos de esta obra, no abarcan el contenido del libro. No es, en primer lugar, un paralelo plutarquiano entre dos hombres que no admiten paralelo, porque Rosas es la organización nacional (la auténtica) y Urquiza es la organización frustrada por errores del personaje y -por maquinaciones de logia. Tampoco se limita el libro a ocuparse de las relaciones de ambos, después de Caseros, porque el cuadro de la época, certeramente expuesto por Gras, resta significado a la cordialidad privada de esas relaciones.

Lo que sistematiza el libro con honda percepción de la época y muy solvente información del autor, es la génesis y el desarrollo de las ideas y procedimientos que primaron en el país después de Caseros, organizando la Nación a base de la destrucción total de las esencias patrias y encorsetando al país en un despotismo que se llamó ilustrado, aun siendo la cobertura del fraude y la mentira. Durante los 30 años posteriores a Caseros, en efecto, los liberales argentinos se dedicaron a redactar un derecho público que afirmaba la teoría con un encarnizamiento igual al que ponían en los hechos para falsearla.

El libro del Dr. Gras expone sin desplantes pero con incommovible firmeza, ese nuevo drama que comienza al terminar el drama rosista. Y el método acertado de este distinguido publicista, consiste en contrastar la realidad oficial posterior a Caseros con la persistencia del gobernante caído. Porque los unitarios, una vez en el poder, siguen luchando contra Rosas que es - el país y que no pudo ser vencido en la batalla de Caseros, porque un país no se destroza con decretos infamantes, ni con una batalla cuyos vencedores eran apoyados por ejércitos extranjeros.

¿Por qué los exacerba, sino, aun triunfantes, la sombra del desterrado de Southampton? Porque el desterrado era la Nación; y Urquiza, el más patriota y mejor arraigado de los vencedores, no hace sino volver a la realidad rosista en el acuerdo de San Nicolás; y si luego la abandona, débese a razones que se incuban en las logias e inclinan su voluntad hacia, la ingloriosa defección de Pavón.

Magistrales son las páginas de Gras, cuando denuncia el asombro y la atonía de Buenos Aires, ante las "dianas" de Caseros, que realidad sonaron a toques de oración, encrespada de tristeza.

El peronismo en sus fuentes



Rosas no había desaparecido del país. La prueba es que, vencido y desterrado, provoca una campaña de libelos, mantiene preocurados los que, sin embargo ya tienen el poder entre sus manos; desata las pasiones bastardas de sus antiguos enemigos, absurdamente preocupados en hacer desaparecer las sombras de lo que habían tratado de borrar de la Nación.

Y son los literatos, los doctores, los profesores y dirigentes de la vida pública que habían venido a vindicar la libertad, los mismos que procesan y encarcelan sin juicio previo al personal del régimen caído. Mientras la constitución prohibía para siempre la confiscación de bienes, confiscaban las propiedades de los que ya no podían ser ni siquiera enemigos peligrosos. Mientras inscriben anatemas furibundos contra la pena de muerte por causas políticas, sancionan en una ley que los deshonor, la pena capital contra un hombre del que ni siquiera escucharon su defensa. Mientras hablaban de una democracia cuyos fueros habían devuelto a la Nación, el fraude ignominioso manchaba sus títulos de representantes y gobernantes de un pueblo que los aborrecía.

Esta es la historia que comienza en Caseros. Esta es la historia que palpita y que humea entre las páginas de Gras. ¡Que nadie se llame a engaño! Este modo de vivir, este cinismo entronizado en los comienzos de la llamada organización nacional, no es esporádico, no dura lo que naturalmente debieron durar los rescoldos de la lucha, no es la reacción primaria de un equipo triunfador, exasperado, en sedes de venganza durante los años de ostracismo. Ese fraude, esa mentira, inficionan el corazón de lo que también se ha querido llamar la nueva Argentina y cuyos forjadores aparecen en un Panteón Nacional que solo interesa a algunas familias periodísticas y a algunos ganapanes que cantan en los coros mercenarios de la Historia oficialista y oficial.

Conviene examinar con cuidado la línea seguida por Urquiza una vez que se convierte en figura rectora de toda la Nación. Por primera vez, un historiador que no mezquina a Rosas ninguno de sus gloriosos laureles, juzga también a Urquiza a través de sus actitudes vacilantes y de su vertical descaecimiento después de Pavón. La exposición de Gras se detiene en la percepción de los acontecimientos posteriores al año 1852 y no ha querido confiar demasiado a la perquisición subjetiva de los móviles de Urquiza.

Históricamente puede quedar suficientemente explicado el alzamiento de Urquiza, por la sensación de desgaste que naturalmente produce en la gente, un gobierno que perdura a través de dos generaciones adultas. Queda explicado, pero no justificado, si la necesidad de remover el

El peronismo en sus fuentes



personal, conduce a remover también el ideario al que se sirvió toda su vida, máxime cuando el alzamiento no programó un ideario diferente.

El libro de Gras está nutrido de elementos de juicio y de hecho positivos, que comprueban cómo es cierto, que Urquiza se decidió a voltear a Rosas, nada más que para codificar un derecho público que Rosas había preparado en el terreno cimentando en él sus bases.

La actitud de Urquiza en Buenos Aires, la anécdota del dntillo, la premura en dictar una Constitución, la reunión de los gobernadores rosistas en San Nicolás y su evidente ropugnancia a asentir con el segundo Caseros intelectual que ensayaban los hombres de Buenos Aires, prueban que Urquiza mantuvo la mente clara y razonó con suma prudencia, mientras tenía el control del acontecer nacional. Rigurosamente, no se advierte que lo haya embriagado el triunfo, ni supuso convertirse en el demiungo de una Argentina nueva, locura unitaria que desarzonó la Nación, descomponiendo su sistema acaso para siempre.

A nuestro juicio, Urquiza produce el alzamiento contra Rosas, nada más que porque cree ver en el gobernante porteño, el único obstáculo que se oponía para embragar la izquierda social con la derecha política, para hablar en un lenguaje de nuestro tiempo, si la izquierda social fueran las masas rosistas y la derecha política el pensamiento liberal que entonces estaba en el cenit de la cultura del sigloXIX.

Parece que Rosas hubiera estado aún más lúcido al retardarlo, ya que la impaciencia de Urquiza no produjo embrague alguno; pero de todos modos, prueba que el caudillo entrerriano algo había adivinado de lo que después de todo, es una necesidad política que mantiene en constante inquietud la sociedad humana.

Pero los reflejos de la voluntad no siempre obedecen a lo dictados de una mente clara, y menos cuando se ha dejado ya la edad madura y se comienza a envejecer.

Influyeron en el ánimo de Urquiza diversos factores, ilusiones, espejismos y egoísmos que lo decidieron a abandonar la partida. En primer término la masonería; esto se halla perfectamente documentado y en otra nota crítica he de actualizarlo; la masonería con sus falaces promesas de hermandad para los pueblos, cuando no lograba sino vincular las grandes cabezas para servir a propósitos internacionales que permanecían ignorados, aun a esas mismas grandes cabezas.

Urquiza cedió en Pavón porque en el secreto de las logias se lo convenció de que la fraterna disposición de los hermanos porteños para con él, era igualmente un pacto de hermandad entre dirigentes porteños y las masas rosistas: ¡Astuta maniobra repetida estratagema del Arte Real!

El peronismo en sus fuentes



El negocio tenía que ser tentador para un hombre que ya había empezado a criar barriga; el caudillo mesopotámico y como tal, propenso a malentender las grandes consignas del servicio nacional, debía ceder al jefe porteño, la primogonitura de la República; y el porteño le aseguraba a Urquiza una cómoda y holgada y también prolífica situación en Entre Ríos. Quizás Urquiza creyó que los entrerrianos quedarían muy satisfechos con el trueque; sin embargo; el jordanismo demostró que las masas provincianas todas, incluso las entrerrianas, lo seguían a Urquiza en cuanto significaba continuidad histórica con el rosismo sin Rosas.

En este capítulo de las desdichas de Urquiza con su propio cubil mesopotámico, el Dr. Gras ha operado con mano delicada y ha detallado aspectos sumamente interesantes de ese contrapunto entre los porteños y Urquiza y entre Urquiza y su ducado entrerriano.

No hay duda que siendo Urquiza muy superior a los espumaollas de Buenos Aires, no obstante éstos se lo llevaron en la armada, como a un provinciano recién llegado a Retiro. El periodismo de Buenos Aires cuya inferioridad moral e intelectual no tenía ni tiene parangón, hasta Pavón lo insultó y calumnió bonitamente, después de Pavón, lo aduló con bastante indignidad hasta hacerle creer que el burgrave de Entre Ríos era un héroe nacional que no debía oscurecer su gloria con una nueva Presidencia.

A medida que el General se encantaba con las palabras del zorro y soltaba -su preciosa primacía en todo lo que la República tenía de honesto, de arraigado y de argentino, su gente se iba alzaprimitando de despecho y de amargura al advertir que por segunda vez (la primera fue Ramírez) la Provincia de Entre Ríos emprendaba en las ropavejerías sus triunfos nacionales, debido a la ceguera o pequeñez aldeana de ánimo de sus jefes.

Este es un muy magnífico- libro sobre el sino argentino desde Caseros hasta la muerte de Rosas. Es preciso leerlo hasta el final, porque después de Caseros comienza el ovillo de nuestras vicisitudes y de nuestras pérdidas oportunidades. Y de ese ovillo, el historiador y escritor Gras muestra el hilo conductor, a través de una negra, una siniestra secuela de traiciones, de deslealtades y de codicias. Como demuestra Gras inteligentemente, Caseros trae un gran confusionismo en los argentinos y agregaríamos que en lo sucesivo ninguna bandera iba a ostentar la gallardía, la claridad y la grandeza con que la empuñaron los soldados del ejército nacional durante la época de Rosas.

Acaso no estuviéramos de acuerdo con algunos juicios sobre hombres e historiadores que se incluyen en el libro de Gras. Pero estamos de acuerdo en el aire de patética vindicación de los verdaderos grandes que consolidaron la Nación. Estamos de acuerdo y aplaudimos con

El peronismo en sus fuentes



verdadero júbilo, estos trabajos del Dr. Mario César Gras que viene a demostrar cómo no muere jamás la semilla de las viejas virtudes argentinas, nobleza y reconocimiento a los servidores auténticos del país.

RAMON DOLL

El peronismo en sus fuentes



DOLL, Ramón. Los motivos de Martín Fierro en la vida de José Hernández, por Pedro de Paoli. En Revista Instituto de Investigaciones Históricas Juan M. de Rosas. Número 13. Octubre de 1948.

Ya no cabe duda que después de Rosas y durante muchos años, la historia política de la República no representa su historia social.

Luego de Caseros la masa popular, más campesina que urbana se desorienta y empieza a vivir desahogada, desinteresándose de la vida pública argentina y entregándose, de grado o por fuerza, a un destino mercenario explotado por banderías políticas desvinculadas del país.

El infortunio de ese pueblo que había sido nervio y pasión en la empresa de Rosas y al que Rosas le había hecho saborear la gloria de sentirse defensor y sostenedor de un alma nacional, la desconcentración de esas energías populares ha quedado narrada y lamentada en un libro elegíaco. Hablamos de "Martín Fierro".

Caído Rosas, un maravilloso plantel humano, el mejor dotado de los que entablaron el colonizador español en América, perdió el rumbo de su ideal histórico, mejor dicho, perdió para siempre categoría histórica y se degradó a un mero existir sin día siguiente, cuya esperanza más probable era servir de carne de cañón y cuya fortuna más propicia era desrtarse a los toldos del ranquel.

El pueblo criollo y gaucho que había sentido como suyas las guerras de independencia y las de defensa de la soberanía amenazada por grandes potencias europeas, advirtió enseguida que ya no existían ni debían existir más conflictos a los que pudiera considerar suyos. La guerra del Paraguay, fué el último y no es un misterio para nadie, que esa guerra no haya sido guerra nacional.

Empieza a deambular por las llanuras, aflora en montoneeras esporádicas con jefes que no alcanzan jerarquía nacional, se alquila mercenario en ejércitos que luchan contra sus propios intereses o es encadenado a contingentes para hacer una policía de fronteras que sirve para enriquecer a los especuladores de tierras. Cuando los hados lo ayudan, se hace bandido, cuatrero y desertor.

Martín Fierro narra su propia vida y la ironía sangrienta de las cosas ha querido que esas narraciones han quedado grabadas en la conciencia de la burguesía argentina, a pesar de que ese libro es una terrible acusación contra ella misma. Así el arte vence, como se advierte, a la propia historia y sobrevive a la derrota, según el clásico.

El peronismo en sus fuentes



El autor de ese libro, lo vivió; y cantó en versos populares lo que conoció y juzgó, con pleno conocimiento de los rigores que encontró a su paso. Es la contrafigura de "Facundo", en el fondo y en la forma; porque "Facundo" es una proposición y un plan escrito en prosa culta para reconstruir una Argentina nueva; y "Martín Fierro", en voz plebeya, maldice los resultados de aquella prédica y exhibe los escombros a que queda reducida una sociedad infelizmente entregada a la aventura de una política sin arraigo y sin escrúpulos con la sociedad a que se aplica.

Por todo ello, el joven escritor Don Pedro de Paoli, ha acertado en esta emocionada evocación de José Hernández, cuya vida combatiente y trashumante, a través de los problemas que dejó Caseros, no es más que el espejo de esa decapitación que sufrió el pueblo, cuando la fatalidad lo separó de su jefe y lo sumió en la horrible desesperanza de preguntarse si valía la pena seguir existiendo.

De Paoli mantiene un ritmo de constante y no cansado tono, entre los hechos donde interviene Hernández y las contradicciones internas de un espíritu que por sentir medularmente las vivencias del rosismo, no terminaba de comprender jamás los interrogantes que aquellos hechos formulaban. ¿Cómo aconteció Pavón? por ejemplo. Y aquí de Paoli nos entrega una definitiva adquisición documentada en las actas de la logia del Rosario, donde Urquiza celebró repetidas conferencia socn Mitre antes de Pavón.

¡Mientras el bardo que luego debía dejar el testimonio de todo un país humillado y ofendido, se preparaba para vencer o morir en el combate, su jefe se entretenía en coloquios con el adversario, jugando la suerte del país, entre la vana fraseología de los ambiciosos! Y de Paoli, que cita con puntual obligación de historiador, el acta donde se "pactara" la derrota, describe las decepciones de quien ya debería desconfiar en delante de los hombres que tenían en sus mano el Destino de la República.

Hay en este libro, poesía y tristeza, indefinibles amarguras sobre lo que debió ser y no sería ya nunca más, reminiscencias de un pasado al que la mala suerte argentina, le cerró brutalmente el porvenir.

Cierto, Hernández también había nacido para imprecicar contra la injusticia, para romper las cuerdas y la pluma sobre lo que desaparece tronchado por los malos dioses que vencieron y mandaron. El Fierro -ese libro amargo, como lo califica Larreta ,con justa expresión- y luego sus anatemas contra los asesinos de "El Chacho", así como sus lanzas parlamentarias, rotas en

El peronismo en sus fuentes



defensa de una raza que ni siquiera era un partido político, la vida y la obra de Hernández, tiene la belleza de lo que se exalta ante la derrota y ante los embates del rigor injusto.

De Paoli capta a lo largo de su libro ese dejo melancólico que en la Argentina del pasado tuvo todo lo noble y abnegado y denuncia una vez más la mentira de un progreso que se amasó con lágrimas y sangre y no ha tenido todavía expiación.

Con aguda penetración de lo que podríamos llamar el linaje argentino, de Paoli ensambla con buena información, los ascendientes de Hernández en el rosismo. Basta saber que un tío, Juan José Hernández era jefe de escolta del Restaurador y' murió en Caseros defendiendo el Gobierno contra las brigadas internacionales de Urquiza. El padre de José, Don Rafael Hernández era íntimo amigo de Rosas y todos los hermanos pertenecieron al partido federal. Es cierto que el escritor, siendo pequeño, fué llevado a Montevideo, pero es qué la madre era Pueyrredón y temióse, con maternal y disculpable inquietud, alguna desgracia.

Mas lo cierto es, como lo desarrolla Paoli, que la vida y obra del poeta son de una evidente continuidad e identidad con la sustancia auténtica del país, cualquiera sean las apariencias y modalidades de una vida azarosa y de una obra que se escribió para "opinar", quiere decir, para acusar, juzgar, condenar y maldecir. y no podía ser un tratado sociológico.

No quiero terminar esta nota, sin destacar el poder de sugestión, el valor fermental -diría- que tiene este libro de Paoli, en cuanto a esa transustanciación de lo federal vivo en lo federal vencido y destruído pero revitalizado en una deprecación poética contra los males que "conocen todos" y nadie se atrevió a nombrar. Tampoco Hernández nombra a los autores y se guardó bien de hacerla pues las dictaduras liberales, le hubieran confiscado las ediciones y el autor no hubiera vuelto más al país.

La evidencia de que Hernández trabajó con Fierro por alusiones, por significaciones, para mantener una suplencia del partido federal y un albaceazgo del legado de Rosas, sin que el despotismo ilustrado se apercibiera, debe ser la mayor genialidad de Martín Fierro. Mientras aflore Fierro en el alma argentina, ha de aflorar también el recuerdo de Rosas y nuevamente debemos consignar aquí, como es cierto que las formas permanentes de una política nacional pueden

conservarse bajo la sagrada custodia de un poema popular. La burguesía alberdiana no alcanzó a .comprender esta bomba de tiempo que dejó Hernández, sublimada entre los cantos de un payador.

El peronismo en sus fuentes



El libro de Paolí, despierta en el lector sugerencias parecidas y no son éstas, los presentes más modestos que puede dejar su libro.

R.D.

El peronismo en sus fuentes



DOLL, Ramón. Una conferencia sobre San Martín, por Augusto Barcia. En Revista Instituto de Investigaciones Históricas Juan M. de Rosas. Número 13. Octubre de 1948.

El eminente historiador y político español Don Augusto Barcia, que reside entre nosotros desde la guerra civil que azotó su patria, tiene bien ganado el agradecimiento de los argentinos por sus notables investigaciones sobre la vida y las glorias del General San Martín.

En los círculos más opuestos para juzgar y venerar a los próceres nacionales, sus tres tomos sobre el General, han sido celebrados sin reticencias. Digamos que Barcia puso en descubierto, muchos errores de Mitre, de Sarmiento, de Rojas, del mismo Otero, corrigiéndolos con documentos inéditos y con su inflexible lógica para inferir lo desconocido hasta ahora, en la copiosa bibliografía sanmartiniana.

Hay que agradecerle el interés que puso, por ejemplo, en demostrar que San Martín tenía sangre de "cristiano viejo" pues cualquier otro caso no habría podido preparar su carrera de Oficial español en el Instituto donde ingresó. Y decimos que hay que agradecersele, porque siendo Barcia un liberal declarado, no incurrió en la cobardía y la miopía de nuestros liberales sanmartinianos cuando ocultan púdicamente la buena raza, bien rancia del General; o si no la ocultan, la subestiman, la escatiman, se hacen los olvidados porque nuestros liberales tienen mucho susto cuando tocan esas cosas y temen pasar por oscurantistas y cavernícolas. Prefieren perder las nueces, por alzar bellotas.

Barcia es también un liberal -y liberal de trocha ancha- pero precisamente por eso no tiene anteojeras en el pensamiento y además es cuerdo y muy cultivado en las ciencias del espíritu, alas y plumas de que carecen los espantosos ladrillos tipo Biblia de nuestros liberales sanmartinianos.

Hay otro aporte de Barcia y es que lo liberal no le impide juzgar y exaltar a San Martín, con criterio españolista.

Por primera vez, con Barcia, es expuesto el prócer desde un punto de vista español. Su ilustrada concepción de la historia, su experiencia política y su acendrada pasión por el héroe han conseguido, o habrán de conseguir, que la epopeya argentina pueda llegar ahora a las costas de España sin desmedro de la personalidad del autor, que naturalmente, allí no podía vencer con igual facilidad



algunos prejuicios ,por lo demás explicables, especialmente en reacción al aspecto castrense de los militares americanos al servicio del Ejército Español, que luego se afiliaron a la causa de la emancipación americana.

El benemérito publicista de que hablamos se dedicó ya mucho antes en su misma patria, a demostrar que a San Martín no había por qué sustraerlo de la lista de buenos servidores de aquel país y fué Barcia quien señaló a Pérez Galdós, que en las cercanías de Bailen, un camino o atajo entre las cuestas del lugar, fué llamada por el vecindario durante muchos años, "camino de San Martín". De tal modo, el pueblo recordaba la hazaña de un hombre que había sabido cumplir entonces con su deber de oficial hispano, mientras su foja parecía traspapelada en los registros oficiales.

De regreso a la Argentina, el Sr. Barcia ha aportado preciosas investigaciones sobre la actuación de San Martín en Francia, en cuanto al largo y laborioso proceso diplomático que se desarrolló a la par de la intervención militar anglo-francesa en el Río de la Plata. A pesar de dificultades especiales, Barcia recogió datos poco conocidos sobre la vigilancia que sufrió el héroe en aquel país; pero aún más interesante todavía resulta el estudio que realizó sobre la influencia decisiva que aquél ejerció en el ánimo de los gobernantes para acordar la paz con Rosas, todo lo cual, fué expuesto por Barcia, con profundo talento de historiógrafo y gratísimo fervor por el General, en una conferencia pronunciada en "La Prensa", el 30 de Julio del cte. año.

Y al transcribir las cartas de San Martín a los ministros franceses, donde puntualiza el argumento concluyente de que la ofensiva francesa, encontraría en la Argentina "dificultades enormes provenientes del carácter de sus habitantes", lamentamos que Barcia no haya relacionado suficientemente estas informaciones de San Martín, con el concepto que éste reiteró en las mismas oportunidades, respecto a la figura de quien, en aquellos momentos encabezó la resistencia. Es decir, el General Rosas.

Pues no se conciben dificultades geográficas y masas combatientes valederas y eficaces sin una voluntad que las coordine en la lucha contra el invasor.

Convenimos que en cualquier otro momento, el Libertador puede y debe magnificarse sin necesidad de concordarlo con algunos hombres. Pero en éste, San Martín apoyó sus argumentos de patriota veraz y sin partido, en hechos conocidos, como Martín García, Obligado, el Quebracho y muchos otros que habían despertado la admiración de las mismas tropas invasoras.

El peronismo en sus fuentes



La mención del animador de la resistencia, en el grado y en el mérito que le corresponde, no puede eclipsar la gloria de quien le legó su propio sable. Por lo demás, el nombre y las calidades del legatario, habían sido ya muchas veces mencionados por el causante, con igual honor y sin ningún menoscabo. Parece razonable que pudo hacerlo también su ilustre biógrafo.

R.D.

El peronismo en sus fuentes



DOLL, Ramón. Miguel Navarro viola, el opositor victorioso, por Agustín Rivero Astengo. En Revista Instituto de Investigaciones Históricas Juan M. de Rosas. Número 13. Octubre de 1948.

Navarro Viola pertenece a esa falange de hombres públicos que procediendo del partido federal, no tuvieron bandera política que defender, después de Caseros. A fuerza de talento, de prestigio personal y de conducta, pudieron -no obstante esa ausencia de divisas- evitar males mayores oponiéndose al descastamiento y desintegración total de esta sociedad. Y lo hicieron aún mismo infiltrándose en los partidos liberales en un emboscamiento que hoy debemos honrarlo como benemérito de la patria.

Los Navarro Viola, los Estrada, los Bernardo de Irigoyen por no nombrar sino algunos -y excusado sea que muchos de ellos sinceramente no comprendieron a Rosas- de todos modos, son los grandes paladines de las ideas nacionales, de las tradiciones más arraigadas en los argentinos, de sus virtudes civiles, de sus sentimientos y su cultura.

Ellos se oponen y forman cuadro, defendiendo la educación que había forjado grandes ciudadanos, contra los boticarios de pueblo tipo Wilde, que entraron a remover la "cultura", como caballos en el bazar"

Ellos defienden el territorio argentino, en noble luchas diplomáticas, contra el escepticismo volteriano de 'para que sirve el Canadá'.

Ellos denuncian la estupidez primaria de derogar leyes de Rosas nada más que porque eran de Rosas, tal la ley de tierras dictada durante su gobierno, que puso fin al 'negociado' de la enfiteus rivadaviana, que había terminado en vulgares monopolios y especulaciones de tierras.

Navarro Viola es el adalid que se quema por los cuatro costados, allí donde hay una lesión enorme de la ciudadanía y de la argentinidad. No teme, no elude el mote de "rosin", de mazorquero que le enrostran lo que habían venido ricos y gordos, engordados con el consabido pan amargo dél destierro. No hace las de ese viejo Vizcacha de Vélez Sársfield, cuya figura en los anales políticos argentinos es un ejemplo, un modelo de desfachatez y desahogo, para las futuras generaciones argentinas, que se esforzaron por igualarlo y no batieron jamás la marca del viejo.

Don Miguel Navarro Viola que no es rosin, ni mazorquero al viso de lo que quieren significar los calumniadores; pero sí es federal, es decir lo mejor del país, espumado de aventureros que fueron subvencionados por presidentes extranjeros para mutilar la la soberanía argentina.

El peronismo en sus fuentes



Y durante su vida, no anduvo como otros, esquivando la relación y el elogio de los que, como Roxas y Patrón y de Angelis pertenecientes al personal de Rosas, resultaban comprometedores. Adónde había caído, la moral de los tiempos, lo dicen esas famosas cartas de Mitre en que "proscribía" candidaturas' de los que no hubieran abominado del "despotismo". Y había gente inferior que tenía miedo a esos cedulones. Navarro Viola, jamás.

Hemos perfilado, a Navarro Viola para señalar un medular y estructurado trabajo sobre su vida. Hablamos del libro que lo le acaba de consagrar Don Agustín Rivero Astengo, infatigable investigador de los acontecimientos políticos argentinos sobre la segunda mitad del siglo pasado.

Conocida es la labor de Rivero Astengo, aquilatada en su "Pellegrini" y su "Juárez Celman". No es de los escritores que se dejan llevar demasiado por ese fuego sagrado de la "historia opinada", tipo López, pero guardémonos de creer que por no opinar muy por lo alto, estive datos y más datos en un paquete de hojas y deba ser alineado en los 'hechólogos' como los llama Alberini a esos historiadores que aburren de lo lindo para decir que Colón llegó a América el 12 de Octubre de 1492.

El método de Astengo, rigurosa,ente apoyado en el documento y en el testimonio bien instrumentado, no excluye la inferencia verosímil y el corolario siempre felizmente 'trouvé' en un aforismo clásico o moderno de sabrosa especie y de firma solvente.

R. D.

El peronismo en sus fuentes



DOLL, Ramón. Manuel Gálvez. La ciudad pintada de rojo. Novela histórica. En Revista Instituto de Investigaciones Históricas Juan M. de Rosas. Número 14. Febrero de 1949.

El veterano y eminente escritor don Manuel Gálvez, abandonado en los últimos años su 'métier' de novelista que le dio una fama bien ganada de investigador de la vida familiar argentina, aunque siempre o por lo general, enmarcada en los cuadros políticos de la época.

Sus biografías de hombres discutidos como Yrigoyen, Rosas, García Moreno, Aparicio Saravia y otros americanos más o menos resistidos por la constelación liberal, lo colocaron a Gálvez en un plano de historiador novedoso, que no cedía a ningún caso sus dotes de narrador con lograda voluntad estética.

Ahora ha reconstruido un trozo del agitado período rosista, dejando sobre los fondos de la novela, las figuras históricas y prefiriendo describir la fuerza inductora de la vida pública sobre la vida privada de hombres imaginados o reales.

Eligió aquel momento decisivo en que los intelectuales de la nueva generación, en los años 36 o 37 abandonaron o parecieron abandonar los tópicos del unitarismo ortodoxo y entrevieron la posibilidad de infiltrarse en el movimiento federal. Como es sabido Echeverría, Alberdi, Sastre y muchos otros jóvenes inspirados en las doctrinas historicistas, entraron a considerar el rosismo como un hecho y a Rosas como el intérprete de una realidad nacional, que los viejos rivadavianos no podían comprender, ni siquiera intentaron hacerlo. El bloqueo francés del año 38, aventó de aquella generación, aquel anhelo de comprensión, ilustrado por pedantes disquisiciones de que nos da cuenta el "Fragmento preliminar" de Alberdi y los jóvenes de la Asociación de Mayo viraron con decisión al bando unitario con la resistencia expresa, al principio, del grupo rivadaviano.

La novela de Gálvez presenta esas transiciones, reflejadas en dos o tres familias en que las mujeres y los jóvenes son rosistas netos y los hombres maduros lo son también, pero con tibieza. La trama de la obra se desenvuelve a través de relaciones sentimentales no siempre legítimas, donde las figuras históricas al igual de cuerpos catalíticos, agitan las almas en una generosa pasión que se contrapuntea con las convicciones políticas.

Más interesante que la anécdota amorosa, es la reacción patriótica que la invasión extranjera provoca en gente que permanece con aire relativamente frío ante la política interna del General Rosas, pero que es definitivamente atraída por su denodada defensa del interés nacional. Y es

El peronismo en sus fuentes



que Rosas redivive el espíritu argentino frente a la empresa que iniciaron las potencias extranjeras, codiciosas de nuestro patrimonio. Por eso el novelista Gálvez acierta magníficamente en este trabajo, al descompagnar el hilo del destino individual de sus protagonistas, señalando el saludable vuelco de los hombres hacia el cumplimiento del deber sagrado, por encima de intrigas y traiciones que entretegían los instintos y los sentimientos, Cuando una política vivificante y superior se apodera del Estado los conflictos individuales de la "epopeya burguesa" se desarrolla en función de los ideales que mueven a la sociedad en que actúan y la epopeya distrae su privado menester, alzaprímándolo sus móviles y subsumiéndolo en la alegría de la vida social, donde anida el bien común de los conciudadanos.

Historiador y sociólogo, Gálvez es siempre el incansable buceador de la vida argentina, sin los prejuicios escolares de nuestra deficiente educación pública. Destacamos como certeramente trazadas las figuras del español don Bonifacio Rando, tozudo rosista, duro como un garrote; del Dr. Elaustro, vacilante en sus conceptos sobre el Gobierno, pero firme en un patriotismo sin tacha; de de Angelis con su curioso conocimiento del país, cuya lengua no dominó.

RAMON DOLL.

El peronismo en sus fuentes



DOLL, Ramón. SILVESTRE PEREZ. - Filosofía del federalismo en el Río de la Plata. En Revista Instituto de Investigaciones Históricas Juan M. de Rosas. Número 14. Febrero de 1949.

El Dr. Silvestre Pérez, publicista uruguayo conocido en ambas márgenes del Plata por su tesonera brega tradicionalista e integralista, acaba de publicar este tratado de las guerras civiles argentino-uruguayas (que es como decir una Historia de los dos países) en el que desentraña las valoraciones que movieron la lucha de los dos partidos de común origen, también en ambas nacionalidades. Dicho queda que Artigas y Rosas, figuras señeras en en la conducción de los mismos ideales, encarnan y re presentan los móviles que animaron a los federales, mientras los directoriales y los unitarios exhiben propósitos que son sometidos al examen crítico del autor.

Con nutrido acopio de datos y antecedentes, el Dr. Pérez demuestra cómo la corriente federal se apoya en las grandes masas y reviste la decidida magnetización europeizante del unitarismo, en salvaguardia de la integridad territorial y cultur'al de ambos países. Mientras la Primera se aferra a su destino de país hispano-católico, custodiando los valores humanos tal cual se dieron en estos países, el partido unitario entiende que la razón de ser de cualquier política en América es la aplicación a la letra de la filosofía del siglo, entendida a través de las ideas desparramadas por la Revolución Francesa y que, con mejor precisión, constituyeron el programa de la burguesía occidental en la conquista del mundo. Por supuesto que tratándose de partidas, las definiciones no tienen validez teórica, pero tuvieron eficacia pragmática y por el momento, no nos podemos atener a nada más.

Durante la lectura de. los trazos que realiza del Dr. Silvestre Pérez sobre los caudillos federales y las divisas unitarias, nos preguntamos si esta filosofía de la historia, no viene a demostrar que aquellas luchas, mas que sobre las plataformas prometidas a los pueblos, see realizaron para dirimir un pleito sobre la legitimidad del poder.

La terminología liberal pudo hablar de partido federal y partido unitario. Pero acaso ¿eran verdaderas partidos, al modo inglés, donde las facciones en disputa, son consideradas igualmente con títulos legítimos para gobernar, aunque se dividan por ofertas, diferentes? ,

Basta formular el interrogante para recordar que en ambos países estos dos partidos no pueden llegar al gobierno sino por la revolución; y aunque a veces conquistan supremacías por mecanismos legalistas, la expresión y el contenido demuestran que siempre uno de los dos le negó al adversario, no ya condiciones o capacidad para gobernar, sino títulos para poderlo



hacer, dentro de un régimen parejo de convenciones donde recíprocamente se hubieran colocado en un mismo plano de legitimidad reconocida por las partes.

En la Argentina y el Uruguay, un partido excluye al otro pero no en la palestra constitucional, habilitada al efecto, sino porque invoca la razón suficiente y necesitante de que sus divergencias se han abierto ya, y de modo irreparable, en criterios opuestos sobre la coconstitución natural del país, sobre las finalidades sustantivas del Estado y sobre las esencias nacionales mismas. Por tanto, su derecho a gobernar es privativo y excluyente.

Y la inteligente y constante referencia a España con que el Dr. Pérez ilustra su certera síntesis, nos llevan a pensar si en el subconciente de estas luchas no ha de esconderse el pleito sucesorio sobre la herencia vacante de Fernando VII en tierras de América.

Aunque de primera intención, todo esto resulte una antigualla, acaso no lo sea tanto si se recuerda que todas las revoluciones americanas comenzaron con lenguaje de escribanías y jueces de difuntos. Había que "preservarle" estos países a Don Fernando, había que adoptar medidas- conservatorias del caudal; pero ¿quién debía ejercer de fideicomisario o de albacea mientras tanto? Las tierras eran de la Corona no de España, por lo tanto ningún gobierno español tenía más derecho que un gobierno local para ejercer el fideicomisariato. Y aquí, quién? Un español cualquiera, dijo Lué, y tuvo poca suerte. Los pueblos contestó Castelli, y resultó sumamente anónimo el candidato. Villota no contestó mal, cuando se refirió a los demás compartimentos del Virreynato; pero la tesis del "hermano mayor" de Paso era evidentemente la más lógica y también la que contaba' con el apoyo y la fuerza del beneficiario, lo que zanjó toda otra dificultad legitimista.

Esta solución hubiera sido ridícula en Norteamérica; porque allí había colonias que se gobernaban por Cartas del Rey de Inglaterra. Desconocida la autoridad del Rey, o eclipsada, la colonia se seguía gobernando por sí misma, acaso con la misma Carta, sin el Rey; o con otra.

En la América Española no había colonias (grupos de gente que se instalan como empresas mercantiles y de explotación de riquezas) sino un gran feudo real, dominio de la Corona en que todo el mundo, autoridades y pueblo servían a una causa extra-comercial, ejecutoria de la conquista y que debe interpretarse de acuerdo con la perennidad que de derecho se atribuía entonces un Monarca. En el Norte anglosajón había un grupo de pobladores financiado por una compañía. concesionaria. El Rey prestaba el servicio de protegerlos y ellos pagaban el servicio mediante impuesto que votaban en sus cuerpos legislativos.

El peronismo en sus fuentes



En el Sur español, no había factoría, ni empresa mercantil concesionaria, ni cartas, sino servidores y agentes del Monarca con misión de apostolado (cumplíerose o no fielmente) y con el deber de adaptar salvajes a la civilización, en lato sentido.

Se comprende que la acefalía monárquica en el Norte era un problema de paga (y la emancipación allá surgió a raíz de diferencias de paga de las guerras coloniales) que se arregla con una liquidación de cuentas; pero entre nosotros, la acefalía creaba problemas de poder y de soberanía, no terminaba con ajustes de cuentas y de límites. La historia de la emancipación hispano-americana ofrece en tal aspecto, variantes que van desde la monarquía Inca, hasta la devolución lisa y llana de todo a Fernando VII.

El cese definitivo o transitorio del Rey, que en Norteamérica no causaba más trastorno que convenir una carta-reglamento nueva, en América Española desembocaba en un tremendo salto en el vacío. De ahí las contradicciones internas que afloraron en las guerras civiles; enmascaradas, como dice el General Paz; en luchas políticas, pero que eran sociales; y donde la confusión colmó los límites, pues los jacobinos invocaban la tesis "del hermano mayor" y las masas renitentes a todas las novedades liberales, en realidad se escudaban en una democracia incipiente contra minorías ilustradas.

El libro del Dr. Pérez actualiza y re ordena esta significación de la lucha por el poder que dura muchos años y en cuyo fondo aparece siempre el duro trance en que vieron la luz las naciones de Hispano 'América.

Un examen de los móviles, ideales, visión de la realidad telúrica, anhelos de bien común que arrastran los partidos tradicionales y que con profundo conocimiento expone don Silvestre Pérez nos lleva al convencimiento de que en el fondo de la' sangrienta lucha, cada bando disputaba al otro, modos de vivir y gobernar, que comportaban conceptos opuestos sobre la naturaleza y el destino mismo del país. ¿Debíamos ser lo que somos u otra cosa? Pero ¿quién tenía más derecho que otro para imponer el seguir siendo lo mismo o no seguir?

Entregamos el libro del Dr. Pérez a quienes les interese meditar sobre ese tema. Nosotros, le agradecemos al autor el poder asociativo de su prosa desordenada, pero vitamínica.

Ramón DOLL

El peronismo en sus fuentes



DOLL, Ramón. RODOLFO MORENO. Modalidades de la tiranía. Una conferencia política sobre Rosas. En Revista Instituto de Investigaciones Históricas Juan M. de Rosas. Número 14. Febrero de 1949.

Nos llega "Modalidades de la Tiranía", conferencia pronunciada por don Rodolfo Moreno, dirigente conspicuo del Partido Conservador argentino. Descartaremos la evidente intención política del folleto, lamentando que el Dr. Moreno no haya buscado otros ejemplos históricos para espectrografiar las "modalidades" de lo que en realidad quiso combatir.

El yerro lo obligó en primer término a salvar la descendencia del modelo, cuyo nieto fué el esclarecido y venerado don Juan Manuel Ortiz de Rosas, Gobernador de Buenos Aires de quien el conferenciante fué ministro. La salvedad resulta del peor gusto, porque nadie quiere dignificar a sus ascendientes si con ello apareciera reconociendo un pasivo indigno.

Más grave es el absurdo de que sea un jefe del partido que representa o quiere representar lo que llamaríamos la derecha social o las fuerzas, del 'orden' o la gente de arraigo nacional, quien condene el Gobierno de Rosas porque contó con el apoyo del clero, invocó reiteradamente la protección de Dios, trató de robustecer el principio de autoridad, no aceptó un gobierno desprovisto de facultades proporcionadas a la necesidad de orden de la época y dió participación social y pública a la familia del General Rosas. No es un socialista o un izquierdista quien abomina de esas "notas" del rosismo. No. Es un conservador.

Conviene detenernos en esta desconexión, en estas antinomias del pensamiento político nacional, porque por esas pendientes se vienen deslizando grandes fuerzas sociales con rótulos equivocados y destinos torcidos por la indocumentación e impreparación de quienes debieron y deben conocer la historia de nuestro derecho público.

¿Por qué el Dr. Moreno, por ejemplo, que invoca (y hace bien) en el folleto, su arraigo en el país, que además reconoce que Rosas gobernó con personas que ostentaban los más conocidos apellidos de Buenos Aires, el mismo. Dr. Moreno repite los argumentos resobados de que sus colaboradores fueron adulones, serviles, obsecuentes? ¿No es ése el argumento de quien más bien deseara desprestigiar una sociedad patricia?

Por lo demás, argumento de la adulonería, lugar común de la oposición banderiza, argumento sin categoría política y que por igual puede aplicarse a cualquier régimen. La legislatura le confirió a Rosas la suma del poder público en ejercicio de facultades que le eran propias, porque la Sala de Buenos Aires tenía el carácter de Legislatura extraordinaria y Constituyente por la Ley

El peronismo en sus fuentes



de agosto de 1821, que proyectó Rivadavia. Si además, algunos o todos los diputados eran adulones, aunque lo fueran, el historiador debe demostrar que la adulonería estuvo en este caso al servicio del error o de una causa anti nacional. El deber del historiador trasciende la inquisición psicológica personal, aunque se sirva de ella en algunos casos para completar sus juicios.

Lo penoso de conferencias como ésta del Dr. Moreno, no es la ignorancia histórica y el desconocimiento de las investigaciones aceptadas hoy por los mismos adversarios de Rosas (sobre la Suma del Poder Público, ver González Calderón); lo penoso no es la persistencia de ideas falsas incrustadas por una educación pública de 80 años, cuyo fracaso es visible; lo penoso es que hombres que han desempeñado grandes cargos públicos y que son tenidos y difundidos como importantes, exhiban este simplismo mental e improvisen de oído, sobre la Historia patria.

Nuestros juristas no se atreverían a hablar de tal o cual artículo de la Constitución Nacional, sin hacer por lo menos cuarenta citas de la Corte Americana. Sin embargo, la historia preconstitucional, que ilumina por dentro todo el aparato institucional, se manosea con frivolidad periodística y se utiliza como material de propaganda en el ajeteo de la política menuda. Luego viene el no entender nada de nada; y el asombrarse de todo, como lo hace el Dr. Moreno en esta conferencia.

RAMON DOLL

El peronismo en sus fuentes



DOLL, Ramón. La clase dirigente: su rol en la política. “Teoría del Estado” de Ernesto Palacio. En Revista SEXTO CONTINENTE. Número 2. Sept-oct. 1949. p.41 y ss.

La política tiene categoría de ciencia autónoma con método propio, como que constituye un fenómeno social de especie distinta, y no necesita ni debe pedir prestados a la economía, ni al derecho constitucional, ni a la psicología, ni a ningún otro conocimiento sus métodos de investigación.

Así o en otras palabras lo afirma el doctor Ernesto Palacio en este libro. Lo afirma y lo demuestra en prosa ceñida al pensamiento como la piel al cuerpo y sin ninguna sobrecarga de citas inútiles y ejemplos históricos que tienen el inconveniente de enredar las discusiones con pedantes muestrarios de sucesos, en los que hay para demostrar lo que el tratadista quiera.

La política tiene su anatomía y fisiología especial y sí, como dice Palacio, hay en esa actividad un orden natural que no se puede someter a clasificaciones ni subordinaciones extrañas a su propia realidad, nosotros nos arriesgamos a decir que el autor plantea por primera vez una biología de la política tal cual es, desnuda de ropajes aristotélicos, con su monarquía, aristocracia y democracia y de trinidades montesquieanas donde la letra de la ley dicotorniza un aparato vital en el que todo responde a una sinergia determinada.

Hay un "orden político natural, independiente de los llamados regímenes de gobierno". En la monarquía más unipersonal influyen las masas populares, y en cualquier democracia moderna los líderes, tribunas o caudillos deciden unipersonalmente como verdaderos monarcas en mangas de camisa algunos o todos los problemas del Estado. Por lo demás, no hay despotismos, ni gobierno popular sin que un equipo dirigente y minoritario no interfiera, controle y equilibre la natural propensión del jefe a exceder sus facultades y la no menor propensión de las masas a anegarse en la anarquía y en el caos. Todo gobierno es mixto -dice el doctor Palacio- y no puede no serlo, como el cuerpo humano no puede ser pura cabeza ni puro músculo.

Las estructuras naturales del estado, jefatura, clases dirigentes y estratos populares, no pueden desplazarse unas con otras sin que sobrevenga automáticamente un desequilibrio que tiende con energía a buscar el nivel donde sólo es posible el orden y la paz.

Si no lo halla, la revolución barre con la terquedad o la ceguera de los obcecados y comienza de nuevo la reordenación de los elementos biológicos del estado hasta que, con cualquier

El peronismo en sus fuentes



constitución, nombre o régimen que quiera el gusto, la moda o la rutina del momento, se logre la interdependencia de todas sus estructuras u órganos.

IDEOLOGOS y REALISTAS

Aquí se comprende cómo el líder ideólogo se diferencia del político realista. Aquél cree que basta cambiar las superestructuras institucionales para gobernar. Creará seis u siete chirimbolos constitucionales. abrirá o cerrará las esclusas del sufragio universal y ya estará tranquilo. Realista, en cambio, es el que comprende que la política tiene su realidad particular, la que rige y no se deja regir por ideologías ni dogmas sobre las calidades de un jefe o de un sistema.

Conviene señalar que el político realista no desdeña utilizar la ideología que en ese momento tenga simpatía o aprecio entre las masas; pero se guardará muy bien de dejarse arrastrar por el mito.

Maestros en tal sentido fueron ciertamente los bolcheviques cuando, sustituyendo a cierto tipo de charlatán demócrata progresista que encarnaba Kerensky, agitaron los mitos marxistas (seis o siete frases sacadas de aquí o de allí entre los cuarenta pesados tomos de Marx) y los hicieron servir a sus propósitos. Habían obtenido, sin embargo, un mínimo de votos pero supieron representar e interpretar en aquel momento los deseos de la mayoría. Paz por separado con el ejército prusiano, reparto de tierras, etcétera; Kerensky les había confeccionado a los rusos una hermosa ley electoral, en momentos en que lo que querían los "mujiks" era que los dejaran volver a sus isbas. Lenín les confesionó una dictadura del proletariado con vanguardia consciente, etc., etc., que se adecuaba mejor a aquella realidad política, que seguía siendo cosaca y zarista. No se dejó subordinar a ningún ente de razón socialista y democrático pero lo subordinó a esa realidad; y en nombre de un socialismo imposible él y sus epígonos mantienen desde hace treinta años en Rusia un gobierno posible, hoy adulado por una gran parte de la burguesía occidental.

Entendida así en su ámbito propio, no es difícil entender también a la política sin subordinación a la moral y a la teología. No se suponga en Palacio una invitación a tirar por la borda todos los escrúpulos con un maquiavelismo de bolsillo. No hay tal cosa. La ciencia natural política es agnóstica y positiva, tal como la bioquímica o la botánica. Pero de ahí no se sigue que sea lícito a los fines prácticos de la política, insurreccionarse contra la ley de Dios. Así, yo puedo decir al mismo tiempo y sin contradecirme que el comunismo persigue la implantación de la pocilga universal (finalidad antihumana y por tanto inmoral) y reconocer como reconozco que toda esa

El peronismo en sus fuentes



canalla revela un dominio maravilloso de la realidad política como objeto de aquella ciencia natural. No me contradigo.

EL RECAMBIO FISICO - POLITICO

Por medio de esquemas – inútil es que se quiera ilustrarlos con estadísticas puesto que el libro no se propone historiografiar, sino que se atiene a un método deductivo del que no puede apartarse- el autor desarrolla la dinámica de las fuerzas sociales que en perpetuo movimiento sostienen el diario acaecer político.

El monarca, jefe o caudillo, en la cúspide, la masa en la base, la clase dirigente entre ambas fuerzas, se neutralizan, se reacomodan y a veces se destruyen: pero es metafísicamente imposible que unos prescindan de los otros so pena de ser sustituidos en seguida por nuevos jefes y nuevos equipos gobernantes.

Una revolución podrá barrer con el personal político y burocrático que dejó de ser clase dirigente pero de inmediato coloca otro en su lugar que será también aventado como paja, si no sabe dirigir. Es que el traumatismo revolucionario, como el que sufren ciertos tejidos orgánicos. provoca en las células vecinas a la lesión un movimiento dirigido a restaurar la integridad del tejido (E. S. Russell).

Incluso el autor formula ciertas ‘constantes’ del movimiento de readaptación que rigen un orden político y eficaz. Algo como las leyes físicas sobre la presión y resistencia de los gases según su densidad, de modo que, siendo la clase dirigente la más densa en calidades, resistirá la presión de lo menos denso que es el cuerpo social indiferenciado, hasta que, gastada aquélla en el gobierno, perdida su natural resistencia, irrumpan de abajo masas de moléculas con peso específico suficiente para desplazar las esencias desvanecidas en el desprestigio y el deshonor.

Este cuadro y descripción del recambio constante en el aparato político de una comunidad informa las leyes que rigen la función de gobernar. Se comprenderá perfectamente que no basta conocerlas para ser un político; deben poseer facultades especiales además: inteligencia. imaginación y quizá magia, para acertar en la percepción de la realidad fenoménica.

Es preciso auscultar con fineza el ritmo social siempre cambiante, no descuidar los imponderables, no subestimar ni tampoco sobreestimar los hechos económicos, evitar los falsos mirajes de círculo. En fin, el dirigente lo es por un saber humanista, al decir de Palacio, que permite adentrarse en la naturaleza del hombre y de la sociedad en que actúa.

El peronismo en sus fuentes



No debe olvidarse que la realidad política es una y vana, fluida como una corriente de agua y como un río -dice Palacio-; no podemos captarlo por connotaciones, ni definiciones intelectuales (cauce, agua, utilidad del río) sino intuyendo primero su realidad estructural y luego acertando a adecuarle la superestructura que resulta más cómoda.

LA CLASE DIRIGENTE

En rigor, no traicionaríamos el pensamiento de Palacio si dijéramos que la clave del libro o, digamos, de la teoría expuesta, está siempre en manos de la clase dirigente.

Así admite el autor en la página 101 que 'la historia nos muestra una sucesión de clases dirigentes y que los cambios históricos significan cambios de clase dirigente'.

El elemento masa es en cierto modo objeto pasivo del proceso político 'y su poder es bastante virtual'; mientras el jefe no es más que una resultante, a veces deliberadamente pactada y convenida (como el caso Hitler, diríamos por nuestra cuenta), entre los que componen la clase dirigente. Observación de suma hondura que presta a la teoría un postulado difícilmente rebatible.

¿Qué es una clase dirigente? Así se pregunta Palacio. 'Sabemos que, no obstante ser una minoría, dirige (y de aquí su calificación), en virtud de la energía que la anima, la actividad general de la comunidad. porque el poder personal sólo tiene sentido mientras emane de ella o mantenga con ella su superioridad'.

Vale decir que la clase dirigente es el espejo de las apetencias y mitos de la masa y por tanto la natural auditoría del monarca, porque si no su predicamento dejaría de ser un eco inteligente de la comunidad, o si el monarca no lo atendiera, éste gobernaría para los marcianos.

En fin, la clase dirigente no la da el cargo, la jerarquía, ni el valimiento. Es clase dirigente de hecho, aunque a veces no llegue a cortesana ni forme los ministerios. Los errores sobre la autenticidad del personal gobernante, cuando se confunde lo que es con lo que aparenta, son fatales y terminan en el ostracismo.

¿Y cómo es la clase dirigente? Es decir ¿cómo, quiénes son los que en definitiva gobiernan, quiénes son los verdaderos políticos? Eso nos preguntamos nosotros.

Una psicología elemental pero segura nos dice que; descartados la ambición personal, la envidia, la vanidad, el resentimiento y demás submotores del político, gozan esos ciudadanos de un optimismo razonado sobre su propia aptitud para hacer felices a los demás compatriotas.

El peronismo en sus fuentes



Tienen una confianza no siempre medida en su capacidad para realizar las ilusiones medias del hombre medio; saben desarrollar suma energía y voluntad para consagrarse al bien público sí ellos así lo juzgan como bien o como público. Esta clase dirigente sale generalmente de la clase llamada media, porque al rico no le preocupan sino sus bienes y no tiene tiempo para pensar en los bienes ajenos; y el pobre no quiere tener día siguiente, porque el de hoyes bastante amargo.

Nos hemos internado en la psicología y, cabalmente el tino del Dr. Palacio consiste en no internarse jamás en zonas de influencia.

ES COHERENTE Y REPRESENTATIVA

El autor, dentro de su método rigurosamente dedicado a lo formal de la investigación, dice que la clase dirigente es la que interpreta con justeza el bien común, y cuando esa interpretación es auténtica incide con eficacia sobre el mandatario, ápice supremo de la colectividad.

Debe ser coherente, en el sentido de obrar con determinada orientación y no con el oportunismo burdo del que lo que quiere es perdurar; debe representar intereses concretos, apoyarse en fuerzas sociales homogéneas; debe obedecer a principios, pero a principios vigentes que provoquen resonancias y asociaciones mentales gratas a la masa. Debe representar ideas, bienes, apetitos y sueños. A la mano tenemos un ejemplo de lo que no deben ser los dirigentes.

LOS PARTIDOS ARGENTINOS

Hemos visto caer sin denuedo dos equipos dirigentes en nuestro país. Conservadores y radicales, cada uno por su lado y a su manera, se dedicaron -y todavía siguen- a demostrar que habían perdido sus títulos de clase dirigente. La U. C. R. antes en el gobierno y ahora en la oposición degenera (hablo de los líderes) en un virtuosismo electoral, en un perfeccionismo constitucional que hizo bostezar de aburrimiento a dos generaciones enteras. Todavía ahora, en la oposición, vive de preocupaciones curialescas sobre si dos tercios o no frente a un debate constituyente. No sabe ni quiere oír nada sobre cuestiones palpitantes, siempre con el temor de perder votos obreros si defiende demasiado a la burguesía, y de perder influencia burguesa si hace obrerismo; no quiere ahora mismo escuchar la voz de la clase media emparedada entre las otras dos: no quiere declararse atea y tiene pavor de presentarse como simpatizante de sentimientos y de fe tradicionales: ningún estanciero está seguro de que la U. C. R. lo proteja, pero ésta tampoco se anima a decir que no lo protegerá. No quiere nada, sino alegar y querellar viejas monsergas sobre el sufragio, sobre el fraude, sobre la democracia orgánica, sobre la



honradez administrativa (¡ah, la vieille chanson!), materias que sólo tienen vigencia cuando sirven de utilaje para resolver los grandes problemas nacionales y enfrentar tiempos de guerra universal, como son los actuales. Pero que por sí mismas no despiertan ninguna pasión.

Por su parte, los conservadores cayeron también no por democracia más o menos, sino porque se cerraron a todos los anhelos y no se renovaron al ritmo del progreso social. Cuando Palacio dice que la clase dirigente deja de serlo si la comunidad deja de reconocerse en ella, nosotros hemos pensado súbitamente en los demócratas nacionales. Y conste que este libro se precia de no enturbiarse con ninguna menudencia de política casera.

EL FRACASO DE LOS EQUIPOS INACTUALES

Este tratado de política coincide y expresa con elevado tono académico lo que en forma difusa parece estar entendiendo la época actual. La política, la ciencia y arte de gobernar y mantenerse en el gobierno, está abandonando los dogmas que la dividieron con respecto a los regímenes. La verdad absoluta no está en quien debe ejercer el poder, si el jefe máximo, las oligarquías ilustradas o las masas amorfas. El poder lo ejercen todos: el jefe poniendo en ejecución las direcciones impartidas por quienes sepan hacerla, y las masas decidiendo en última instancia si las direcciones responden al bien común y si el ejecutor las cumple con lealtad.

Se dirá que cada facción, partido o núcleo dirigente seguirá diciendo que los otros cumplen mal y que ellos prometen y sabrán cumplir bien con esos aforismos. Pero la tesis que comentamos no tiene por objeto decidir cuál programa y cuál instrumento de gobierno es el mejor, sino que todas las convicciones e ideas políticas lograrán sus propios objetivos si no descuidan la física que la doctrina enseña en este libro. ¿Y cómo se sabe que el partido no las descuida en el poder? Se sabe de la única manera que puede saberse, es decir, por la experiencia y porque si la comunidad humana se diferencia del rebaño es porque se considera capaz de elegir sus destinos con la libertad rectamente asegurada por la ley y la fuerza a su servicio.

En nuestro país ha ocurrido una experiencia bien ilustrativa, la burguesía argentina ha fracasado en casi un siglo de gobierno. Poseedora ella sola del poder, sus equipos dirigentes, conservadores, radicales, mismo los socialistas (por citar los de este siglo) no sólo han errado en la elección de jefes (función privativa, -enseña Palacio - de las "élites" políticas) sino que han descuidado el tercer estado, por así llamar al demos. Para colmo, la burguesía ni siquiera supo serlo de verdad, y ha malogrado sus poderes plutocráticos desconectándose de todo servicio público y entregando los destinos de la nación a gerentes erradicados del país.

El peronismo en sus fuentes



Las masas irrumpieron un buen día tratando de suplir la vacancia de la clase que holgaba en sus funciones directrices. Y mientras los políticos, atacados de parálisis general, creyeron que la masa iba a optar otra vez entre los equipos turnantes, un sismo los igualó a todos juntos en el osario.

EL PROBLEMA PALPITANTE

¿Qué es lo que no vieron las clases dirigentes y turnantes? Que los problemas del poder han variado en el mundo entero, y que mientras ayer la mística constitucional y liberal consistía en presentarse a oposiciones democráticas para dirimir en justa liza quién defendía mejor el poder de la burguesía, ese poder está hoy comprometido, discutido y sofrenado por las mismas masas a las que antes se les sometían sus diferencias de rendimiento.

El libro de Palacio me permite adelantar que hoy sólo puede pretender el título de clase dirigente la que sea capaz de controlar, de acuerdo con las reales necesidades y apetencias de la comunidad, los medios de producción que monopoliza una burguesía sin aliento para gobernar.

No otra cosa significa el veredicto del 24 de Febrero. La masa (comprendida una burguesía prudente que advertía la vaciedad mental de la Unión Democrática) apoyó decididamente al equipo que se presentaba a la liza enfrentando "por derecho" el proberna que en este momento de guerra internacional y revolución social constituye la prenda del poder: la propiedad, los instrumentos de producción.

Solamente a los conservadores, que en política recuerdan a los viejos pícaros y verdes de antaño, se les podía ocurrir que con travesuras de "voto cantado" un problema así de terrible quedaba postergado.

Y solamente los radicales. con frases imbéciles' de vacunos opositores de media galera: "hay que ser radical basta el final": o "los amigos deben ser amigos de los amigos", "los pueblos deben ser sagrados para los pueblos", ' creen que aplacan las convulsiones sociales, con plena conciencia de la cuestión palpitante, o con oscura premonición, con técnica experimentada o mediocre, pero lo cierto es que el nuevo personal, con gran alarma da los "Monsieur Scrupule", abogados que, sin embargo, habían legalizado todo los embrollos de Bemberg, el nuevo personal, repito, colocó a la burguesía en el rango que legítimamente le corresponde como auxiliar benemérito de la economía nacional, pero nada más. Así devolvió al poder político todo el señorío que pudiera caber en la República.

El peronismo en sus fuentes



Se comprende que el rigor fiscal, la estatización, la expropiación no son, desde luego, la abolición de la propiedad privada que, por lo demás, no se abolirá nunca, y que ni en Rusia estuvo abolida un solo día. Pero subsistente aún, ha perdido gran parte del control político que ejercía! y quizás su rol de árbitro.

No conozco un ejemplo histórico que ilumine mejor los esquemas de Palacio. Nuestros ex gobernante ingloriosamente caídos debieron ceder a quienes (aún mismo, si se quiere, bisoños y elementales), supieron plantear el juicio en un terreno cardinal, único centro de interés para todo el país; y el país entero, de pie, prescindiendo de formulismos, etiquetas, prestigios falsos o auténticos, farolas periodísticas, ineditiz de casi todos los candidatos populares, comprendió que, así mismo, ése era el grupo que debía dirigir la Nación.

Adviértase así cómo debe ser entendida esta idea de clase dirigente y cómo en determinadas ocasiones toda la pirotecnia de la propaganda, el prestigio de las instituciones, la fama ruidosa de los 'cuatro veces ministro', 'dos veces senador', son contestadas por la conciencia nacional con una rotunda defenestración electoral.

Es que se trata de un, órgano vital que no se crea en las incubadoras de "La Nación; y "La Prensa", sino que se recrea continuamente según así lo rigen las múltiples y variadas manifestaciones del diario existir social.

FATALISMO y LIBERTAD

De más está decir que Palacio no repite ninguna tentativa de mecanicismo ni organicismo que establezca leyes fatales e ineluctables en la evolución de las sociedades.

Al contrario, se defiende de ello en breves líneas.

No sólo el hombre individualmente considerado es capaz de elegir su destino y generalmente lo hace tan mal que elige el peor, como diría un existencialista. Tampoco la sociedad humana es un árbol o una colmena, y el mismo autor no se olvida de decir que muchas veces se decide por la ignominia deliberada y prolijamente elegida por los propios súbditos .

Pero si cada hombre es desgraciadamente capaz de preferir su propio desorden y alzarse contra el orden natural y sobrenatural (y durar asimismo), las sociedades, con libertad igual, no tardan en salir del error; y precisamente este libro demuestra que la voluntad de reconstituirse y perdurar está mejor auxiliada en la sociedad que en el individuo aislado.

El peronismo en sus fuentes



Nos referimos, claro, a los auxilios naturales y no hay mejor auxilio que conocer las leyes del dinamismo social que nuestro ilustre amigo nos ha hecho el bien de esclarecer.

Activo militante de la ciudadanía, con vocación largamente ejercitada en la política práctica y teórica, Palacio ha dado en este libro un fruto maduro de su vida, que pertenece a una generación de la que si desentendieron por igual los hombres del antiguo régimen. Bajo una apariencia soslayadora de toda la charanga que acompaña siempre nuestro pensamiento político, Palacio esconde una pasión insobornable por la vida pública; pero exigente con su pasión, no le concede expresión alguna que desatienda las disciplinas de las mejores formas tradicionales.

Exposición magistral de las ideas que presiden la acción política; manejo seguro de los hechos, cuyo conocimiento se revela sin fatigar y con síntesis persuasivas; y una intención no manifestada de docencia para nuestros medios intelectuales, que hacen de la política un conocimiento empírico y prácticón, propio de cada partido o de cada iniciativa particular.

Este libro era necesario además en un país donde hemos padecido de un terrible dogmatismo constitucional que casi llega al siglo. 'Fuera de la Constitución actual, todo es caos', dijo Ricardo Rojas una vez. La frase revela, porque proviene de un escritor insigne, hasta dónde las clases áulicas argentinas han confundido el país legal con el país real y la guardarropía institucional con el cuerpo juvenil y lozano de la Nación. Nada significaría el error doctrinario, si al mismo tiempo el fetichismo legalista, diariamente contradicho en los hechos, no nos hubiera anegado en el fraude y la mentira, simulando respetar lo que no se cumplía, por la sencilla razón de que no podía cumplirse. Una interpretación local de estas ideas de Palacio redobla su valor pragmático "hic et nunc" y no pierde por eso su alta jerarquía especulativa y teórica.

El peronismo en sus fuentes



DOLL, Ramón. Alrededor del Martín Fierro. En Lugones el apolítico y otros ensayos. Bs.As., Peña Lillo, 1966.

Siendo una obra genial y además de genial, un poema fiel intérprete de una época, debemos hilar fino en el pensamiento de Hernández, separando cuidadosamente los hechos de las intenciones. Conviene empezar por lo siguiente: la literatura gauchesca se vale siempre de interposición narrador con lo que se parece a la árabe, lo cual tiene sus ventajas y sus desdichas. El escritor se escamotea y las fallas de la narración se las dejan que corran por cuenta del gaucho o no gaucho que narra gauchadas. Así Hernández lo hace hablar a Fierro, gaucho que dice “revuelver” y sin embargo es capaz de tirar largas parrafadas de sentido panteísta e incluso define el tiempo en su payada con el negro, con una precisión bergsoniana. Del Campo está detrás del narrador en su “Fausto”, haciéndolo equivocarse, picardía de pueblerito apaisanado o de estanciero del Jockey Club que remeda con burla el habla hispana. Güiraldes lo mismo, hace hablar a un mozo que fue peoncito y luego llegó a rico.

Quedémonos en Hernández. Ese “trasteo” de las dos personalidades, el autor y el gaucho que habla es la única manera de escapar al simple canto silvestre y popular, ingenuo, primario y sin una segunda conciencia culta que hablando o sin hablar, juzgue los acontecimientos.

En general no hay duda de que Martín Fierro cuenta y Hernández opina: pero puede resultar a veces que sea al revés y Hernández cuente dejándolo opinar a Fierro, cuando le conviene. Vamos a ver algunos casos.

El de la autoridad es interesante. Por razones que sería luego explicar Hernández no amaba la figura del Alcalde, del Juez de Paz, del “Comandante” de Campaña. Escritor culto, estaba bajo el signo del siglo donde la autoridad corporizada y el mismo principio de autoridad sufrieron mayor declinación. Hernández no ama aquellas figuras sumamente impresionantes, creación auténtica de nuestra raza, española y criolla donde la autoridad si no se impone con prestigio personal, no se impone. El alcalde, con su corvo, con su estampa, con su coraje y con el indispensable estilo autoritario en la voz, en el gesto y en los actos, es un individuo nada despreciable y necesitaba tener mucha más personalidad que el funcionario similar de hoy, cuya autoridad es civilista y se hace respetar por lo que representa.

Así resulta lo que los lectores de Martín Fierro recuerdan y es que Martín Fierro repite diálogos sabrosos donde el Mayor o el Comandante hablan siempre con la soltura y la justeza del hombre que está acostumbrado al mando, que sabe acallar una rebelión en germen, con un retruque

El peronismo en sus fuentes



oportuno cargado de autoridad y también de razón. Se diría que esto es fácil cuando se tiene poder. Digamos que, al contrario, nada hay más difícil y el que no sabe mandar desprestigia en seguida el cargo y en aquellas épocas nuestra sociedad no perdonaba los abusos ni respetaba lo que no sabía hacerse respetar.

A través de las opiniones aquí y allá expresadas en Martín Fierro en las distintas anécdotas donde el héroe toma contacto con la autoridad se observa que Hernández juzgaba abusivas, atrabiliarias e injustas las funciones y los funcionarios. El Juez de Paz, que entonces era magistrado judicial, intendente, jefe político, según creación de Rivadavia en 1825, así como el Alcalde y el Comandante de Campaña; los jefes militares que realizaban levadas, operación perfectamente legal y que de otra manera, existe todavía en nuestras leyes militares (compañías de disciplinas) ; los contingentes, las "razzias" de vagos y mal entretenidos, todo eso es subestimado por Hernández, bien lo ve quien conoce el poema; no necesitamos hacer citas innecesarias. Sin embargo, Hernández opina en contra de todo lo que es ley, gobierno y magistratura; pero el gaucho Fierro cuenta candorosamente las cosas y por menos de lo que hizo, hoy estaría en Ushuaia. Además, a lo largo del relato, la autoridad no queda malparada y se desempeña ultraja y gallarda con el bandidaje.

Cosa parecida pasa con los indios. Hernández despotrica contra el indio, pero Fierro demuestra con los hechos que entonces el blanco podría tranquilamente convivir con el hijo del desierto. Indios vivían con nosotros y nuestros abuelos vivieron muchas veces en los toldos; incluso las cautivas no eran tanto como se ha dicho y todavía hay viejos que han conocido mujeres blancas de caciques y capitanejos, las cuales no conocieron amarguras y pobreza sino el día que fueron devueltas a la civilización urbana. El indio americano es receloso y desconfiado con el blanco y en el poema le atribuye incluso la viruela, lo que es sencillamente exacto pues le contagia la viruela al negro no vacunado en África. La escena de la cautiva y el hijo degollado tiene por causa un motivo justo, ya que el indio creyó que le habían echado brujerías, aunque, desde luego, justa es también la defensa que hace el gaucho de la mujer blanca. La transición de vidas entre un cristiano de levita y galera y un Calvacurá podía ser imposible; pero entre la manera de vivir de la sociedad rural blanca y de los pampas promediaban escasas diferencias .. Por eso el escritor Hernández usa adjetivos y calificaciones violentas, no obstante el narrador Fierro tiene "caciques amigos", "lo pasa lindamente en las tolderías" y, en fin, se ha ido al desierto porque "hasta allí no alcanza la facultad del gobierno", lo que demuestra el íntimo sentir de Fierro sobre la civilización con levita y con .. Gobierno.

El peronismo en sus fuentes



Hemos hablado de dos casos, la autoridad y los indios. Como en todos los poemas y creaciones gauchescas cultas, la conciencia urbana se superpone a la conciencia rural, fenómeno típicamente argentino, que después del "Facundo" de Sarmiento, nadie osaría discutir. La campaña no podía dirigirse -y no puede hoy mismo- sin un funcionario con la suma del poder público como era el Juez de Paz que duró hasta 1870 más o menos. Hoy existe el caudillo o el hombre que tiene la situación o algo parecido y es el sucedáneo del Juez de Paz. El pueblo aceptaba y acepta esa creación original de autoridad lugareña y aceptaba también la convivencia con el indio. Este también convivía con el cristiano, incluso moría de cirrosis, producto del alcohol, tan bonitamente como muere el cristiano. La conciencia culta no juzgó así las cosas, el indio fue limpiado y la autoridad personal de entonces substituida por la Ley.

Los negros aparecen también en Martín Fierro, subestimados por el autor y sin embargo llenos de realidad integrando nuestro ambiente, mezclados y fundidos en las clases populares. Las clases cultas han sido ingratas en la Argentina con el negro; en cambio nuestro pueblo no tuvo nunca ningún "tic" racista contra esos amigos de color. En el ejército nacional fueron bravos como el mejor y todavía algunos viejos pueden recordar la figura corpulenta de algún negro tamborero o trompa, batiendo los aires con el clarín. Nuestros amigos fueron en la infancia y en toda sociedad blanca; el negro deja en los niños sus supersticiones, sus murmullos musicales; su despreocupación simpática. En el poema que comento, cierto, a veces es el gaucho el que trata mal al negro, otras es el escritor Hernández y en este caso el paralelismo que me sirve de tema para comentar el "Martín Fierro", se funde o se entrecruza en una interferencia de líneas.

Sería interesante un día explicar cuáles son las razones por las que la literatura criollista se vale siempre de esa composición mental, es decir, la de hacer hablar a una máscara gaucha para expresar un pensamiento culto superpuesto a la realidad rural. Parece que es como sale mejor, por lo menos es la manera más aceptable de hacer criollismo literario. Este es un género especial al que pertenece Fierro, Güiraldes, del Campo y no pertenece, por ejemplo, Echeverría con su visión del campo argentino en lenguaje netamente urbano, ni el mismo Lynch, cuyas excelentes novelas no son gauchescas ni criollistas, sino de temas camperos, sin alarde idiomático, salvo en el "Romance de un gaucho", que no es lo mejor de Lynch. El único truco literario que ha tenido éxito en ese género ha sido el superponer tres planos expresivos: el campo con su expresión en bruto, el paisano que cuenta y el escritor que cuenta lo que el otro contó. Sin esa transposición de planos ocurre uno de estos dos trances: o sale una concreción silvestre, primaria, un tipo Gabino Ezeiza o payador Cepeda, sin dignidad literaria o sale una novela sobre él campo

El peronismo en sus fuentes



argentino que lo mismo la puede escribir Lugones, como un cuentista checoslovaco o Hudson, sin ir más lejos.

También sería interesante saber cuál ha de ser mañana la expresión local (que no puede presentarnos el idioma escrito del Imperio Hispano parlante) que debe poner la necesidad auténticamente argentina, de mantener las vivencias criollas y gauchas aun sin existir ya en la Argentina ni un solo gaucho, salvo en las "broadcastings". Parece que los argentinos, así mismo a través de Vacarezza y de Canaro, no abdicaremos de los sentimientos, las ideas, los ideales criollistas; los queremos mantener como el paradigma nacional, aunque la sociedad argentina actual étnica, política y socialmente no tenga nada de la sociedad argentina pasada. Pero el gaucho sigue teniendo validez almática, aun para los hijos o los nietos de un siriolibanés y esto es útil porque algún día lograremos ser medio parecidos a ese tipo humano de tan sorprendentes vivencias que aún hoy en medio del siglo xx quisiéramos ser como era él y hasta guardamos en las vitrinas de los museos históricos sus instrumentos de trabajo, sus boleadoras, facones y espuelas, como los europeos guardan las adargas de los caballeros de la Edad Media.

Es preciso cuidar alguna expresión literaria adecuada a esa aspiración del alma nacional; que no sea "pastiche", que no sea necesidad poética de milongón de fonda y que no sea descripción ornitológica y botánica del país. A pesar de la opinión de Rojas, "Martín Fierro" fue un acierto de expresión cultigaucha y está lejos de canción rural e instintiva. Tiene las mismas contradicciones del Facundo, que eran y son las del país.

1949

El peronismo en sus fuentes



DOLL, Ramón. Notas sobre la literatura nacional. En Lugones el apolítico y otros ensayos. Bs.As., Peña Lillo, 1966.

Sobre la 'nueva sensibilidad'

Se ha actualizado en estos días, el movimiento literario que hace 25 años se llamó “nueva sensibilidad” y que rodeando la figura de Ricardo Güiraldes, arremetió con furia contra los escritores consagrados. La revista “Martín Fierro” congregó a los iniciadores de aquel movimiento, con talento y con honradez.

Es posible que las nuevas generaciones tengan una idea bastante vaga de aquella “revolución” literaria que centraba sus fuegos especialmente contra Leopoldo Lugones quien se limitó a considerar con simpatía y bondadosa ironía, los ejercicios epigramáticos y las parodias de sus adversarios.

Por razón de ese posible desconocimiento, no está demás ubicar la “nueva sensibilidad” de entonces dentro del desarrollo cultural de aquel momento histórico. Quizás encontremos la pauta de aquellas inquietudes en lo que por esos tiempos se afirmaba con cándida confianza, cuando se decía que *el radicalismo, la reforma universitaria y la nueva sensibilidad*, conformaban la revolución de la nueva argentina en distintos ámbitos ideológicos.

Hoy no es difícil percibir que si en las formas aquellas, tres dispares manifestaciones del disconformismo nacional, tuvieron alguna intención renovadora, en sustancia no alteraban las bases del colonialismo económico e intelectual de la Nación. Y que en definitiva no comportaron revolución alguna. La reforma universitaria no dejó de ser un mero revoque de la fachada educacional importada nada menos que de unúkase soviético que ideó el comisario Lunacharvsky para eliminar de los claustros profesoriales a los mencheviques. El radicalismo, pese a sus orígenes federales, recambió al personal político pero no la mentalidad liberal de los dirigentes. Y en cuanto a la “nueva sensibilidad”, bien que puso por divisa al bardo de las desdichas argentmas, y declaró por númen a un egregio novelista gaucho salido de las. clases cultas, lo cierto es que resultó no más que una réplica de las escuelas literarias de la primer posguerra.

En rigor, las ideas argentinas no enriquecieron con un enfoque nuevo los problemas de la nacionalidad, y las tres inquietudss políticas y literarias citadas no fueron otra cosa que revestimiento s superficiales de la generación intelectual de Caseros. Nadie supo escapar, hasta 1925 por lo menos, de Sarmiento, de Alberdi y de Echeverría y todos fueron impopulares,

El peronismo en sus fuentes



asimismo el radicalismo que tuvo un fondo electoral evidentemente popular en su base, pero que en la cúspide conservó las ideas de las oligarquías liberales.

La "nueva sensibilidad" fue la última expresión del proceso liberal argentino y no sin razón suficiente centró sus fuegos contra Lugones, quien ya en 1923 había dado el primer remezón contra la tradición política iniciada en Caseros. No salió de una búsqueda del perfeccionismo expresivo, pero no descendió a las raíces de esa nueva Argentina a la que amagó con proporcionarle un idioma literario novedoso, olvidando. que. tales intentos no se hacen antes, sino después de descubrir las transformaciones ocurridas en el seno de la sociedad que anhela nuevas expresiones.

Del radicalismo, de la reforma universitaria y de la "nueva sensibilidad", no ha quedado más que la angustia que revelaron en su tiempo, y desde luego muchos de los hombres que se aficionaron en aquel entonces a aquellas inyecciones del liberalismo en agonía, fueron luego eminentes e informados agentes de la verdadera revolución ideológica que luego se concretó en acción y provocó la que estamos viviendo .

1949.

El peronismo en sus fuentes



DOLL, Ramón. “San Martín íntimo”, un libro de Carlos Ibarguren. Revista SEXTO CONTINENTE. Número 5. Septiembre 1950. Pág.106 y ss.

No es difícil advertir la clave de este libro si nos atenemos estrictamente al prólogo. Ibarguren se propone un itinerario de la ‘vida interior’ de San Martín, realzar ‘esa alma superior cuya belleza recóndita iguala, y en muchos aspectos supera a las hazañas del héroe’.

Recalquemos el sentido de esas palabras, porque colocan al San Martín íntimo entre el San Martín estatuario y el San Martín hogareño o anecdótico que el vocablo ‘íntimo’ podría estar insinuando.

El San Martín estatuario ha sido objeto de una inmensa librería, buena y mala, que al final ha logrado hacerlo reverenciar con justicia por los argentinos como el héroe máximo, pero del que no se conoce a fondo su perfección anímica y su formación moral e intelectual: su ‘vida interior’, dice con todo acierto Ibarguren, términos que recuerdan los ‘caminos’, las ‘moradas’ de nuestros místicos hispanos, en este caso reconducidos a los límites terrenos de una empresa nacional.

Esa intimidad, esos reflejos y resortes psicológicos (si se prefiere hablar por modo naturalista) desnudas decorosamente al San Martín de gesta, pero no para mostrar a un San Martín de biografía francesa, porque si el estatuario lo esfuma y lo desfigura (dice Ibarguren) el otro lo separa de toda categoría histórica, sean o no convenientes las estatuas y las pantuflas en los libros dedicados a los grandes hombres.

Un libro que faltaba

El mérito del Dr. Ibarguren sobrepasa a todo elogio. El lugar común de que ha llenado un vacío en la bibliografía sanmartiniana acude a la pluma; y lo usamos porque un retórico lugar común deja de ser mera retórica cuando es verdad.

Este libro nos ha revelado lo que sabíamos a medias. En las nebulosas del cielo americano los principales conductores de la independencia aparecen al lado de San Martín en un borroso confusiónismo de ambiciones personales, vanidades tropicales y cesarismos frustrados. San Martín, como Arturo o como la hermosa estrella Antares, parece de un brillo singular, firme, de mágica atracción. ¿Por qué?

Por una razón muy sencilla y que surge de la investigación que se propuso Ibarguren. San Martín es, lisa y llanamente, un hombre cuerdo entre el fárrago de charlatanes que vocean en la historia de América; un hombre de conducta clara en un mundillo político dopado por el alcaloide de la Revolución Francesa; un americano de formación hispana, obediente a esa

El peronismo en sus fuentes



formación, entre la algarabía de pequeños Dantones y Marats, todos con el librito de Macchiavelo entre pecho y espalda.

Y colocado al servicio de la causa separatista, que no tenía por qué ser lo mismo que antiespañola, se advierte en este conocimiento de la intimidad intelectual y moral de San Martín que cultivó y robusteció su formación y su noción de servicio y se aferró a ella cada vez que la bulla de los demás lo colocaron en el riesgo de descuidarlas. Por eso, las llamadas 'desobediencias', 'renunciamientos', 'desecciones' de que hablan los historiadores liberales. Y es que, efectivamente desoyó todas las locuras y delirios de sus contemporáneos.

'Pertener a una nación'

El autor nos hace entrar súbitamente al asunto cuando, en el capítulo I, San Martín se enfrenta con el desbarajuste a que iba conducida la Revolución de Mayo. Recordemos, sin volutnad de subestimar a nadie, que ya desde Moreno la Revolución empieza a lanzarse a disquisiciones ideológicas, sobrehonores, sobe mlitarismo, con mucha frase de Lépidio y de Tácito, con muchas parodias de Solón y de Licurgo, mientras el pueblo se moría de hambre y los españoles estaban a tiro de arcabuz. Y esto siguió así hasta el año 16 con la máscara fernandina y con la maniobra seguidista de Inglaterra porque era amiga de España, en medio de discusiones, siempre discusiones y con gobiernilos que cambiaban con la luna.

Veamos si es precioso el método que ha elegido el Dr. Ibarguren para su trabajo si pensamos que durante seis años la Revolución se venía emborrachando con tiradas de Montesquieu y con vaciedades cretinas como la que, mal citada, repetía Monteagudo: 'Prefiero con libertad procelosa a una esclavitud tranquila'. Apotegma político que conduce directamente al manicomio o a que la Nación se vea aplastada como una chinche entre los dedos del invasor extranjero.

¿Qué pensaba íntimamente San Martín de todo ese despreciable palabrerío? Pensaba lo peor, maldecía su propia estrella al haberse encontrado con tanto botarate; maldecía gitanamente 'las discusiones que tantos males nos acarrearán', bramaba contra la lentitud académica del Congreso de Tucumán y terminaba antiacadémicamente diciendo: 'Basta, porque me desespero de rabia'.

¿Qué quería San Martín? Pues simplemente que la Revolución dijera de una buena vez a dón de iba, si a establecer un nuevo loquero contra los déspotas pero en nombre de Fernando, el peor de todos, o a declarar de una buena y santa vez la independencia. Porque el objeto de la revolución 'es el de libertarnos del fierro español y pertenecer a una Nación'. y sigue

El peronismo en sus fuentes



anticlásicamente, pero con esa manera conversada y directa de sus cartas: ‘Me muero cada vez que oigo hablar de federación...Todo se volverá una leonera’.

Conviene recapacitar: el pensamiento íntimo de San Martín no hace más que juzgar acerbamente y con visión certera el mal profundo que agusanaba la vida política argentina y americana desde el primer brote. Al principio de la actuación adivina lo que Bolívar comprendió tarde y cuando ya sacaba pasaje en la barca de Caronte; y si durante su vida lo comprendió un poco, cierto es que él escombró las cosas como los demás. ‘Estos países terminarán devorados en el caos y la anarquía’, decía Bolívar, muy tarde, demasiado tarde, cuando ya Santander lo había reducido a un cuerpo consumido por la fiebre y la pobreza. San Martín lo entendió desde temprano, no lo pudo evitar, pero lo sorteó a puro tesón y sacrificio. Por lo menos, hasta que terminó su misión.

Ya comprendemos ahora todo lo que la estatua no puede explicar en los sobrerrelieves del pedestal; y que, sin embargo, no cabe tampoco en un San Martín de casino. Pero la formación mental de este creador de naciones –que, debemos decir, fue la de los yankees, quienes se preocuparon de existir antes de confeccionarse vestuarios ideológicos- se perfila ya en el libro de Ibarra. Cuando uno compara esas pocas cartas de San Martín con la oratoria lanuda de Rivadavia y su estilo de piedra fundamental vale la pena calcular el asco que se tenían los dos.

Discúlpenos; nos hemos enamorado de ese parangón imposible. Y es que, de pronto, se nos ha asomado debajo de la expresión despeinada y con dejo de pueblo un estadista clásico, nacido para forjar nacionalidades. Y en cambio debajo de un estilo de congladuras, con solemnidad asnal, un furioso desorden psíquico, que quiso edificar empezando por el techo.

Los hombrecillos

Ahora, en los capítulos siguientes, veremos a nuestro héroe más peligrosamente acercado con la locura, la ambición, la vanidad, el frenesí de mandar para destruir; de luchar abajo contra el vicio, solamente para duplicarlo desde el poder; de saquear el erario público para terminar saliendo a patadas rumbo al destierro.

Acerquemos el oído al ritmo mental de San Martín, sigamos ese pensamiento íntimo que subyace o sufluye en el héroe y al que recurre para no tomar barro por ungüento y para no marcarse con el perfume turo de Monteagudo. (La afición por Monteagudo debe de haber sido algo así como una necesidad de tener al lado un ejemplo vivo y siniestro de todo lo que no hay que ser).

El peronismo en sus fuentes



Porque ya antes de Maipú San Martín comienza a necesitar todo el consejo de su yo íntimo y toda la fortaleza de su formación caracterológica. Ya antes de Maipú, y después, sin duda alguna, hasta que se retira del Perú, San Martín se agranda tanto que los ‘hombrecillos’, los enanillos de Gulliver tratan de dormirlo y atarlo para que sirva a sus insignificantes problemas de campanario.

El drama ahora se generaliza. Los enanillos que siempre han pululado en este Puerto lo tironean, lo quieren traer aquí para que convierta un ejército libertador y glorioso en una guardia pretoriana y para que un estratega de universal contorno se convierta en un sableador de montoneros. No son sólo los enanillos de aquí, sino los de allí y los de todas partes. Los dirigentes de Chile, regateando remesas para ir al Perú, considerándose servidos con la independencia de Chile. Cochrane, que quiere ser el jefe de la expedición. ¿Y qué decir, si hasta los nobles y valientes oficiales de su ejército lo mortificaban porque no podían comprender la inteligente maniobra diplomática que dirigía San Martín y se fastidiaban porque no se daban batallas?

Señalemos cómo San Martín se encara siempre contra ese aldeanismo mezquino, esa política sin horizontes de la mayoría de América. Y contra la vulgaridad del hombre medio, que ya no es sólo de América, pero que aquí supo encaramarse a los puestos dirigentes. El Libertador se encrespa contra ese maldito espíritu de corregidores que tienen los hombres públicos y que ha causado -fomentado por Inglaterra- la atomización de Hispanoamérica. No ha habido caudillejo o alcalde de cualquier puebluco que, porque allí hubo alguna vez una Audiencia o una mera Intendencia, no haya creído que sobre una base municipal tan angosta debía fundarse una Nación. Y luego, a encerrarse en el cubil, mezquinando ayuda a las zonas fronterizas, olvidando que si la independencia se hubiera hecho bajo grandes planes sanmartinianos tendríamos ahora tres o cuatro potencias hispanoamericanas estructuradas sobre los sabios lindes de los Virreynatos. Porque la misma guerra de Independencia hubiera otorgado a todos una mayor amplitud americana en la fundación y organización de los Estados, los hubiera relacionado y hermanado, borrando recelos pueblerinos basados en remotas divisiones virreinales.

Bien es verdad que una Corte llena de imbéciles, como era la de Madrid en esa época, no podía entender nada de lo que se insinuó entonces (San Martín, de los primeros) y así hemos venido quedando todos, ellos y nosotros. Pues todavía la monarquía española -no Fernando- tenía prestigio suficiente para haber supervisado la autonomía .

El peronismo en sus fuentes



No obstante, San Martín levanta en vilo su plan general, su ideología emancipadora y lo salva de que se lo arrebatan los enanillos, los corregidores, entre ellos el Director Supremo argentino, que gobernaba teóricamente todo el Virreynato pero que, prácticamente, su poder se extendía a una o dos cuadras a la redonda de la Plaza de la Victoria.

Eso es así en general. Y en particular, a cada tentativa de liarlo al suelo, a cada intento que pudiera malojrr ar la causa, San Martín es ie los hombres que queman las naves, pero las entregará en seguida si quien las reciba está a su altura.

En vano lo llamen a Buenos Aires; su pensamiento íntimo le dice que su ejército tiene una misión especial, no es una guardia patrullera, es una falange creada por un Congreso que representaba a todas las Provincias Unidas y no es un batallón al servicio del Director Supremo representante de dos o tres. N o hay desobediencia y hubiera habido locura y estupidez si trae el ejército a Buenos Aires, 'Yo os dejo con el profundo sentimiento que causa la perspectiva de vuestras desgracias: vosotros -dice con sangrienta ironía- me habeis acriminado. aun de no haber contribuido a aumentarla'. Si San Martín viene, no hubieran llegado las tropas al Plumerillo y ya se hubieran sublevado, como en Arequito las del ejército del Norte.

En vano luego O'Higgins comienza, exigido por el aldeanismo, a no querer ayudar para lo del Perú. San Martín le da a elegir entre colocar el ejército bajo la bandera chilena o disolverlo; y O'Higgins tiene que optar a favor de lo primero y avituallar, por consiguiente. En definitiva la empresa sobrenada, que es lo principal.

En vano se protesta contra los tratos diplomáticos en Perú, San Martín no es un "condottiero". Los triunfos militares no deben ser el cebo del soldado sino la idea que sostengan las armas.

Es difícil encontrar un temperamento mejor acerado que el de nuestro General. Un ejercicio de instrospección psicológica que facilita grandemente el libro de Ibarguren atisba la mendacidad o la torpeza con que se han calificado las actitudes de San Martín cuando reacciona de distinta manera frente a episodios aparentemente análogos. Cómo han urdido los historiadores liberales una especie de regulación del elogio a los méritos del Libertador según el ascua que podría llevar a la sardina unitaria, ahí está vibrante 'el dardo que el Dr. I barguren ha lanzado respecto al plan de Guido, general al que Mitre nombra con displicencia no más que porque Guido fué federal. ¡Y de bajezas así está llena la historiografía de la República, con una Academia de Historia que cuesta millares de pesos y no ha sabido limpiar ni una de esas mistificaciones!'

El peronismo en sus fuentes



Guayaquil y la ufonía de Bolívar

Don Carlos Ibarguren registra con mano maestra los móviles psicológicos, es decir, íntimos, de los dos libertadores de Sudamérica, antes y después de Guayaquil. San Martín no se topó aquí con otro dirigente sin horizontes. Al contrario: Bolívar es cabalmente el que desde el trópico entiende bien que la causa de la independencia no terminaba en los límites administrativos de un curato o de una Audiencia. Y que si la emancipación se realizaba por sobre fronteras de mera jurisdicción, con estrategia que abrazara ancho y largo el continente, la organización hubiera devenido después sobre bases sólidas; y cada florón de la corona de Castilla se hubiese convertido en una nación con voluntad de grandeza y poderío. Bolívar es el otro Libertador que entiende el asunto.

Pero Bolívar, oolítico y guerrero de alto vuelo, tiene pasión e imaginación de hombre de trópico; ese otro reino o "vida interior", cuidadosamente cultivado por San Martín, no lo preocupa. Para él su ambición está a la altura de su grandeza. Y como efectivamente lo está, San Martín lo estorba. Si los dos hubieran poseído el mismo engrimiento se hubieran peleado frente al enemigo y los dos habrían perdido. Esa posibilidad y la magnanimidad de evitarla obran sobre San Martín, que cede. Eso es todo. Mitre no comprende, su historia sufre la chatura del historiador y se pone a considerar absurdos que no están probados, como el de que a San Martín lo achicó su monarquismo, como si Bolívar no fuera a su vez un cesarista aristocrático, más desconfiado de la democracia que el mismo San Martín. Dice Mitre que "el libertador del norte era dueño de su terreno, que pisaba con firmeza, tenía de su lado el sol y el viento". (Extraña premonición de un partido de fútbol.) "El del Sur -continúa- se presentaba en una posición falsa, sin plan fijo, sin base sólida de su poder propio, que al pisar la playa guayaquileña había sido ganado de mano ... " Se refiere a lo que el mismo San Martín afirmó con respecto a Guayaquil. Pero San Martín se duele de esos triunfos de la habilidad, es decir, de la inescrupulosidad; y Mitre, como se ve, da el dato como disminuidor de la situación de San Martín.

Léase entonces: estamos según Mitre en un juego de 'vivos', de 'viveza argentina', lamentable, incurable pereza de pensar con seriedad un problema, jugando la victoria a un golpe improvisado. "Viveza" que nos ha hecho débiles, 'viveza' en lo chico que es tontería en lo grande, como dijo alguna vez Enrique Larreta. 'Viveza' para empobrecer a nuestros hermanos, mientras el vecino nos parasitaba a todos.

El peronismo en sus fuentes



De ahí sale esa triste palabra del "renunciamiento" sanmartiniano, con aire de derrota y de confesión de impotencia, que es mentira y que San Martín íntimamente no lo sintió jamás así.

Véase una cosa muy distinta en Carlos Pereyra, que evidentemente quiere más a Bolívar que a San Martín; pero Pereyra es inteligente y por eso no deprime a San Martín con un renunciamiento de vencido o de impotente. "San Martín -dice Pereyra- abandonó el campo libre al hombre del destino. Si eso fué conocerse, dió pruebas de cordura que no poseen los ambiciosos. Si obró con el desinteresado propósito de no estorbar, pocos movimientos habrá tan magnánimos como el de ese hombre, que no quiso hacer una guerra de personalismos".

Ibarguren borda con aguda psicología el episodio. San Martín no deja el campo libre a un zafio sino a un genio como él. La empresa quedaba en manos iguales y no iría a fracasar. Que Bolívar pensara de otra manera respecto a él no tenía importancia, y sí la hubiese tenido en caso de que los dos se hubieran creído insustituibles.

El dirigente vulgar en estos casos cede a la envidia y es capaz de preferir que la empresa fracase si queda en manos de otros el dirigida. Ese dirigente politiquillo vulgar que menudea en Sudamérica es el antípoda de San Martín.

Las cartas a Miller y a Castilla son lo único que vale a través de un juicio crítico que espuma todo lo demás, chismes de logia y conjeturas de coroneles que dijeron haber espiado por la cerradura la entrevista. De esas cartas a Miller surge sin esfuerzo que Bolívar no quiso ayudar a San Martín; que Bolívar quería liquidar él solo el reducto español; que ni aún como segundo lo admitía al argentino, porque de cualquier modo dividiría los laureles. Bolívar no fué alcanzado seguramente por razones de lealtad, como la de que San Martín tenía derecho a ayuda porque a su vez el ejército de los Andes había colaborado con el de Bolívar; ni le interesó, desde luego, que el Perú hubiera sido ocupado primero por los nuestros, lo que implica una primacía fundada en algo más que la etiqueta.

Y por el resultado .. es decir, por el retiro de San Martín, Bolívar se ufana, se exulta, como dice Ibarguren, y escribe a Santander una carta escolar donde se declara ebrio de felicidad y de fortuna. El rival del curso abandonaba ... ¡Qué dicha, qué alegría!

Y bien; ¿a dónde van las vanaglorias, los apetitos de brillar solo, de lucirse, aún con toda justicia, en el Olimpo de los Dioses? Bolívar queda sin quien lo eclipse, es verdad. Pero después de unos años, muy pocos, olvidado y desterrado en Santa Marta por los políticos, que al fin y al cabo hicieron con él lo que él hiciera con San Martín, ¿no lo habrán amargado los recuerdos? ¿No era

El peronismo en sus fuentes



él, él mismo, culpable de esa "América ingobernable" donde "había arado en el mar"? ¿ No había jugado él con San Martín a la misma gata parida que todos los dirigentes americanos jugaron cada uno a su tiempo para ser jugados después por los nuevos ambiciosos? ¿No terminó, como todos los grandes, entregando su honra a los perros y abandonando en manos de sus enemigos todos los laureles que, celoso, no quiso compartir con San Martín?

Afortunadamente la posteridad, más generosa y justiciera, arrojó al olvido lo que no merecía recordarse y ha concedido mancomunada y solidariamente a ambos lo que a ambos había correspondido.

El libro de Ibarguren

No hemos de seguir glosando este libro -que sigue a San Martín durante el destierro- donde juzga la política interna y externa de la Argentina durante las guerras civiles y el gobierno de Rosas. Algo hemos acotado en otro estudio. El examen de Ibarguren vale por las vivencias que recoge en el epistolario sanmartiniano, como profundo y veterano conocedor de la historia nacional. consideramos que este libro está a la par de los mejor que ya se ha escrito y por encima de los historiadores que ya han hecho su tiempo y que, como López y Mitre, obedecieron en su hora a los prejuicios del partido político que venció en Caseros. no se habían enseriado con tanta vocción y atento orden los docuemtnos que realzan el pensamiento de San Martín como un sólido y arquitectural edificio de una sola pieza y un solo estilo, sin las dicotomías liberals del San Martín genio militar y escaso ingenio político y del guerrero triunfante y desterrado propagandista de una causa que no podía entender desde el exilio. Don Carlos Ibarguren ha cumplido su promesa dejando hablar a su personaje, pero ha sido el talento del historiador y escritor el que ha dado unidad a lo que fuera el verbo de la Nación.

Ramón Doll

El peronismo en sus fuentes



DOLL, Ramón. “La lucha por el imperio mundial”, de James Burnham. Revista SEXTO CONTINENTE. Número 6. Octubre 1950. Pág.111 y ss.

La literatura bélica de Estados Unidos se está haciendo más realista y cruda en los prolegómenos de la tercera guerra, la que ojalá no comenzara nunca.

Cierto, el anglosajón y el protestante, en materia guerrera, no se conforma jamás con disparar el primer tiro sin antes hacer un ‘expediente’ donde se demuestren las tres o cuatro o diez razones que lo han llevado al conflicto. Y las otras diez sinrazones de su adversario.

Consecuencias acaso de frecuentar directamente al Antiguo Testamento, donde toda guerra es un castigo divino contra los culpables de algo, lo que el lego (para el protestante, cada hombre es su propio Papa, teniendo la Biblia en la mano) toma demasiado al pie de la letra; descuida que los planes de Dios son secretos, y no siempre se acuerda de que a veces Dios protege a los malos, cuando son más que los buenos.

Un escritor como James Burnham, que se ha revelado como la más clara conciencia de nuestra época, no podía incurrir en las monsergas jeffersonianas de los Wilson y los Roosevelt, envueltas en invocaciones de pastor de pueblo a un Dios democrático y republicano que ha hecho de la Unión su hija favorita, modelo de virtudes; y en depreciaciones contra ‘las fuerzas del mal’, como decía Roosevelt, vale decir contra los amigos de Satanás, es decir, cualquier pueblo que no se ha deshonrado apaleando negros, asaltando naciones vecinas, sobornando legislaturas enteras para obtener privilegios.

En la lucha por el imperialismo mundial de que trata Burnham es interesante y promisor constatar que se han empezado a eliminar mitos y mentiras de las dos guerras pasadas.

En primer lugar, toda la faramalla ideológica de que la Unión salía a defender la libertad, las instituciones democráticas, los sistemas políticos de autodeterminación de los pueblos, mientras que el Eje era la tiranía, la servidumbre y el gobierno ilegal a espaldas del pueblo. (Para no entrar en lo histórico, que es inacabable, lo cierto es que Hitler había subido al poder por una elección libérrima con todos los cánones de la santa democracia, mientras que Roosevelt fue el resultado de una combinación de camarilla, donde se Birlaron votos republicanos en pleno ‘toma y daca’ con los peores gangsters de ambos partidos.)

GUERRA POR SISTEMAS POLITICOS

El peronismo en sus fuentes



Lo importante no es eso, sin embargo, La realidad es que los sistemas y doctrinas de gobierno ya no sirven más de pretexto ni de bandera de guerra entre las naciones. Aparte de que, como lo demostró Ernesto Palacio en su "Teoría del Estado", ninguna forma de gobierno es pura, y no hay democracia sin algo de gobierno unipersonal, ni monocracia sin influjo de la opinión mayoritaria; aparte de esto, los pueblos están convencidos de que todas las teorías políticas son perfectas y de que cada país las aplica imperfectamente. De modo que no hay estupidez igual a la de declarar la guerra para salvar al vecino de los males de su organización interior, sobre todo cuando la propia se rige con moral de asaltantes. Bueno es recordar que, entre nosotros, eso que se llamó unitarismo con Mitre a la cabeza, batió todas las marcas de la torpeza nacional en la guerra del Paraguay, donde fuimos a 'regenerar' a un pueblo cuyo 'standard' de felicidad no lo tenía ningún país en el mundo. Y le dejamos la cizaña de la guerra civil permanente, la despoblación y el resentimiento, Mitre, que había salido presidente en elecciones dirigidas a dedo por sus seides militares, no podía soportar un jefe querido por su pueblo pero que no se sometía a la farsa hipócrita de una democracia fullera.

Burnharn inicia el libro con un examen de este tema. Norteamérica no entendió con Wilson y con Roosevelt que debajo de los formulismos políticos cada país los entiende y los aplica según su modo de ser, sus tradiciones y sus costumbres. El norteamericano medio cree que el mundo puede tener interés en uniformar sus corrientes de pensamiento político al patrón de los que en EE. UU. se llaman republicanos y demócratas, como si esa polarización abarcara el complejo mosaico de tendencias y de intereses que tienen vigencia en las demás naciones. Por ejemplo; no comprenden que todavía la monarquía es una realidad y que Estados más antiguos y cultos que Norteamérica se desenvuelven normalmente bajo gobiernos unipersonales. Llegó a creer con Franklin Roosevelt (sin notar que Stalin se retorció de risa) que el comunismo soviético es susceptible de aprender un día el juego de partidos a la inglesa, con turnos de fracciones que vienen a ser la misma cosa.

'Todo ese mito de ideologías buenas y malas de las otras guerras se ha desvanecido: ya ni los editorialistas de 'The Times' o 'New York Times' tienen muchas ganas de atraer aliados con mentiras que, por otro lado, tuvieron alguna vitalidad, pero que hoy han develado su secreto. Ni Norteamérica va a luchar ahora diciendo que aboga por la democracia, ni Rusia, salvo en la propaganda gruesa, gasta dinero en información para acreditar la farsa de la dictadura del proletariado.

LA GUERRA ECONOMICA

El peronismo en sus fuentes



También parecen desaparecer los pretextos de mejoramiento económico. En los capítulos "La naturaleza del comunismo" y siguientes, el autor demuestra que el comunismo -tal cual lo sabemos del capitalismo- no se enfrentará para convencer al mundo sobre la felicidad y el bienestar que cada una de esas artes de distribuir la riqueza proporcionan a los hombres.

Y por otro lado, es una ilusión americana la de suponer que, vencedor en la guerra, el capitalismo no quedará tan desprestigiado como su rival. Ya lo están demasiado los dos.

Donde el capitalismo ha llevado su garra plutocrática ha aumentado en cantidades astronómicas la riqueza, es cierto, pero a costa de lo que ha destruido y de la pauperización que llevó fuera de Norteamérica, aunque este país lo aprovechó mejor que los demás. El artesanado, la pequeña propiedad, la llamada pobreza de algunas naciones como España, Italia o Latinoamérica, reparten sin embargo mayor bienestar que el capitalismo, hasta que los grandes monopolios arrasan con esas formas de producción, validos de la fuerza militar que ponen a su servicio.

En la Argentina del año 80 había menos grandes fortunas que hoy, o no había ninguna; sin embargo, muchas provincias nuestras desarrollaban industrias autóctonas que daban de vivir a las gentes. Los ferrocarriles las arruinaron, eso está comprobado, y por más que fuera locura pretender volver a lo antiguo el hecho está a la vista con esa mitad Argentina que ha vivido estagnada desde que el progreso técnico, dirigido desde fuera, le llevó una competencia sin hiel al interior de la República.

No es exacto que fuera del capitalismo haya pueblos atrasados y pobres. La escasez de riqueza no es siempre pobreza en un país; aunque lo sea en cada uno de sus habitantes, algunas veces. Es el capitalismo incrustado a la fuerza por medio de la conquista quien pauperiza las medianías que son felices a su modo, si el apetito de poder interrumpe sus maneras de vivir que, por lo demás, no excluyen los bienes internoprales y quizá los aumentan.

Ahora, si se nos dice que la riqueza trae mejores medios defensivos y apogeo militar, eso es verdad. Pero como dice Burn:ham, el monopolio de las armas modernas por una o dos naciones (hoy solo dos) ha cambiado fundamentalmente las cosas, porque obligará a todas las naciones a confederarse con unos o con otros y realizada la polarización, por lo menos, en la guerra próxima, será tan importante una nación débil como una bien dotada de esas armas, según sea la posición geográfica, las condiciones para abastecer productos indispensables y la carne de cañón que ineludiblemente se seguirá necesitando, aun a pesar e la atómica, que sirve para destruir pero no para ocupar.

El peronismo en sus fuentes



En cuanto al comunismo, como sistema económico, ha hecho descender el nivel de vida en su país de origen, la U.R.S.S., en grado tan impresionante que no hay dos opiniones (salvo la de 'Pravda' y de 'Lzvestia') sobre su fracaso. En cambio, es verdad que la U. R. S. S. se ha convertido en la única rival de EE. UU. a base de un estatismo faraónico, con la novedad de que ha retrogradado a formas de producción que ya parecían abolidas, como la esclavitud y los trabajos forzados, las "razzias" de población necesaria para hachar árboles y cavar zanjas allí donde los nuevos zares lo decreten.

Por otro lado, Burnham lo exhibe, ni siquiera uno y otro de los dos adversarios pueden decir que su poder se deba a una u otra manera de producir. La U. R. S. S. recoge o afloja sus métodos económicos según los vientos que soplan, y ha recorrido etapas de comunismo de guerra desde el 18 al 21, de liberalismo medido con la N. E. P., de agrarismo a todo trapo contra el que luchó Trotzky y fué vencido, y de dominio absoluto de todo el patrimonio ruso sacrificado exclusivamente para mantener su supremacía militar sobre más de quinientos millones de habitantes, con casi toda el Asia y la mitad de Europa en sus manos.

Puede calcularse por qué están exciuidas las polémicas y los tópicos eficaces sobre cuál de los dos regímenes arreglaría mejor el mundo si uno de ellos quedara en el campo. Ni por razones doctrinarias, ni por programas de felicidad material cabe elegir.

LAS SITUACIONES NACIONALES

Burnham no tiene por qué preocuparse de los neutrales ni de los nacionalismos particulares, porque es un ciudadano de uno de los países en cuestión. Pero como Burnham viene a decir con toda justeza que la guerra posible ha de presentar a sus contendientes con un solo propósito, el de conquistar el poder mundial, esto significa, a mi ver, que la propaganda se va a enredar lo menos posible con ideologías perimidas que no hagan al caso. Los combatientes, esta vez, van a luchar lisa y llanamente porque el otro estorba.

Así, pues, la neutralidad angustiada de los neutrales debe ahorrarse toda preocupación sobre cuál de los dos le va a resolver sus problemas propios, sus pleitos pendientes, sus resentimientos nacionales. Ninguno le va a resolver nada. La cartera de Wilson en 1917 y la de Roosevelt en 1940 estaban llenas de promesas y pretensiones de arreglar a los pueblos débiles y de inaugurar un fin de fiesta internacional en las Ginebras y en las Unes. La cartera de Truman y de Stalin no tienen ningún borrador destinado a ese efecto.

El peronismo en sus fuentes



Por tal causa, el portorriqueño o el mejicano no tiene por qué pensar cuál de los dos contendientes le va a devolver Tejas o Puerto Rico. Y Panamá va a seguir sin novedad, cualquiera que gane. En rigor, debe elegir (si es que lo obligan a elegir), entre dos fuerzas gigantes para quienes nacionalismo más o menos es como dar le una presa de pollo al león del Jardín Zoológico. Ciertamente, el resentimiento existe y Puerto Rico debería estar con Rusia, nada más que para ver como pasa el cadáver de su enemigo frente a su tienda; y Polonia debería estar con Norteamérica, por lo mismo. Pero la historia no se hace con 'vendettas' corsas, ni se mata a un Colonna porque el abuelo de Colonna mató a un bisabuelo de Pietrasanta. La historia se hace con realidades y con intereses y entre dos males se elige el que por lo menos deje alguna esperanza, aunque sea la muy desdichada de seguir oprimida, ya que la otra ofrece la siniestra perspectiva de que un día los rusos se lleven íntegra la población portorriqueña, a trabajar en las minas de Siberia, y a Puerto Rico transporten vagonadas de polacos.

La próxima guerra no viene a dirimir conflictos internacionales; sino la supremacía del poder mundial en el que las naciones chicas o grandes no cuentan. A lo sumo, contarían las confederaciones de Estados sobre bases geopolíticas, si no para enfrentar al vencedor del mundo, por lo menos para negociar algo e ir tirando, lo que no es poco decir. Europa está en ello, pero nada es fácil y mucho menos en un continente que lleva lastres de odio, de pasiones, de amor propio, porque un cerro lleno de piedras se lo vienen disputando los pueblos fronterizos desde el tiempo de Carlo Magno.

En Europa se tiene, por razones obvias, mayor conciencia de la clase de guerra posible. Ninguna unidad nacional europea desconoce los inmensos males que Estados Unidos ha regalado a los europeos, conjuntamente con sus dólares y su ayuda militar. No obstante, la gente cuerda de allí no cree que cada nación deba hacer un inventario de sus resquemores particulares, ni con Rusia ni con EE.U.U., sino que está convencida de que la confederación es lo único interesante por lo que convenga sobreexistir. Y si no, los octáceos se irán sorbiendo uno a uno los paisillos que encuentren a su paso.

LA CIVILIZACION OCCIDENTAL

Ciertamente, el mismo Burnharn da como por aceptado que en todo caso la Unión es, o puede ser, el sostén de la civilización occidental. No dejo de admitir que entonces otra vez el hombre, como ser racional, no quiere desprenderse de las consabidas 'marottes' bélicas, no se conforma con la irracionalidad de la guerra. Y se dirá que volvemos a las andadas y se levantan nuevos estandartes, se invocan nuevas damas por quienes los paladines han de romperse el alma en el

El peronismo en sus fuentes



palenque. No sólo Burnham, sino Fabre-Luce, que no concede poco ni mucho a ninguna de las partes, disipa cualquier equívoco en 'El siglo se configura' y dice que entre Estados Unidos y la U. R. S. S. no tenemos derecho a vacilar porque América, aun alcanzada por el materialismo, no ha renegado de los valores cristianos (substractum de eso que se llama civilización occidental, digo por mi cuenta).

Habría que ahondar en este 'slogan' y empezar por demostrar si las civilizaciones actuales contienen elementos valorables por los cuales se distinga cuál es la que aporta mayores atractivos para el hombre. Desde luego, para nosotros, es la del cristianismo occidental; pero es que hay muchos cristianos, los polacos por ejemplo, que tienen algún derecho a dudar si tan excelsa apelación provoca necesariamente la solidaridad de los mismos cristianos, allí donde la Gran Tartaria los puso en peligro y luego los liquidó sin misericordia de los que debieron tenerla.

ENTONCES ¿CON QUE CRITERIO ELEGIREMOS?

El neutral que se halle convencido de que la lucha de los dos cetáceos será brutalmente agnóstica, ignorante de toda finalidad moral, civilizadora y justiciera; y en la que los gladiadores ni siquiera se tomarán el trabajo de simular ante el mundo que luchan por este o aquel repertorio de ideas. El neutral que esté convencido de que todo se reduce a una decisión por el poder mundial y que cualquiera que gane será peor para el neutral, ¿cómo se puede decidir? ¿Cómo, por qué ha de elegir y para qué?

Este libro de Burnham. le puede dar una pauta, siquiera sea indirectamente. Burnham -como he dicho- no da consejos a los neutrales, es decir, no incurre en el error de sus antecesores, auditores de Wilson y de Franklin Roosevelt. Ilustra y expone las fallas y señala rutas a su país.

Y aquí es donde el neutral perplejo ante el dilema de elegir entre dos peores puede salir de su perplejidad.

Todo el capítulo primero de este libro y en general todo el libro demuestra -y lo dice crudamente- que Estados Unidos le 'falta madurez' política y social para meterse en asuntos internacionales; que su preparación cultural no guarda relación con su gigantismo industrial y técnico; que este prodigioso adelanto ferretero lo ha lanzado, sin poderse volver atrás, a un papel de árbitro en el mundo para el .que no sólo los soldados, sino los dirigentes. los políticos, 'la nación entera' carecen de inteligencia, de flexibilidad y de sabiduría con la que nace el hombre de Europa y de Asia misma. En una palabra, dijéramos que Norte América se ha cortado

El peronismo en sus fuentes



un traje que le queda grande y mientras dispone de fuerzas físicas que podrían poner en peligro el planeta entero, el espíritu nacional vive todavía de las cazurrerías aldeanas de Benjamín Franklin o de la moralina convencional de Samuel Smiles.

En ambas guerras anteriores Wilson y Roosevelt se presentaron a definir posiciones con una confianza reidera, pero confianza al fin en sus 'slogans' sobre la paz perpetua el primero y la democracia y la libertad el segundo; y sobre el bien y el mal las virtudes de Yanquilandia frente a la corrupción de la vieja Europa. Y como tenían las pistolas en la mano Europa los dejó hacer porque a la fuerza ahorcan, Versailles y Rusia primera potencia, esos fueron los resultados previsibles desde el día en que fué necesario hacer entrar el caballo en el bazar.

El libro de Burnham, escritor inteligente y avisado, nos dice que esta vez Estados Unidos no las tiene todas consigo; por lo menos si él lo dice es que el 'venticello' debe correr, más si se tiene en cuenta que Burnham no es un discolo, un amigo de hacer rabiar a la gente como Bernard Shaw, ni un tipo absurdo al que le gusta andar a contramano como Henry Wallace. Al contrario, más bien parece conservador y no hace cuchufletas con cosas serias.

Y bien: el dato es interesante. El neutral perplejo debe leer entre líneas que Yanquilandia carece y siente que carece de muchos nódulos de cultura, especialmente 'gracia' política, ciencia humanista, conocimiento de hombres (lo hemos dicho al principio). Necesita dirección.

Si es así, el neutral, un conglomerado de países con hábitos políticos que le vienen de Grecia y Roma, puede ofrecer sus servicios (en un inconfundible y alto sentido de la palabra) y esta vez no por dólares sino exigiendo la dirección de todo, es decir influyendo.

Por lo tanto, el criterio para elegir el bando ya estaría dado; debe elegir aquel sobre el cual ha de tener influencia. Pero no influyendo porque Yanquilandia se lo prometa, sino porque Yanquilandia necesita esa mentoría o monitoría de lo que está por encima de su ferretería.

¿Y si Rusia...? No, Rusia, en primer lugar, es un 'block out' cerrado a piedra y lodo, donde nadie salvo la N.K.V.D.(actual nombre de la G.P.U.), sabe lo que necesita. Además, Rusia no querría saber nada de nada; quizás se encuentre en un momento igual al de la infalibilidad wilsoniana, ahora con un marxismo de bolsillo. Hasta que no se descuerne, no escucharía nada.

El hecho de que la Unión, bastante tímidamente ahora, no se apure a crear frases de guerra, puede significar que comienza a entender que debe pedir prestado a alguien el aparato mental capaz de dirigir la conquista del Imperio Mundial. Esa es la cuestión.

Ramón Doll.

El peronismo en sus fuentes



DOLL, Ramón. El libro del P. Hernán Benítez sobre 'El drama religioso de Unamuno'. Incluido en DOLL, Ramón. Lugones, el apolítico y otros ensayos. Bs.As. Peña Lillo, 1966. p.47. y ss.

Nuestra generación del 900 (nacida por esos años) tuvo dos etapas y en ninguna lo amamos a Don Miguel. Mientras mantuvimos ortodoxos el sistema del 53 el colonialismo mental del 80, el filisteísmo de 1910 (constitución y vacas) y el catolicismo increíble, pero pragmático y simpático., el vasco nos atrajo con su religiosidad personalista, 'mauvais coucheur' que no dormía, ni dejaba dormir a los demás.

Luego, cuando en la mitad del camino, doblamos a la segunda etapa y sentimos un ansia loca de reinterar, de recuperar lo nuestro, lo anterior y superior a la constitución misma, como la Iglesia, España, el linaje nacional, tampoco nos prestó servicio alguno aquel vasco que se nos venía con novedades protestantes, cuando a Dios gracias bajo la capa de lava y ceniza de nuestros boticarios positivistas tipo Wilde, elevados a los ministerios, y de la pesadez indiferentista de las clases ilustradas, por lo menos los cálices no se habían roto y entre el pueblo, las mujeres y la inmigración, la unidad religiosa tampoco se rompió.

Y para nuestra generación, antes y después, este vasco que no era el de Pergamino, fue siempre el que interrumpía todos los tráficos, con su carretilla llena de libros anglosajones; y encima, se 'sotorreía' al provocar los bocinazos de los autos atascados.

Teníamos la impresión de que, Unamuno era un ateo que se había amputado los centros nerviosos que presiden la actividad religiosa y las antenas que la perciben; y resulta que los días húmedos le dolían los muñones; y hasta el órgano múmero, como esos 'pie de palo' que a veces les duel el pulgar del pie cortado. Entonces aullaba diciendo que aullaba de sed y en realidad aullaba porque ya no podía tener sed.

Preferiríamos en nuestra primera época que Unamuno se hubiera declarado derecho viejo ateo y tragafriles como oficiales.

Baroja, como Ayala, como Galdós, y como el término medio de la generación española del 98. Y en la segunda etapa, pensábamos que mejor le hubiera valido a él y a España portarse como su "San Manuel Bueno, mártir", creer con fe de carbonero y no hablar más del asunto, y comportarse como si, creyera, sin armar camorra con medio mundo nada más que para hacerle gusto al cuerpo.

Y bien; este libro del Padre Benítez, pleno de cariño para Unamuno, con un profundo conocimiento del tema (el deísmo de Unamuno) y en una prosa pegada pero sin pegote del escritor vasco, este libro no nos apea de nuestras conclusiones, al contrario, las ilustra con la alta ciencia del autor y el gracejo de su expresión.

El peronismo en sus fuentes



Los bandazos de Unamuno

Porque si bien Benítez pareciera concluir que 'la vida moral de Unamuno fue la protesta más firme e irrevocable de su fe católica' (pág. 13) Y 'no lo ganó irremisiblemente el anticatolicismo' (pág. 139), también el autor declara que en el vasco pesaron más 'los contras de la fe católica que los pros' (página 115); Y a lo largo del libro explica cómo el protestantismo lo 'agarró sim perros' a Unamuno, quien empezó a leer a los teólogos protestantes, sin conocer la patrística católica. Por lo demás, tampoco 'protocolizó', tampoco le dio 'fecha cierta' a su 'mente protestante', porque el 'corazón católico' no le dejó escurrir del todo su catolicismo chauteaubrianesco y sentimental.

Lo que equivale a la síntesis que hacía nuestra generación. Unamuno anduvo dando bandazos del ateísmo al catolicismo sin largar amarras de los dos, y no quiso saber nada con el único compromiso cuerdo en un país católico, es decir, entender con sentido utilitario la religión oficial, tipo argentino del 1900 y francés nacionalista (descreimiento en los dogmas católicos, pero convencimiento de que el catolicismo es útil y necesario en el país, lo que, además, permitirá engendrar otra generación, esa sí, creyente auténtica).

Unamuno tenía un yo hiperestesiado y juzgaba los fenómenos sociales a la luz de su moral personal; como tal compromiso es cínico y cobarde juzgado a esa luz, ello hubiera rechazado. Sin embargo, como solución social era irreprochable y fue providencial. Así hemos visto, después de la nuestra, una generación que ha devuelto a la Iglesia su condición de fundadora preconstitucional de la Nación.

Ahora bien; su insociabilidad religiosa y el no largar amarras del todo, visto desde el envés resultaba también escepticismo, duda hamletiana y en definitiva, ambivalencia, 'vuelo de la Catedral a las ruinas paganas' como en el verso de Darío, citando a Poe.

Ahora que Hamlet, incorpórea creación de un genio excelso, supera en un monólogo de diez minutos todo lo que el hombre puede apostar sobre la muerte para obrar en consecuencia y 'ser o no ser'. Mientras que Unamuno 'de carne y hueso' con la voz enronquecida durante 40 años y frente al mismo problema, no ha dejado más que frases, algunas de las cuales -no por mi parte- se han repetido como cuchufletas en España y aquí.

Escepticismo y ambivalencia

Porque ¿qué duda cabe del escepticismo íntimo y negativo, cuyo positivo fotográfico es la ambivalencia religiosa en que vivió Unamuno, cuando el P, Benítez mismo, nos transcribe en página 135 este dicho de don Miguel a 'Clarín': 'El día en que empecé de nuevo en Bilbao a practica?, fue una fiesta en casa. Vi gozar a mi madre (que es el único freno que me contiene de escribir muchas cosas que pienso)?. Ya antes el propio autor (pág. 95), reconoce que por amor y devoción a su mujer, respeta las prácticas religiosas familiares.

El peronismo en sus fuentes



Y esto en 1900 o en 1896, cuando Unamuno era anarquista, vale decir 'que se hinchaba en su ateísmo y farsaba creencias para complacer a la madre y a la mujer, sentimientos familiares nobilísimos que nos, daban derecho a confiarle todo en sus deberes filiales y a no creerle nada, ni el Bendito, sobre sus largas tiradas de predicar exaltado.

Ambivalencia que a un temperamentazo como el de Unamuno, le producía escozor, inquietud, furia. Ambivalencia de escéptico, rabia contra la ambivalencia y rabia en seguida contra haber tenido rabia. Nuestra generación creyó siempre que el 'sentimiento trágico' no fue más que un grito aturdidor, una necesidad de hurguetear en una llaga más imaginaria que real (que tenía toda la generación del 1898) y que en un vaso sanguíneo era trasunto del escepticismo del desconsuelo y de la impotencia fundamental que en definitiva encarnaron los liberales españoles e intelectuales del 98, que tuvieron más talento que los del 53, pero no hicieron tanto mal como los nuestros.

Sobre este tema de los bandazos de un cristiano, que resuelto a abandonar el Dios oficial y explicado por los cánones, no se resuelve sin embargo a aceptar todas las consecuencias del alzamiento porque el cristianismo le sigue tirando del saco, vale contrastarlo con los rusos.

No parece que Unamuno hubiera leído mucho a los rusos y extraño es que en su repertorio, que registra desde Kierkegaard a Nietzsche, no haya ofrecido en el cartel alguna vez a Dostoievsky, verdadero cristiano que lo afrontó mano a mano a Satanás. Cuando Dostoievsky y los rusos, lo pierden a Dios, entienden que ya no se puede tomar pólizas de eternidad. Así Smerdjakov el tarado, oye en 'Los hermanos Karamazov' aquellas palabras infames pero claras de 'que si no hay Dios, todo está permitido' y en la novela citada le aplasta la cabeza al viejo lúbrico, pero no por moralina protestante, ni moqueando angustias y alaridos, sino fríamente, tranquilamente, 'porque si Dios no existe todo está permitido', incluso heredar al viejo mediante un garrotazo. ¡ Y lo que el Smerdjakov ruso vino a heredar después, en 1917!

Sinceridad

No tengo más que una disidencia con este enjundioso libro de Benítez, aun asimismo tratándose de un autor encariñado con Unamuno.

El Padre Benítez lo hace sincero a Unamuno, cuando éste se desgarró el alma ante la gente porque 'no se quiere morir' porque tiene 'sed de eternidad', porque busca a Dios con la pasión y con la sangre y con los huesos, desasistiéndose de la razón y de las demostraciones tomísticas aristotélicas, y porque en fin, para Unamuno creer en Dios 'era querer que haya Dios y no poder vivir sin él. Es todo el grito de Sentimiento trágico de la vida, grito que en definitiva es el del que silba y canta en el bosque para convencerse de que no tiene miedo y Unamuno lo tenía desde que se cortó de la Iglesia por razones clericales y no religiosas; quizás, por lo que el mismo Benítez admite respecto al magro alimento espiritual que la Iglesia española



de su tiempo, mal abastecía al feligrés inteligente; quizás por odios personales, especialmente con la Compañía, no lo sé, pero se cortó y cuando se lanzó al ateísmo cayó en Guatepeor, entre brutales anarquistas catalanes, evolucionismo de Le Dantec, aridez del agnosticismo en España, más árida todavía que la de su Iglesia madre. Ya se comprende que quien se aparta de la iglesia por esas razones, no se anima a poner toda la carne en el asador como los rusos.

Se quedan en el oído los graciosos giros criollo-españoles de Benítez y los de Unamuno, y tengo ganas de decir que Unamuno vuelto del catolicismo y del ateísmo no salió por peteneras, sino por fandanguillos, volcándose al protestantismo o reformismo, lo que en España y en América Latina, equivale a jabonar un negro. El abate Loisy y Harnack, la Iglesia reformada y el jansenismo cuajan en seguida pongamos en la Francia rubia y germana del norte del Loira, porque en la Francia Morena y latina del Mediodía, tampoco encaja. Ahora en España, Unamuno debe haber hablado más de una vez ante asientos vacíos si es que se animó de una buena vez a crear alguna secta más.

Ya comprendemos ahora como lo de 'no me quiero morir!' y 'que no me roben mi yo', son fugas para escapar del vacío de un motor de 10 cilindros, corazón poderoso que ve hundirse el cuerpo en el cangrejal.

La verdad es que si la expresión de este escritor hubiera correspondido a un dramatismo auténtico, Unamuno se hubiera muerto mil veces. La contemplación de la muerte ha matado a todos los capaces de contemplarla. Y sobrevivimos porque la frivolidad para considerarla nos defiende del tremendo 'choc'.

La escandalera y el apagón

Su sinceridad no convencía. Amaba demasiado el escándalo y la bomba en salvas. Lo de que era un aldeano que quiso conquistar la gran ciudad y el gran público dicho por Baroja, página 239, no es dudoso. Debe entenderse que lo conquistó porque tenía talento, pero como ponía por delante que primero 'quiso ser' antes que serlo, fue oído por todos aunque nadie se le entregó.

Esa espectacularidad del provinciano que se equivoca un poco con la eficacia de la espectacularidad para conquistar la ciudad grande, hace aceptable el símil de Ortega y Gasset (pág. 35). Unamuno era el mozo que de repente apaga los candiles en los bailes del pueblo y arma el gran lío. El mozo lo hace porque se lo pide el cuerpo, Unamuno porque quería que todos estuvieran intranquilos como él. Pero ya sabemos por qué estaba intranquilo. Y en página 51 también señala Benítez que lo llamaron insincero, mistificador, etc El mismo, Unamuno tiene momentos de silencio reflexivo y dice (pág. 46) : 'He hablado en público ... y oigo los aplausos ... fue un número de feria ... (, estoy convirtiendo en un cómico, en un histrión, en un profesional; de la palabra'. Claro que tenía razón ... pero no toda, porque Unamuno no exhibía sus siete llagas para medrar, y estamos de acuerdo en que Unamuno era un hombre bueno y austero. Su insinceridad provenía de que sus llagas eran meros raspones, su desasosiego surgía de que los raspones

El peronismo en sus fuentes



no alcanzaban a llagas. Y alzaba la voz, pegaba el grito como los teros en otro lado; por algo le quedó grabada la comparación de Martín Fierro, que recordó en "Vida de Don Quijote y Sancho" y en algunas otras ocasiones.

Fuera de la religión, Unamuno es también un hombrazo genial, un talento a borbotones que atropellaba 'contra esto y aquello' por la misma ambivalencia que le postró las alas para remontarse a Dios y para descender a los infiernos. ¡Qué estacazo le hubiera arriado al que se hubiera atrevido a decidir que en realidad no debió haberle producido tantas bascas, ni Alfonso XIII, ni Primo de Rivera! ¡Si toda su vida fue antidemócrata, si despotricó mil veces contra el sufragio! ¿Y su muerte? ¿No será que se ahogó de rabia porque la guerra civil (que toda la vida quiso él con alma y vida, como lo sabe quien lo haya leído muchos años) era algo tétrico, algo donde el que 'no se quería morir' se moría no más, y él como los demás?

Es que don Miguel había querido la guerra civil alrededor de sus 'maroties' y se encontró con que se hacía alrededor de todas las cosas que él había cubierto de desprecio, todas, las de la izquierda y las de la derecha. ¿Comprendería que toda su vida, con un talento singular, había arado en el agua?

Una lección ejemplar

El más impresionante capítulo de Benítez, es el titulado "La existencia auténtica". La verdad, todo el capítulo, y especialmente el subtítulo 'Agranda la puerta, padre', es una lección inteligente o una corrección final que el autor le coloca al drama religioso de Unamuno. Al fin y al cabo, si San Ignacio le dice en imaginario diálogo a Unamuno que en éste, en Unamuno, ha fracasado un santo, aunque como poeta y filósofo pasa, le está diciendo hombre frustrado, porque es preferible un albañil o un sacristán completo que un santo a medias; algo de eso creíamos los de nuestra generación y es que revolvió y hurgueteó tanto queriendo creer (después de cerrarse a todo lo que lo hubiera hecho creer sin necesidad de hurgueteo alguno), que al fin tuvo que pedir al cielo que le agrandaran la Puerta para pasar. Y después de haberse enronquecido 40 años con su entrañada y caprichuda voluntad de error, tuvo que presentar como pasaporte a las estampitas de la Primera Comunión y al rezo de los rosarios con las tías, como Sarmiento.

Unamuno no hubiera hablado agustiniano y pascalianamente de que el hombre, mitad bestia y mitad razón, capaz de chapalear corrales de tambo y de merecer la gracia, de chorrear instinto y de destemporalizarse en la eternidad, es un monstruo. Entendemos intranquilo, insatisfecho, doliente, todo lo cual ignoran el ángel y la bestia pero conoce el que es un producto aberrante, híbrido, por tanto monstruo. Quien diga eso tiene que llevar adentro un fardo grande de dolor y de infortunio; siendo materialista, puede consolarse diciendo -como ya se ha dicho- que la vida humana es una sarna o lepra que le ha salido a la Naturaleza para enviciarla y entonces se dedica a enviciarla más; y siendo creyente,

El peronismo en sus fuentes



dice Benítez con su ilustrada autoridad, que esa monstruosidad es un misterio y para el que tiene la suerte de saber que la gracia se derrama con más generosidad de lo que se supone -así dice también el autor-, la tara específica no se sobrelleva dando alaridos, sino creyendo más.

Unamuno le hubiera hecho la Pascua al que le hubiera dicho eso o mucho menos. Solamente que le hubieran advertido por ejemplo que 'La Nación' lo saqueó como a todos los colaboradores cuando le pagaba 200 pesetas por sus artículos (pág. 419), hubiera bramado: 'Estoy muy contento con mi carrera' (pág. 420). 'Soy el español de más autoridad'. 'Me gané 5.000 pesetas el año pasado' y el vasco lo hubiera sacado carpiendo al que le dijera que como todos los escritores españoles e hispano-americanos era víctima de la canalla plutocrática de aquella época, que fueron humillados y explotados.

Porque todas sus 'allendidades' y sus telescópicas incursiones de tejas arriba, no encubrían un alma trasijada por el dolor, sino un orgullo duro como peñasco que traicionaba además vanidad a cada momento. Y jamás pensó que le le viniera nada del cielo sino que en sus tramendas ganas de escucharse, él era el cielo y la tierra y los mares todos juntos.

El diálogo con San Ignacio que Benítez supone, querría decir que Unamuno, avaro, quiso ganar las dos vidas. Sin perder ésta, ganar la otra. Y al final parece haber perdido las dos.

La impresionante investigación de Benítez sobre el monstruo, espantosa visión maníquea y pesimista del hombre, no la hubiera tolerado Unamuno : le hubiera hecho mal, primero porque amaba la vida humana y devoraba la gloria o la gloriola con excepcional apetito y esa visión lo conduce a uno a vivir en un caño, comiendo langostas; segundo, porque cuando esa visión no es una alegoría de almanaque de antes, arrastra ella sola todo el dolor del mundo, como le dice Rasskolnikof a la ramera y cae de rodillas a sus pies. Nada de esto concierne a Don Miguel que era un hombre, 'nada menos que todo un hombre', y se creyó con agallas para hacerse él mismo una inmortalidad sin ningún auxilio.

Imposible es examinar extensamente este libro de Benítez que aclara cuidadosamente ese vaivén de modas religiosas en que vivió Unamuno.

Hay notas y capítulos enteros (Introducción de la segunda parte y 'Mente protestante') que son un modelo de investigación crítica sobre un escritor que por algo se consideró el más contradictorio y arbitrario de España. Esa puesta en orden, siquiera cronología, en un hombre que habló mal y bien de Larreta, de Galdós, de Sarmiento, de todo el mundo, que dijo toda su vida que deseaba venir a América y no vino nunca, porque al mismo tiempo trataba este continente y sus contenidos de memos; que fue krausista, anarquista, liberal, republicano, antirrepublicano, lo cual ha sido muy común en este siglo, pero es que Unamuno se permitía el lujo de tratar de imbécil al que se quedaba rezagado en la etapa donde él mismo había estado ayer, y de cretino al que se adelantaba a lo que también el mismo iba a ser

El peronismo en sus fuentes



mañana. Y poner orden en esa tolvana, deshilar tanta vasta labor con un afecto que no enturbia el juicio certero, no es obra de las que podamos felicitarnos todos los días, por haberla leído.

1950

El peronismo en sus fuentes



DOLL, Ramón. El régimen y la Iglesia. En ALIANZA. 31 de octubre de 1950.

Los viejos partidos a la pesca de votos se declararon por medio de los concejales de Rosario, muy pios y creyentes.

Apuntó primero el Partido Demócrata con una ignorancia supina de lo que la gente que se declaró sospechosamente preocupado por la vida celestial. Los demócratas o conseradores, sin embargo, se titulan continuadores de las viejas oligarquías vacunas que tienen en su haber el laicismo de la enseñanza, la expulsión de profesores católicos, el matrimonio civil y dos tentativas para conseguir el divorcio, una en 1902, otra en el interregno que va del año 30 al 43, en el que gobernaron. Los títulos para defender la Iglesia, como institución reintegrado de las esencias nacionales, les quedan a los conservadores como las pistolas al Santo Cristo. Si pretenden representar ciertos sectores de la alta burguesía nacional, hay que conenir en que representan la parte más volteriana y escética de la 'ilustración' que cometió el disparate de desprestigiar cabalmetne uno de los que en otros países ha sido considerado el soporte de las clases conservadoras. El arrepentimiento tardío, cuando han perdido el poder después de haber sido influidos mucho tiempo nada menos que por los socialistas, resulta un plato fiambre on el que no atraerán un solo voto.

También los demócratas progresistas se olvidaron de que su líder ordenó que arrojaran sus venizas al viento, opración funeraria que, aparte de lo extrañamente persa o hindú que importaba como rito hierde los sentimientos del cristiano por lo que tiene de simbolismo ateo y materialista. Por lo demás, el viejo líder demócrata progresista no se andaba con medias tintas para hablar de los 'frailes' en sentido despectivo y tenía cierto fastidio personal con la misma Virgen María. Cuando alguna vez se dictó una constitución para Santa Fe en la cual, los constituyentes se portaron como los boticarios positivistas de Mademe Bovary y lo separaron a Dios de la carta con argumento groseros de mesa de café, fue de la Torre el que tuvo a su cargo la defensa de una actitud más bajuna que blasfema en la Cámara de Diputados.

Los radicales también se exhibieron tolerantes, edificants y catilizantes, a pesar que hace poco votaron con la enseñanza religiosa y a pesar de que han quemado en los últimos todo lo que los había presentado en la historia política del país, como el único partido que no consideró discrteo desahuciar los sentimientos tradicionales de los argentinos aunque por cobardía civil y cívica no lo declararon.

Si fuera sincera esta media vuelta de los equipos pol´ticos de la oposición, sería de alegrarse. Se podría pensar que en las clases dirigentes deantes hay como una experiencia proechosa y

El peronismo en sus fuentes



comienzan a comprender que su ostracismo proviene especialmente de que hicieron todo lo necesario para desvincularse de la realidad argentina, es decir, en este caso, esa desvinculación consistía en haber descuidado la moral social en haber creído como el radicalismo francés que la Religión se podía ir sustituyendo con un sucedáneo como los cuerpos químicos.

Pero lo cierto es que están un programa cinegético o en un club de Pescadores a ver quien cobra mejores y más piezas. La insinceridad es evidente y cosen sus intenciones con hilo blanco al punto de que el público lo percibe sin ningún esfuerzo.

Todos esos Escarabinos, Rodríguez Arayas, Molinas (dirigentes en cuestión, por citar algunos) ven las grandes columnas eucarísticas de Rosario y sacan un reloj de esos que sirven para contar hacienda. Saborean, se relamen, se les hace agua la boca pensando en que serían, pongamos, medio millón de votos. Y entonces los Escarabinos, los Arayas y los Molinas, se guiñan un ojo, hacen una operación almacenera, suman, restan...¡ya está! Toda la muchachada de Arrouyito debe ir a cantar palmas en la Cancha de Rosario Central, para lo cual habrá una 'con cuero' y dos o tres bordalesas de vino. ¡Son astutos y de vivos...!

Ha bastado un simple rumor, un vulgar chisme, entre los más vulgares chismes de los que aún agitan la oposición contra las actitudes del Gobierno, para promover una especulación electoral. Con esas menudencias siguen creyendo que la inmensa fuerza de los padrones se ha de volcar de pronto e nestas épocas en que el hombre de la calle está desengañado hasta la médula los sicofantes y los prestigiatadores de antaño, a los que votaba en un ancho bostezo porque no tenía más remedio que votar.

Esta farsa de los concejales opositores de Rosario que han expuesto pazares confesionales para ofrecer su mercadería a los peregrinos del Congreso, comporta, es verdad, una especie de desprecio sobre la gente y una nota muy untuosa al legado papal, en la que hoy es capaz de reflexionar y elegir en consecuencia. Porque ateniéndonos estrictamente al lema: Hay casi cien años en el país de gobiernos que se desinteresaron siempre de la actividad religiosa y llamándose neutrales, algunos arremetieron furiosamente contra la Iglesia que es uno de los factreos de la nacionalidad. Y el actual, es el único gobierno popular que disipó para siempre el equívoco de que la Religión oficial tenía que ser necesariamente un baluarte del privilegio. Los anhelos de bienestar común que las sociedades secretas conducían contra la Iglesia, hoy son conducidos sin mengua de los derechos a creer, y hoy aparecen en el haz de la política nacional como movimientos y esperanzas que no deben, que no tienen por qué excluirse, al contrario, se

El peronismo en sus fuentes



complementan sin resistirse. Por más que se señalen defectos y omisiones, el hecho está ahí, por primera vez en la historia después de la caída de Rosas.

Ningún otro partido de los que conservan alguna personería está capacitado para ofrecer lo mismo, hablamos siempre en el plano a que nos subordinamos. Y hablamos en relación a grandes masas ciudadanas, sin perjuicio de que aceptamos que hay conservadores, radicales o demócratas progresistas, católicos.

Pero preguntamos sinceramente si dentro de esos partidos, los intereses de la Religión tuvieron alguna vez otra influencia que la de lograr una estricta neutralidad, es decir preguntamos si tuvieron influencia activa.

Es evidente que no, por una razón muy sencilla. Las generaciones precedentes, las que tienen ya poco peso específico en el padrón (porque al fin y al cabo ese es el único lenguaje que entienden los políticos de antes) fueron criados, educados y formados en la más uniforme y homogénea indiferencia religiosa. Suponemos que nadie nos ha de discutir el punto. En esas condiciones, mal podía pesar en el grueso de los dirigentes de ningún partido, ninguna moción a favor de inquietudes que no comprendían ni querían comprender.

Pero ahora han cambiado sencillamente muchos hombres y ciertos ángulos para percibir el complejo nacional, se han abierto considerablemente. También el cuerpo electoral percibe lo que es maniobra, tripotage, seducción sobornadora, mimetismo; y lo que trae en sus brazos una voluntad seria de convivir con todos los argentinos y de servir a todo lo que así puede llamarse. En otras palabras, el cuerpo electoral distingue ahora con toda claridad lo que va de las ofrendas de empanadas y vacas con cuero en día de elecciones a beneficios concretos y permanentes para la salud y el decoro de los sufragantes, solidamente, positivamente obtenidos y asegurados en leyes, instituciones y hechos consumados.

Como también distingue muy bien lo que va de una 'agachada de paisano' tipo Yrigoyen o Justo cuando se golpeaban el pecho para hacer entrar en la armada hacienda de todo pelo y marca, a las conquistas y realidades obtenidas en escasos años, respetadas por anchos sectores de opinión, cumplidas seriamente por el Gobierno y concretadas en leyes permanentes como la enseñanza religiosa.

Ignoran ese sentido realista y utilitario (no me refiero a la utilidad económica), de compromiso público tácitamente convenido que tiene ahora el voto en el mundo entero. Incluso en materias como ésta por paradójico que parezca.

El peronismo en sus fuentes



DOLL, Ramón. "Historia de las ideas políticas en la Argentina", de Vicente D. Sierra. Revista SEXTO CONTINENTE. Número 7-8. Noviembre-diciembre 1950. Pág.122 y ss.

QUISIERA QUE de golpe le entrara por los ojos al lector el valor especulativo, la singularidad y la utilidad de este concienzudo libro de Sierra. Y no encuentro otro método que el muy didáctico de los contrastes. Allá voy.

En el año 60 funcionó una convención reformadora destinada a estudiar las modificaciones de la Constitución del 53. El informe de la comisión estampó textualmente y subrayó en bastardilla la siguiente brutalidad, que tomo de Ravnani ("Asambleas, etc." T. -I, pág. 769): "La Comisión debe detenerse sobre este tópico, para comprobar con la historia propia en apoyo de lo dicho la verdad de este aserto: Que el derecho público nacional o federativo carece totalmente de antecedentes históricos vivaces entre nosotros; que su aparición data de la Constitución de 1853, copia de los Estados Unidos ... "

Para llegar a desatinos parecidos se habían reunido V élez Sársfield, Mitre, Sarmiento y Mármol; posiblemente el viejo cordobés, artero y marrullero, se daba cuenta mejor que los demás de tan insensata ocurrencia; pero nadie como él estaba interesado en borrar un pasado de adulonería y cortesanía; para hacerlo olvidar vendía su ciencia.

"El derecho público nacional carece totalmente de antecedentes históricos vivaces ... ", vale decir la Colonia, la Conquista, la Religión, la lengua, la familia, el modo de vivir hispanocriollo no habían sido protegidos y asegurados por un sistema institucional orgánico y "vivaz", sino que se habían desarrollado bajo la ley de la borda o la cabila. La Universidad de Córdoba, que le había proporcionado a V élez la dotación cultural con la que hizo tanto daño al país ; las estampas familiares de "Recuerdos de Provincia", que por lo menos demuestran que si Sarmiento se dedicó a vejar y hollar todo lo que en la Argentina era querido y respetado, lo hizo empachado de lecturas que no entendió, pero no porque se hubiera criado en una cueva de gitanos; y el ejército nacional mismo, en el que Mitre y Sarmiento ganaron más galones que cicatrices, todo esto, Universidad, familia, ejército ¿hubieran subsistido trescientos años sin un orden político, sin formas cultas de gobierno, perfeccionadas en el país de origen, cuya monarquía había enseñado a Europa cómo debían forjarse las unidades nacionales? ¿ No habían sido protegidos, reglados, fomentados y garantizados por un derecho público de categoría igual a la cultura donde habían arraigado?

El peronismo en sus fuentes



LA ARGENTINA NO NACIO DE LA CABEZA DE UNA CONSTITUCIONALISTA

Y bien; este libro de Vicente D. Sierra es en resumen una respuesta a la incomparablemente disparatada afirmación que hemos señalado como ejemplo elocuente de todo lo que se ha improvisado en el país, todo lo que se ha ignorado y todo lo que, por bajuna pasión política, se ha tergiversado y mentido. Obsérvese: dos futuros presidentes de la República firman el dislate: Mitre, que pasa como civilizador, y Sarmiento, como educador; y además, un codificador, el viejo Vélez, sin perjuicio de Mármol, poeta deprecatorio, ramplón y sin gracia, pero que se lo cita todavía en las escuelas para insultar a argentinos venerables. Había una diferencia: Vélez firmó el despacho riéndose por dentro de la fanfarronada; Mitre y Sarmiento intuían que ese aforismo era necesario para crear un orden institucional adoctrinado y practicado para la entrega.

Obsérvese que todos esos que ocupan las mejores localidades del Panteón Nacional mienten diciendo que "no había antecedentes históricos vivaces para un derecho público", y luego son los mismos que codifican. Los que dictan leyes de fomento, de educación, planes de instrucción pública, estatutos de privilegio para la finanza extranjera, tratados entregadores; y lo hacen, desde luego, visto que no hubo alguien en la convención formadora, ni en ninguna parte, que acertara a calificarlos como se califica a quienes ocultan su origen, su casta, su propio ser para medrar en política. He aquí entonces una de las claves de este libro: la tabula rasa era una fanfarronada, pero servía para interpretar la constitución, no como el reglamento de una realidad que tenía mil años, sino como un instrumento para hacer de esa realidad lo que quisiera hacerse con ella.

LA HISTORIOGRAFIA DE LAS IDEAS

Sierra contesta gallardamente todas las tentativas imprudentes de la historiografía liberal en cuanto quiere hacer una "historia de las ideas argentinas" sobre la premisa absurda de que antes de la independencia no había nada, que el país nació intelectualmente el 25 de Mayo de 1810, entre tiradas pedantes de la Gaceta de Buenos Aires, y decretos antimonárquicos y antimilitaristas de Mariano Moreno, y que la Argentina se puso el primer traje institucional en 1853, según lo cortara un avenegra tráfuga que tenía que hacerse perdonar el derecho público que él mismo le había proporcionado a Rosas.

Porque Sierra tendría razón en sentirse asombrado de la rutina intelectual, la mentalidad de normalistas volvedores y repetidores de quienes antes que él hicieron la historia de esas ideas. Hemos leído una última de José Luis Romero donde se tartamudea la monserga entre el

El peronismo en sus fuentes



autoritarismo español malo y el liberalismo patricio y unitario bueno con una elemental escolaridad que pide a gritos la regulación del papel, si se ha de gastar en publicar refritos. Ricardo Levene en "Historia de las ideas sociales argentinas", bueno es decirlo, toca fondo algunas veces cuando juzga, por ejemplo, el caudillismo argentino y estudia el año 20; y cuando en su larga obra da al pasado español lo que le debe dar un hombre cuerdo nacido en este país. Pero no lo que debe darle una historia que sirva para vivir. De José Ingenieros no valdría hablar; delicioso farsante anticlerical del tiempo de "L' Asino", de Podrecca, muy amigo del pueblo, muy revolucionario, pero siempre moviéndole la cola a los poderosos, especialmente al general Roca, para ser secretario y abrir las puertas con una sonrisa cortésana. Para Ingenieros la historia de las ideas argentinas es muy simple: por un lado los sansimonianos de la ilustración y del progreso, y por otro, una conspiración permanente del clero y de los jesuitas obrando sobre la gente que tenía el buen gusto de no soportar más de tres minutos la literatura mistagógica de Echeverría, especie de criptografía sociológica que obra como purgante y que nadie, absolutamente nadie, ha podido entender.

Lo más inteligente, lo único aceptable sobre la filiación de las ideas liberales en la Argentina, por lo menos en una época, es la bien conocida conferencia de Coriolano Alberini sobre "La Metafísica de Alberdi", que por primera vez en el país ubicó con justeza las ideas de los organizadores liberales. Pero faltó lo importante históricamente, es decir, la praxis, la influencia o no influencia (esta última, la no influencia, es a veces una historicidad mayor por la reacción que provoca, tal cual sucede en la Argentina) de esas ideas.

DONDE COMIENZA LA SOCIEDAD ARGENTINA Y DONDE LA NACION

Vicente D. Sierra comenzó en un libro anterior ("Sentido misional de la conquista de América") por donde debe comenzar una historia de las ideas argentinas, agotando con profunda erudición y juicio seguro el tema del justo título que los papas otorgaron a la Corona de Castilla para conquistar América. En este libro amplía el asunto con la opinión de los teólogos y los problemas de conciencia que les crearon a los monarcas españoles las dudas sobre la licitud de su dominio en el nuevo continente. Como dice Sierra, no hay un caso igual de respeto a la personalidad humana, y preciso es comprender la diferencia enorme que existe entre una conquista que sólo se considera justa si tiene por fin inmediato salvar las almas del poblador conquistado y el tipo de colonización protestante ávida de tierras en el Norte América, o de marfil y esclavos en África, sin que a los colonizadores se les dé un ardite por las almas. Y por tanto, el

El peronismo en sus fuentes



bienestar moral y material de los nativos. Son dos actitudes vitales, cuyos resortes son religiosos: el católico cree que cualquier hombre, aún el salvaje, que adora un palo pintado, puede beneficiarse con la gracia de Dios, y por ello el conquistador de raza católica (aún mismo que no crea en todo el dogma) se comporta con el indígena como su igual y reconoce sus hijos habidos con la mujer nativa. El protestante, en cambio, condena como un crimen la mezcla, porque considera que hay réprobos y elegidos; y, naturalmente, supone que él es el elegido y malditos los negros, a los que les transmite el alcoholismo y la sífilis pero no sienta a su mesa y tiene vergüenza de sus hijos mulatos.

Empezar una historia de las ideas argentinas con los artículos periodísticos de los Morenos y los Mouteagudos, furiosos declamadores de Robespierre y Saint Just, y olvidarse de que la idea fundadora, la idea matriz de estas: naciones tiene fundamento religioso y fuerza de apostolado, es adular la fe de bautismo de un pueblo.

La historia argentina comienza en España y con España. El conquistador español trae todos los módulos de la cultura occidental y la continúa. Este libro de Sierra debía terminar para siempre con ese símil de los pueblos viejos y los pueblos jóvenes; en primer lugar, porque no hay tal juventud o vejez en las sociedades ya que todas son de la misma edad, aunque algunas hayan querido seguir el camino de la contemplación y otras el del movimiento. Yo no creo que seamos más jóvenes que Francia, por ejemplo; abatida y todo por la posguerra, con los muñones en el aire, nos sigue conquistando intelectualmente y ahora con una filosofía de vejez, de desesperada vejez como el existencialismo, que no me disgusta personalmente pero que no comprendo en un país como el nuestro, cuya gente no conoce el sufrimiento, gracias a Dios. En segundo lugar, el ejemplo está vivo en nuestro país: el símil de que la Argentina es nación joven porque nació en 1810 ó 1853, olvidando su continuidad con siglos de sabiduría y de belleza, trajo como consecuencia un trauma mental en nuestra sociedad, parecido al del hombre al que de pronto le anestesiaran todos los centros nerviosos donde residen los hábitos y sentimientos adquiridos en su niñez o en su juventud, vale decir, que le han alterado su yo, le han desmantelado su personalidad, su archivo psicológico y se ve obligado a sustituir los reflejos y resortes de su sensibilidad con imitaciones, con recuerdos, con remedos de otros países que serían igualmente viejos, si el símil valiera para algo.

LIBERTAD A LA ESPAÑOLA

Nuestro sentido de libertad pudo abastecerse, como lo explica Sierra, con 'una rica experiencia medioeval y española que el libro documenta con valiosa erudición; pero se aplicó a plagiar

El peronismo en sus fuentes



textos franceses y anglosajones desajustados a nuestro modo de ser. Se olvida todavía que el repertorio de libertades arrancado a Juan sin Tierra no era una lista de derechos populares sino privilegios aristocráticos, como que Barones y Lores exigieron al Rey esos privilegios. Y se olvida que la Revolución Francesa trabajó para la burguesía, clase social a la que el Rey empezaba a estorbar, y de ahí que sólo la burguesía aprovechó los famosos "droits de l'homme et des citoyens".

Mientras tanto la libertad a la española era un sentimiento de profunda dignidad cristiana, por el que un labriego como Pedro Crespo, siendo un villano, osaba decir que ni el Rey mismo podía quitarle su honra. "Lo primero que advertimos en el español que emprende la conquista de América es un sentido absoluto de la personalidad humana, de cuyos derechos es un celoso defensor", dice Sierra. Y continúa afirmando que esos derechos o libertades interesan en la medida en que pueden ser ejercidos y no en la medida en que pueden ser promulgados. Sería difícil decir algo más juicioso con menos palabras.

La diferencia con la idea anglosajona de libertades para una clase aristocrática u oligárquica salta a la vista; y se advierte con singular energía entre las medidas adoptadas para proteger al indio con la encomienda, por ejemplo, y la libertad e igualdad que le otorgó al mismo indio la Asamblea del año XIII, de corte masón y antiespañol. Esa libertad otorgada a los indios débiles y mal tutelados los convirtió en asalariados mil veces más explotados y despojados que en la encomienda y en la mita, como lo sabe el que recorra la historia americana en el pasado siglo.

Y no se venga con los abusos, porque en el caso de la encomienda, el abuso no logra conmover el principio justo y humano de que el indio no podía ser jurídicamente libre en manos de un conquistador más fuerte. En cambio, dentro del liberalismo el abuso se cohonestaba con el principio mismo, que con hipócrita generosidad coloca en igualdad de condiciones al lobo y al cordero, sabiendo de antemano quién debe fatalmente perecer.

IGUALDAD NO LEGISLADA

Lo que decimos de la libertad a la española, apetencia personal que no necesita de la ley para la vida de relación porque se nutre en una realidad profunda que pervive en los pueblos cristianos, lo decimos de la igualdad, que cuando responde a una alta dignidad y amor propio tolera las desigualdades naturales y las jerarquías impuestas por el hecho de vivir en sociedad. Como dice Gustavo Thibon, no ha ocurrido peor cosa en las sociedades modernas que hacerle creer al

El peronismo en sus fuentes



hombre que la ley puede igualar lo desigual; de donde -decimos nosotros- el hombre de hoy cree que si es enano una ley puede obligar a los altos a que se achiquen.

La igualdad a la española dice al Rey por medio de los procuradores famosos aquello de "Nosotros, que valemos tanto como vos y todos juntos más que vos". Después de eso, el pocero o el mozo de café aceptará más tranquilamente su destino, y no lo aceptaría sin envidia si por boca de Sarmiento oyera aquella mentira imbécil de que cualquier ciudadano puede ser presidente de la República, lo que hace al pocero ser un mal pocero y un ambicioso de imposibles.

La igualdad a la española no hubiera escrito jamás en la Constitución del 53 que un extranjero (quizás de malos antecedentes y sin saber hablar el castellano) podía ser, inmediatamente de llegado al país, un igual del nativo con servicios prestados a la República y con ascendencia y posteridad nacida y criada en el país. El inmigrante que venía bien dispuesto a acatar una jerarquía que le daba al nativo su arraigo. se encontró con que le otorgaron piedra libre para todo, incluso para el abuso, de lo que resultó que el mal inmigrante tuvo inmensas ventajas sobre el bien inspirado que se comportaba con circunspección. Y el mal extranjero se igualó al mal nativo en el daño y la codicia.

El español quiere ser reconocido -y él la reconoce- en esa igualdad radical y almática, sin preocuparse mucho por la igualdad que le garantice el Estado, igualdad anglosajona que nuestros tribunales liberales reconocían en un gracioso y casi volteriano apotegma cuando decían (y dicen) que la igualdad consiste en no negar a unos lo que en iguales condiciones se concede a otros. Ciertamente, para semejante viaje no se necesitaban alforjas y provoca rabia pensar que semejantes lugares comunes hayan sido considerados como "garantías" protectoras de los ciudadanos.

La igualdad racial, personal, que heredamos de España se manifiesta en el amor, porque si hay, algo que nos iguala dentro del género humano. es el amor, más apasionado y violento (diría Lenormand) cuando los amantes son de distinta raza.

Un conquistador que se mezcla con el nativo y produce hijos mestizos pertenece al pueblo más igualitario del mundo; en cambio el anglosajón demuestra su fondo deshumanizante y deshumanizado al condenar la mediatización.

América latina es mestiza -y a mucha honra- y no hay que soslayar el dato aunque Hegel y Hitler nos hayan tratado mal por eso. Sierra dice bien que en la Argentina se ha logrado un mestizaje

El peronismo en sus fuentes



más homogéneo, pero no creemos que la anarquía política sudamericana haya sido efecto de la mestización en ninguna parte. Tipos de raza española pura, como Alberdi, Sarmiento, Moreno, han tenido una efervescencia mayor y algunos fueron más descastados que los cholos.

VOLVIENDO A LO DE LA "TABULA RASA"

Más que los antecedentes del derecho público (para volver al tema de los constituyentes) que se relacionan con la organización del Estado y formas de gobierno, nos interesa este libro de Sierra en cuanto esos antecedentes se refieren a las libertades y derechos individuales. Al fin y al cabo, la presencia constante de una Jefatura poderosa que con el nombre de Presidencia de la República ha traspuesto todos los sistemas de gobierno ensayados en el país vale por cualquier organización a la norteamericana, con frenos y balanzas, que jamás se ha cumplido, ni con Mitre ni con Sarmiento ni con nadie. Y los caracteres de la Presidencia argentina (considerada como institución, sea cual fuere la persona del presidente) son un legado de España, que Juan Manuel de Rosas consolidó doctrinariamente y prácticamente y el mismo régimen liberal posterior al 53 respetó y reconoció. He revisado las Constituciones de toda América y ninguna se atrevió a llamarle al presidente Jefe Supremo de la Nación como hace la nuestra, por sugestión de Alberdi. Jefe Supremo, he aquí un término cesáreo que rompe bonitamente con la trilogía montesquiana a pesar de la amenaza de llamar traidores a los que confieran facultades extraordinarias. Inconsciente o deliberadamente, Alberdi y los constituyentes dieron en el clavo y no en la herradura.

LA HISTORIA ARGENTINA OFICIAL NO ES HISTORIA

Dice acertadamente Sierra que, en realidad, no es una revisión de la historia lo que debe hacerse, sino la historia misma; pues, efectivamente, nuestra historia oficial no es más que el alegato de un partido 'Político que puede llamarse, tout court, partido liberal. Ciertamente, un signo de nuestra incultura, ha sido la falta de conciencia histórica debida a los "tabú" ordenados por el partido triunfante en Caseros. Debido a esos "tabú", que duran todavía" el rosismo ha sido silenciado como período viviente y el más glorioso de nuestro devenir histórico, y cuando Saldías y Quesada tratan de darle categoría de factor con historicidad en nuestra formación política, cometen el error, de considerarlo nada más que como un antecedente preconstitucional de esa formación política, cuando en rigor era el antecedente de un sistema distinto.

El peronismo en sus fuentes



Pero el concepto triunfante hasta hace poco tiempo era siempre el que Del Valle enunciaba con pomposa ignorancia del desarrollo institucional argentino; la época de Rosas -decía- no debe figurar en la historia de nuestra Constitución. Es decir, una variante del juicio falso que hemos recordado en los constituyentes reformadores del 60 sobre el derecho público.

Y, sin embargo, el rosismo, como fuente inagotable de nuestra vida nacional, afloraba constantemente en la existencia del país. Quizás Sierra no ha recalcado el significado de ciertos hechos posteriores a Caseros que comprueban cómo el rosismo seguía presente, con prohibición de ser llamado por su nombre. Así el Acuerdo de San Nicolás es rechazado por Buenos Aires no sólo por mero oportunismo político sino porque justamente el Acuerdo confirmaba el pacto federal del año 31, verdadero y bien "vivaz antecedente de derecho público" que la llamada ilustración porteña no quería reconocer porque robustecía las defensas nacionales que se habrían opuesto al plan de entrega forjado por los liberales. El alsinismo, el roquismo, son luego recidivas del rosismo sin Rosas, que no configuran nada y acaban en la más cruda oligarquía liberal nada más que por falta de verdadera doctrina y porque ya el mercantilismo y el poder financiero manejado de afuera habían envilecido a las clases dirigentes. Hernández, Navarro Viola, Estrada son, entre otros, aislados focos de rosismo que no quieren expresar el verdadero móvil porque todos seguían cegados por el odio a Rosas. Mitre, que es el más tenaz perseguidor de todo lo que un día pudiera explotar con violencia del subconciencia nacional, se permite vetar candidaturas presidenciales, como la de Urquiza o la de Bernardo de Irigoyen, porque comprendía que todo un sistema, una voluntad de refirmar la autenticidad argentina, se escondía en ciertos nombres presidenciales.

Del radicalismo no hablemos. Uno es el radicalismo revolucionario anterior al año 12 y a la ley Sáenz Peña, movimiento de vindicta criolla que debió realizar el anti-Caseros. Otro el radicalismo electoral que se ve obligado a sumar las nuevas generaciones empadronadas con apellidos extranjeros, electores que naturalmente no entendían el infortunio de las grandes masas que Caseros empobreció y arrojó a la decadencia.

Salvo la institución presidencial de que hemos hablado, el rosismo sigue siendo un complejo aherrojado por la "censura" de una falsa cultura que la actual Revolución deberá tarde o temprano dar vuelta como un traje. Y es de extrañar que la Constitución del 49 haya dejado aquel artículo de las facultades extraordinarias que condena como traidores a quienes las acuerden, no sólo porque es un disparate jurídico, ya que una ley inconstitucional tiene como obstáculo procedimientos expresos establecidos en la misma Constitución, sino también porque

El peronismo en sus fuentes



pone trabas a la cultura histórica y con el mismo criterio podría un día condenarse como traidores a los que llegan a la conclusión de que las facultades extraordinarias salvaron al país de la anarquía.

CONCLUSION

Vicente D. Sierra ha escrito el tratado de historia ideológica que el país necesitaba. Los demás sólo escribieron la historia de las ideas liberales, que son las que se difundieron más, pero que están lejos de ser todo lo que ha pensado y actuado esta sociedad.

Como de un enorme témpano flotante, las ideas liberales son escasamente la parte más visible de un bloque cuyo volumen sumergido faltaba escudriñar y sistematizar. No todos los parlamentarios, ministros, jueces y publicistas han incurrido en el pecado intelectual que creen "La Nación" y "La Prensa". Las ideas favorables a la faena de disociación y disolución lograda por el liberalismo han sido contrarrestadas muchas veces. Sin entender el problema de fondo, los hombres que conservaban el instinto entrañable del país dijeron algunas veces una palabra señera, lanzaron un grito de congoja, advirtieron que las apariencias del progreso escondían el deshonor y la miseria. Recuerdo en tal sentido, muy sumariamente, los debates del Acuerdo; las intervenciones de José Hernández en la labor de la Legislatura provincial (acertadamente recogidas por la actual Legislatura de Buenos Aires); las objeciones que se hicieron en el Congreso a la inmigración sin tasa; los debates sobre la capitalización de esta ciudad; las vigorosas objeciones al Censo que hiciera Joaquín V. González, etc. Sobre las bases expuestas por Sierra, una institución cultural podría y debería completar con un apéndice bibliográfico la única historia posible de las ideas argentinas. Para Sierra, el primer mérito de haber terminado la mejor pieza de la transmutación de valores que la Revolución de nuestro tiempo estaba debiendo al país.

El peronismo en sus fuentes



DOLL, Ramón. Literatura "provinciana". En Lugones el apolítico y otros ensayos. Bs.As., Peña Lillo, 1966.

Realmente, no se sabe qué cosa cursi, departamental o provinciana hay siempre en nuestra literatura de ayer o de hoy.

Quien se haya sumergido alguna vez en la "Literatura Argentina": de Ricardo Rojas, o en esas historias de las Ideas estéticas de Jorge Max Rohde o de las ideas políticas de los Jose Luís Romero, etc., sale con la impresión de que somos un pueblo de "parada", de ostentación desmesurada en lo intelectual. Y no es así; sería un error creerlo si recordamos que el único libro con categoría en la literatura universal, el "Martín Fierro", imita un lenguaje popular y arcaico de campesinos y de soldados del siglo XVI.

Cabalmente, la mentalidad de eso que se llamó cultura argentina no entendió el libro; y el mediocre prosista y ramplón poeta, de cuyos versos nadie se acuerda, don Bartolomé Mitre, habló de "Martín Fierro" como quien hablara hoy de la letra de un tango.

Las causas de esa desproporción entre el continente y el contenido son complejas. Queremos simplemente aludirles. He aquí una: nosotros pudimos y debímq̄s tener una literatura nacional propia en el siglo XIX. Pero la dirección de la cultura estuvo en manos de los coloniales; y los coloniales descastaron la vida nacional, recomendándonos que nosotros no fuéramos nosotros. La literatura no pudo ser más que un reflejo de esa fractura del alma colectiva.

No es cierto que una literatura nacional necesite siglos. Ahí están Norteamérica y Rusia. La primera tiene sus clásicos, no cometió el error de menospreciar la literatura inglesa, como nosotros nos dedicamos a menospreciar la literatura española; en un siglo literario como es el XIX, los yanquis dan una nota seria en literatura, incluso expresando como Poe, que la llamada civilización yanqui no era más que brutalidad y estupidez.

Los rusos no sólo crearon una literatura genial sino que, en el mismo siglo, formalizaron y categorizaron el idioma con Puchkin; supervolaron por sobre todas las literaturas europeas con Dostoievsky y hasta se salvaron de la decrepitud y de la decadencia literaria de la Europa occidental, vieja enharinada que ya no tiene nada que decir. En efecto, ahora prefieren la cretinez lisa y llana, es decir, la librería comunista, llena de "tabus" y de inhibiciones, y en la que por un descuido (por citarlo a Stalin, solamente cien veces) el novelista puede ir a Siberia a hachar troncos de árbol.

El peronismo en sus fuentes



Y bien: en tan breve tiempo surgieron, afloraron y fructificaron esas dos literaturas, porque ninguna perdió el rumbo nacional, ninguna se entregó al colonialismo, ninguna de las dos se ilusionó con cuentas de vidrio y cajas de música del bazar de cultura europea.

**

De ahí la primera mala nota de nuestro acervo escrito y libresco : snobismo, es decir, enamoramiento de patán o el hortera simplones por tódo lo que no se parezca a lo demás, lo que esté en la vereda de enfrente, si todos círculan por esta de acá. La característica es terriblemente constante. Desde la Asociación de Mayo a la revista "Sur", es idéntica. Sabido es que Echeverría vino entusiasmado con Leroux y los atisbos del socialismo, tan prematuros y utópicos que la reventazón de 1848 en Europa produjo la resurrección del bonapartismo en todas partes. El "snob" lee en el último correo la última doctrina, la última novedad, y en seguida declara que los que todavía no la han leído son pobres de espíritu, anticuados, filisteos. Si la palabra "snob" es una sigla de una 'frase latina, o salió de la jerga de los estudiantes de Oxford y quiere decir "empleado de zapatería", no sé, pero me gusta más la definición que dan todos los diccionarios corrientes: papanatas.

En esta época en que ya a Freud lo han leído todos los chicos de 2º año del nacional, Borges, Martínez Estrada y el grupo "Sur" han batido el parche con Kafka -Martínez Estrada que bate el récord de todas las literaturas parasitarias del mundo, ha encontrado una interpretación nueva de "Martín Fierro", a base de Freud y Kafka, es decir: una epopeya campesina es examinada a la media luz de un novelista resentido, sucio de toda la suciedad de los "ghetos" europeos y, dicho sea de paso, exhibición del cansancio, la vaciedad mental de una Europa intelectual que se divierte paseando perros por los cafés de París. Martínez Estrada dice que no entiende bien la amistad de Fierro y Cruz ...

Seguramente, el "snob" es fundamentalmente cursi, quiere decir, que desea ser distinto y se pone una pluma verde de loro barranquero en vez de dejarse estar no más y, si no es capaz de ir más allá del lugar común, quedarse en el lugar común.

En este sentido, Ortega y Gasset hizo estragos en este país. Ciertamente, él era un hombre familiarizado con los departamentos. de cultura alemana difíciles para el latino, no porque sean más complicados, sino porque el latino no entenderá jamás ese murmullo, ese vaho de sótano de barril de cerveza, esa niebla húmeda y pegajosa del filosofar alemán. Claro que el vaho caía sobre Ortega y Gasset y el filósofo español con quince años de filosofía alemana, comprendía

El peronismo en sus fuentes



todo y no se desvanecía con las esencias del lúpulo. De ahí sus elegantes, prietas, concisas y barrocas expresiones. Pero caían en la corteza cerebral de nuestros aficionados que conocían la filosofía alemana por catálogos que les enviaban los libreros tudescos y en medio de términos de pegote como “peraltar”, “punzar”, “mondar”, se les convertía la cabeza en un cajón de sastre.

Yy por no hablar en el lenguaje sencillo de modestos manuales de filosofía escritos por los franceses y por abusar del barroco y de la hiperbaton, empezando por el medio y terminando por el principio, han quedado por ahí los cuerpos de muchos escritores que no quisieron salir de las suburbanías de Ortega y Gasset.

* * *

Por eso he dicho que no sé qué provincianismo hay siempre en nuestros cultos más inteligentes, y uso la palabra provincianismo como signo del que quiere figurar en ambientes que no son suyos. No lo uso peyorativamente para lo provinciano, porque yo soy admirador de la vida del pueblo chico; y no tengo más remedio que vivir en ciudad grande.

1951.

El peronismo en sus fuentes



DOLL, Ramón. Las ideas políticas en Argentina, por José Luis Romero. Ed. Fondo de Cultura Económica, México. En Revista IIHJMR. Número 15-16. Año 1951. p.166 y ss.

Este libro, aparecido cincuenta años atrás, hubiera causado un gran placer a las generaciones envejecidas en los lugares comunes históricos impuestos por López y por Mitre (Uno con prosa viva y vitamínica; el otro con prosa insípida y escobútica). No hay duda que las nuevas generaciones –hubiera dicho ‘ La Nación’- han entendido que la conciencia argentina ya está hecha, que los tiranos serán en lo sucesivo una planta exótica en la Argentina y que los caudillos federales y Rosas entre ellos, han quedado definitivamente juzgados de modo que no cabe ninguna duda sobre la materia. Este juicio pudo escribirse en el 1900, sobre el libro de Romero.

Pero el tiempo ha corrido hasta la mitad del siglo presente y la verdad, resulta que decir eso mismo ahora, es un verdadero anacronismo, frente a lo que piensa una gran parte de las generaciones estudiosas y también, frente a los acontecimientos ocurridos en el mundo.

Conviene adelantar que Romero no ha dejado de entenderlo cuando dice –y lo creemos- que él, “el autor, no sabe ya lo que puede haber de original en su obra” (pág.11). Desde luego, todo el libro de Romero es lisa y llanamente un refrito de la Historia oficial argentina que ha juzgado los gobernantes y los hechos con un sentido maniqueísta donde regularmente los buenos (liberales, democráticos y civilistas) han luchado contra los malos (espadones, incivilizados y bárbaros). La línea de los Borbones en la Colonia, de Moreno en la Independencia, de los ‘organizadores en 1853 y del alberdismo y sarmientismo es, según Romero, liberal; y la línea de los Austrias (también en la Colonia), de Rosas y los caudillos después, es la línea de los autoritarios.

Después de prefijar esas series antagónicas, el autor, cierto, no incurre en las sandias conclusiones de la Historia Oficial, al declarar sin más trámite que la serie liberal es buena y la autoritaria, mala; pero de cualquier modo, a juzgar por el Capítulo V donde indocumentadamente Romero atribuye a los hombres del 53 un realismo político que no existió sino en algunos libros de Alberdi pero que no se cumplió en los hechos, a juzgar por lo que dice en página 64, que en el año 1862 el "país se lanzó a una política constructiva de vasto alcance", es visible su preferencia por los hombres que combatieron a Rosas. Y como esos hombres que cabalmente los historiadores oficiales de ayer y siguen siéndolo hoy, vale decir que Romero juzga el acontecer histórico argentino, condenando o subestimando todo lo que está frente a su serie liberal. Y estoy seguro que José Luis Romero no lo niega.

El peronismo en sus fuentes



Principios autoritarios y liberales

Ahora bien; el planteo del autor podría no ser discutible. Ningún hombre de bien prefiere un déspota a un gobernante que afirma sostener la libertad. Pero es preciso, en primer lugar que esa filosofía de la historia (para usar fórmula socorrida pero reconocible) repose en hechos ciertos y en una sólida historiografía como la que ya se ha hecho últimamente en la Argentina; y en segundo lugar, falta saber si efectivamente demostrado, que en la Argentina unos hombres bregan por la libertad y otros por la autoridad o el orden, se hubiera demostrado otra cosa que una famosa "prudonada" baldía de toda historicidad al no intuir, ni reconstruir ahí una particularidad argentina, ni descubrirla dentro de esta sociedad para no ser igual a la de toda la especie humana.

Ateniéndonos al conocimiento meramente historiográfico no creo que en esta época se pueda todavía afirmar que los por Romero llamados liberales, no fueron en su tiempo y frente a circunstancias históricas, verdaderos autócratas con mano de hierro. No precisamos ir muy lejos para saber que Moreno, Monteagudo, Castelli (serie liberal) fueron jacobinos y por lo tanto, ejecutivos y absolutos y que Moreno fué terrorista (aunque su famoso Plan no hubiera existido, pues existió la matanza de Cruz Alta) ; que Monteagudo fué un enfebrecido dictatorial; que Castelli procedió sin hiel en Alto Perú. No precisamos ir muy lejos, porque Este libro se encarga de confirmarlo y lo reconoce. Y también dice que los liberales de la Revolución fueron liberales en economía, lo que demuestra que la línea de división entre autoritarios y libertarios es un mito ideológico, una "marotte" para hacer la Revolución desde abajo y una falacia cuando el revolucionario amante de la libertad conquista el poder ; porque el poder es oportunista y realista y no puede no serlo, si el gobernante es un hombre cuerdo y no está dispuesto a que lo saquen a patadas al día siguiente de empuñar ese poder. Así en servicio de la libertad bien entendida, puede llegar a gobernar por la fuerza.

En cuanto a la tendencia moderada y conciliatoria de los hombres del 53, el realismo de los que constituyeron la Asociación de Mayo, los Mitre y los Sarmiento. le recomendamos al autor un examen detenido de todo lo que rasó alrededor del acuerdo de San Nicolás. Urquiza fue sugestivamente un realista, quiso constituir la Nación con la realidad que había organizado Rosas; llamó a los gobernadores rosistas para la obra de unión nacional. Y los liberales "conciliatorios" que no querían sino eliminar de la Historia todo lo que había hecho, lo eliminaron al mismo Urquiza de la organización nacional y luego del Panteón de los que dijeron constituirlo. Y Mitre rasó las provincias con legiones militares. Y Sarmiento clausuró diarios e



intervino Provincias, hizo asesinar a 'El Chacho' .Y aprendió de Lincoln (él mismo lo dijo) el arte de gobernar con la fuerza .. Ya puede comprender nuestro autor si son peligrosos los esquemas en en historia más cuando se formulan sobre los lugares comunes de una historiografía facciosa.

¿Es posible acertar que los «proscriptos" comprendieran, a pesar del odio a Rosas, que este" correspondía exactamente a los sentimientos de la mayoría del país"? (Pág. 132), ¿Cómo habían de «comprender nada, si hasta hoy la llamada línea de la libertad, sigue negándole a Rosas desterrado de la Historia y de la Patria? Empezaron diciendo que lo comprendían, en la Asociación de Mayo; pero ni bien apareció una escuadra extranjera, huyeron de Buenos Aires para alistarse en ella. El autor ha tomado los díceres de Echeverría, de Alberdi y de Sastre, cuando loaron a Rosas en la Asociación y ha tomado la Constitución del 53 para presentar a los organizadores liberales como apóstoles de la unión nacional. Pero no conoce los hechos y sin embargo, muchos historiadores que no son resistas se lo debieron haber demostrado con suficiente elocuencia.

Ignora los hechos y no se ha acercado a cualquier manual corriente de derecho político. No existe nunca una autocracia que no gobierne dentro de cierta legalidad y reconociendo garantías más o menos presupuestas en el país. Ni hay régimen liberal sin que a diario, conciente o voluntariamente, no imponga arbitrariedades al súbdito. No hay sistemas de gobiernos químicamente puros y Ernesto Palacio ha dado últimamente un precioso dictamen sobre esta evidencia de la teoría estatal. Concurra Don José Luis Romero a ese cursillo.

El planteo de Romero es empírico y antihistórico

Suponiendo que efectivamente, del borbonismo y del hahsburguismo trasplantado a la Argentina, se hayan originado los principios conductores que anuncia el autor (génesis absurda pues quisiéramos saber cómo Romero podría demostrar que los Borbones hayan sido reacios al autoritarismo, con un Luis XIV de por medio) de todos modos esos hilos o series clasificadoras no conducen hoy a nada. Son tópicos o mitos de la lucha política, que no otorgan categorías para filosofar sobre la Historia.

Francamente, la fórmula "civilización o barbarie" asimismo falsa, tenía mejor contenido. Tuvo, en primer lugar, gran eficacia pragmática; y en segundo lugar, puso el diapason 'con el pensamiento del siglo que creía ver en aquella época, luna de miel del Iiberalismo, un adelanto en fusilar negros y gauchos para transmutar este país en un retoño anglosajón. Todo eso ha

El peronismo en sus fuentes



pasado, pero en aquella época convenció a mucha gente para quienes el progreso y la cultura eran la locomotora y la ametralladora, frente a la carreta y la lanza. Que hoy todo eso es una fábula, no importa para que nuestros padres instalaran una cabaña eugenésica que nos ha dejado lo mismo. Esa fórmula dejó algo más que la del autor.

En vez de autoritarismo y liberalismo, el binomio que enfrentara las maneras y estilo de vivir español con los que quiso importar la minoría ilustrada (que lo fué a medias) calaría más hondo en la realidad social argentina. No se importó sino apariencias, una cultura de pegote, un capitalismo que no fué nuestro, una forma de vivir burguesa que desgovernó al país y una ilustración de clases dirigentes que apenas embebió la superficie. Pero la intentona de imitar razas, instituciones y hombres de pelo rubio, hizo todo el mal posible que podía sufrir la Argentina.

Los unitarios y los federales, como los oligarcas y los radicales populistas, no fueron más autoritarios unos que otros; ni hubo más cultura en unos que en otros.-corna ni en el campo hubo más barbarie que en la ciudad o viceversa.

La manera de encarar la Historia argentina, como un conflicto endémico entre el autoritarismo y la libertad o es demasiado amplia y general como para que no se reconozca en ella la historia de la Humanidad; o es una clasificación empírica de los hechos que no responde a un método de certidumbre destinado a iluminar el pasado, ni adelanta nada sobre el porvenir. En el primer supuesto es un truismo para el que bastaba la Historia oficial; en el segundo, es un estudio sobre el vestuario institucional más superficial que si la Historia de Francia se redujera a las variaciones sobre sus distintas formas de gobierno, monarquía o república, meros accidentes con que el orador 'republicano a fuerza de aburrido, termina por convertir a su auditorio al monarquismo, en vista de lo pesado que resulta su contendiente.

Lo invitaríamos al autor a que volviese al examen de la Historia argentina con una base mejor , y por una ironía de las contradicciones que son propias de cualquier escritor, esas bases las expone, el mismo autor, justo en su epílogo del libro.

Así dice muy bien Don JOGé Luis Romero (pág. 228) que los hechos políticos son tortuosos y escurridizos y ocultan el segundo gran interrogante del ciclo inconcluso". Por ahí debió empezar.

Asegura después que "hasta 1930 se han impuesto sucesivamente dos tendencias políticas, que se enraizaban en la tradición histórica argentina". Son las que hemos examinado. Pero al observar que algunas tendencias nuevas interfieren ahora aquel planteo se siente perplejo

El peronismo en sus fuentes



(habla del totalitarismo y del comunismo) y declara al fin "que" sería ingenuo intentar una respuesta ". Y lo es. Pero lo es sencillamente porque el autor está convencido de que las acciones municipales, los conglomerados de partidos en busca del poder, sirven para escudriñar esa variante policromía que es la Historia. Y seguirá perplejo ante el porvenir, si como en el libro, sigue estudiando el pasado aferrándose a un método equivocado".

Ramón Doll

El peronismo en sus fuentes



DOLL, Ramón. San Martín íntimo, por Carlos Ibarguren. En Revista IIHJMR. Número 15-16. Año 1951. p.170 y ss.

Había que conocer al Libertador en su expresión íntima, en sus gestos familiares, en sus convicciones políticas profundas que, como Jefe del Ejército y por razones tácticas, no siempre habría podido exteriorizar en documentos oficiales. Es la pluma experta y delicada de Don Carlos Ibarguren, quien nos presenta un San Martín, así como el envés de su vida pública y en la vulgar algarabía del momento en que mucha gente se aprovecha para lucirse un poco, haciéndose notar con libros malos, colocándose a la luz que destella el padre de la patria, nuestro ilustre maestro Ibarguren ha logrado con toda felicidad el enfoque que faltaba sobre un hombre que no fué tan sólo un militar triunfador.

Porque la historia oficial, la estatua que le levantaron a San Martín nuestros eminentes historiógrafos unitarios, el lugar que le dedicaron en el Panteón, fueron especies de concesiones convencionales, recomendamientos con reservas y restricciones sobre todo lo que no fuera castrense en San Martín”.

Se le regatea a San Martín todo talento político (Mitre dice que lo era por instinto) y hasta los manuales corrientes de historia oficial recalcan demasiado ciertos ‘renunciamentos’ y ciertas ‘prescindencias’ y ciertas ‘desobediencias’ de San Martín, bajo la flaz equívoca de que no quiso tomar partido en política o se mantuvo ‘fuera de la política, porque él era militar y nada más que militar’.

El civilismo argentino con sus epígonos triunfante en Caseros, hizo un San Martín para uso personal de la mezquina política con que luego degradaron al país en el fraude y la mentira.

Y callaron las verdaderas notas de las convicciones de San Martín, la reprimieron, las censuraron sumergiéndolas al subconciente argentino mediante libros no regularmente amenos y con excepción de López, leídos por los que no tuvieron más remedio que leerlos.

Callaron su monarquismo o lo subestimaron sin siquiera reconocer que fué republicano por principio y monarquista por táctica. Don Carlos Ibarguren rompe los velos del infantil confucionismo que se pretendió tejer el a ese respecto. San Martín fue monárquico por principio y por táctica. ¿Por qué callar, por qué razón se oculta, se miente así al pueblo argentino, como si fuera vergonzoso haber creído que la forma monárquica, era mejor que cualquier otra ? ¿Pero no se ve aquí en esta miopía, en esta pueril ocultación de la verdad, el signo mayor de la esencial incultura, que en el país ha pasado por cultura?

El peronismo en sus fuentes



Y lo mismo cabe decir del federalismo de San Martín. Nuestro héroe fue federal, entendió el fenómeno del caudillaje, en vano los Mitre y los López manifiestan su enemiga a San Martín porque no vino a pelear contra los montoneros. San Martín leía la realidad nacional con ojos de aguda penetración. Mismo que fué hombre de logias, San Martín conocía esta sociedad, sus masas, sus pasiones y sus vicios. Esos gobiernos directoriales no representaban nada, la mitad de la República no les hacía caso y la otra mitad les hacía caso formulariamente. La vida nacional afloraba plena de empuje en otra parte y como no encontraba en las el clases letradas sino constitucionalistas de ‘calzón blanco’ como decía San Martín, aquella otra realidad nacional rodeaba la figura de los caudillos de una prosapia y de un señorío casi todos, que ya lo hubieran deseado los doctores rivadavianos.

Como federal ‘avant la lettre’ San Martín comprendió con honda visión política, donde estaba la salud de la patria y no tuvo que hacer ningún esfuerzo para saber que su ejército de Los Andes tenía una misión especial (la liberación de estos países) otorgada por el Congreso de Tucumán en nombre de las Provincias Unidas (de las que concurrieron y de las que no concurrieron al Congreso), y esa misión especial no podía estar subordinada tan sólo al Gobierno Directorial sino a la otra mitad o mucho más del país, que la habrá ordenado y pertrechado. Por eso ‘desobedeció’ al decir de los autores oficiales.

Con singular relieve Ibarguren trata el llamado problema del plan de Guido. Otra bárbara sustracción, escamoteo y reticencia páfida de los que se dijeron luz y conciencia de la patria frente al incivilismo argentino. El Dr. Ibarguren ha conseguido que el mitrismo, nada menos que en 1950, haya dado un grito de rabia, acusando un golpe mortal. El General Guido autor del plan que sin duda inspiró San Martín perneestructuró Huido, es apenas nombrado por allá o por acá en la Historia mitrista. Porque -dice Ibarguren - Guido sirvió después a Rosas.

Y es cierto. Tal es el mezquino ademán, con que el General Mitre se permitió discernir laureles a los argentinos abnegados, abroquelado en paquetes de documentos que declaró de su propiedad, una veaque los sacó de los archivos oficiales. Así manejaba los documentos, con esa mezquindad distribuía méritos militares el mismo General, que le decía a López que no hacía una afirmación, ni daba un paso, sin una base documental. Y como dice Ibargmren, ni siquiera publica el Plan de Guido en el apéndice documental. No obstante, se trata de una página maestra de estrategia militar, con buena literatura que hubiera sí, contrastado con la ramplona prosa de Mitre.

El peronismo en sus fuentes



Con inflexible lógica, el Dr. Ibagursn analiza también la correspondencia de San Martín en lo que se refiere a Rosas. Dos líneas de una carta escrita a Gregoria Gómez, permiten todavía a ciertos publicistas, deducir una desinteligencia entre estas dos figuras. Impresionado por el asesinato de Maza, San Martín desaprueba la conducta de Rosas en el año 1839. Pero el resto, íntegro, de su correspondencia con Guido y con el mismo Restaurador, desarrolla un verdadero proceso con sentencia definitiva rotundamente favorable a la obra de defensa del orden y de la soberanía que significa el gobierno de Rosas, ratificándola en un acto de última voluntad, legándole su sable.

¿Qué puede neutralizar esos juicios reiterados, dictados a través de una época relativamente larga? ¿Unos renglones donde San Martín, mal informado, consideró reprochable un asesinato que supuso inspirado por el gobernante? Pero el mal recuerdo de un momento sobre un hecho sin información auténtica no prevalece sobre su convicción de que en todo caso, aun lamentando el hecho, condena a quienes conspiran en el extranjero contra el país, como lo dice a renglón seguido en la misma carta.

Bien está en un libro sobre la intimidad de San Martín, el examen minucioso de sus opiniones personales sobre los sucesos y hombres del Río de La Plata porque una regimentería conspiración de silencio o de misericordioso asombro, subyace en todos los panegiristas de San Martín, cuando se trata de esclarecer su pensamiento político. El no era un político profesional y por eso, sus ideas no pertenecen estrictamente a su vida pública, pero de ahí, a que no comprendiera con alta sabiduría la política de su patria y de su tiempo, hay una enorme diferencia que no han querido salvar quienes, como lo he dicho más arriba, tuvieron sumo interés en hacerlo aparecer como apolítico o como simple opinador político en charlas de su senectud.

Al sistematizar las ideas de San Martín a través de su pensamiento íntimo Ibaguren contribuye a que la gloria sanmartíniana brille sin velos, sin eufemismos y sin atenuaciones que quieren perdonar un desliz de gran jefe militar, que se entregó en la edad madura al 'dilettantismo' de opinar desde el destierro. Es clásico que todo gran militar es de suyo, un gran político, porque no puede dejar de serlo, si es un gran militar. Los grandes capitanes del mundo, Alejandro, César o Napoleón, no lo son porque hayan ganado o vencido en muchas batallas, muchos han ganado grandes batallas y figuran en el grueso del Panteón. En cambio los que tienen preferencia en la memoria de la humanidad, sirvieron a una política que las batallas consolidaron, política que el

El peronismo en sus fuentes



militar ha debido comprender y sostener con su propio genio, a riesgo de terminar en conductor de bandas llevadas a la pelea, por mera belicosidad de irracionales.

San Martín sabía, política porque empezó por comprender que no hay gesta militar que, valga una mención en la Historia, si no es dirigida y orientada por un sistema de ideas que traduzca el triunfo de las armas en resultados constructivos y definitivos de carácter moral y material.

Por eso anima el Congreso de Tucumán, convierte el grito de Mayo que estaba degenerado en prematuras cuestiones de forma de gobierno, en una operación netamente separatista, con objetivos claros en nombre de todas las Provincias Unidas, fueren cuales fueran las disensiones ideológicas que ya aparecían y haciéndose autorizar para formar un ejército libertador que sirviera también a todas las Provincias.

En lo sucesivo, la guerra tenía para él una finalidad en la que acordaban todos y un instrumento con misión especial para realizar ese objetivo. Júzguese cual sería el coturno de San Martín como político de gran estilo, pues nuestro Héroe fué quien unió las voluntades en ese sentido. Por lo demás, también se expresa con giro idiomáticos precisos, ceñidos al pensamiento, incluso salpimentados con dichos populares de resabio andaluz, porque desconfiaba de las grandes parrafadas de la época de un neo-clasicismo de bolsillo, al que fueron afectos sus coetáneos, con demasiadas citas de Tácito y de Lépido y poco sentido común.

El Dr. Ibarguren ha preferido no repetir nada de lo que ha hecho de San Martín un héroe legendario; ha perfilado una figura humana, ennoblecida por la tristeza y el sufrimiento, mordida por la imbecilidad de muchos hombres públicos, amargada por la opinión de los librescos sectarios. No lo imitaremos jamás en su grandeza; tratemos de aprender en este libro como es de costosa y dolorida la gloria verdadera.

El peronismo en sus fuentes



DOLL, Ramón. El problema del legado sanmartiniano. En *PLUMADAS NACIONALISTAS*. A propósito del libro de SOLER CAÑAS, Luis M. Rosas, *San Martín y la falsificación de la historia. Las inexactitudes de Ricardo Rojas*. Bs.As., Latitud 34, 1951.

Ha publicado el joven ensayista don Luis Soler Cañas un libro en que deshace las inexactitudes de Ricardo Rojas sobre la cláusula tercera del testamento de San Martín. Se llama el libro *San Martín, Ross y la falsificación de la Historia*. Es digno de las mejores alabanzas y recomendamos su lectura porque aquí no tenemos espacio para hacer su reseña completa.

No obstante, debemos recalcar que Soler Cañas ha disparado sus mejores tiros contra lo que Rojas – en sus dos artículos sobre el legado- consideró como una tesis original una ‘trouville’ que a nadie se le pudo ocurrir antes y que tiene algo de chicana leguleya contra la validez de los testamentos, muy de tribunales; y tiene también bastante de engreimiento de antiguo maestro y propietario de la cultura histórica argentina.

Sabido es que sobre ese legado se han escrito infundios que hasta llegan al insulto con el Libertador. En general, se afirmó que San Martín pudo redactar la cláusula en una edad senil y con desconocimiento de los sucesos del Río de la Plata. Desde Sarmiento a Valentin Alsina y ahora el mismo Rojas que le agrega lo de ciego, los liberales le han ‘perdonado’ a San Martín ese acto de última voluntad. Dejemos todo eso.

La novedad de Rojas, digna de un procurador de herederos que trata de anular una disposición testamentaria, no tiene parangón en la historia de la chicana. Ella consiste en que si San Martín hubiera sabido que Rosas, dos años más tarde de su muerte, iba a solicitar la intervención de Inglaterra ‘para impedir la invasión del Ejército imperial’, no le hubiera acordado el honor que importa aquel legado.

Soler Cañas empieza por demostrar la indocumentación de la presunta decisión de Rosas. Ya lo había hecho con su innegable autoridad en la materia, don Julio Irazusta y ahora Soler Cañas analiza el caso con singular destreza. No hay prueba seria de que Rosas pidiera la intervención inglesa. No hay más que un informe confidencial de Herrera y Obes, donde dice que Lord Palmerston se ocupaba de una nota de Mr. Southern en que a nombre de Rosas solicitaba aquella intervención.

El peronismo en sus fuentes



La patraña es evidente. Supuesto que Southern hubiera enviado esa nota, ¿dónde está esa nota, dónde está el documento original? ¿Vale como tal lo que dice un tercero, que no estaba ni en la Cancillería británica, ni en la representación de Inglaterra en Buenos Aires? '

Pero, aun mismo que Southern hubiera enviado un mensaje "a nombre de Rosas", ¿cuál es la prueba de que habló realmente por mandato de Rosas? ¿Se ignora que en la diplomacia son habituales ciertas comunicaciones de tono ambiguo cuando 'el receptor ya sabe a qué atenerse sobre el contenido?

Porque aquí la interpretación del autor coloca con inteligencia todos los puntos sobre las íes. Es verdad que, supuesta exacta la comunicación de Southern, éste, que había concluido con Rosas un convenio donde se liquidaron todas las diferencias anteriores, pudo creer de buena fe que el Gobierno inglés debía estar, tenía que estar, con Rosas antes que con Brasil debido a los intereses concretos y actuales del momento.

Y si Rosas hubiera gestionado - ninguna prueba hay de esas gestiones - la intervención inglesa como mediadora, como nación árbitro, ¿por qué no pudo referirse Southern a esa clase de intervención diplomática y no bélica?

Todavía podemos ir más allá, puesto que Rojas mismo nos lleva a un plano de conjeturas, absolutamente fuera de lo que en cualquier país se llama Historia y no panfleto político. Diríamos lo siguiente: si Rosas, en un gesto de desesperación - estamos en el terreno de los supuestos absurdos -, hubiera borrado en un minuto de torpeza toda su obra gloriosa de defensor 'de la soberanía y le hubiera pedido ayuda militar a Gran Bretaña, es seguro que Gran Bretaña se la hubiera prestado, pero con su segura sagacidad de país comerciante hasta los tuétanos, aprovechándose de la coyuntura para hacer de la Argentina lo que hubiera querido hacer.

Es porque Inglaterra no vio en la supuesta nota de Southern sino una mediación amistosa por lo que, como dice Soler Cañas, se lavó las manos. Si le hubiera pedido tropas, ¡bien que hubiera negociado usurariamente la ayuda!

No se quiere sino encontrado al Restaurador en los mismos manejos que sus adversarios. De la carta de un tercero que habla de una nota que no ha visto, sobre una intervención que en definitiva no existió, se quieren contrarrestar hechos comprobados, documentados, archivados, como las alianzas de Urquiza, de Berón de Astrada, de la Comisión Argentina de Montevideo, abonadas por la presencia real y efectiva de las flotas extranjeras en el Plata y en el Paraná.

El peronismo en sus fuentes



La verdad es que en este complot que dura ya casi cien años de Caseros, obra un maldito y disolvente espíritu de disociación y de decadencia. Hombres como Rojas que le deben al país toda clase de favores, que han sido honrados con distinciones honoríficas y que en Europa no hubieran salido de medianos profesores de Liceo, se encastillan en intereses de grupo o de partido, para no perder algunas migas de la gloriola que todavía deja caer 'La Nación' entre sus páginas.

La ancianidad los encuentra siempre rencorosos, tendenciosos, mirando las posibilidades de agrupaciones comiteriles, especulando sobre el éxito que todavía creen fácil.

Porque al fin de cuentas, ¿qué le hubiera costado a Rojas, en este caso o en cualquier otro, decir una palabra que saliera del vulgar aserrín de todos los días en los editoriales de 'La Nación'? Se le hubieran cerrado las columnas cada día más apretadas del matutino. Comprendemos que Balbín despatrique contra Rosas porque la UCR está embalada, desde los tiempos de Yrigoyen, en un palabrerío intrascendente que todavía cree que proporciona votos. Pero que Rojas, que sabe bien la historia de los unitarios enriquecidos todos en el destierro, siga escribiendo como en 1860, sin por lo menos afrontar con grandeza un movimiento como el rosista, lleno de vivencias, con un planteo de la realidad argentina, que se debe combatir con razones y no con subterfugios, todo eso no lo acabamos de entender.

Bien están estos desmentidos, estas demostraciones de la mala fe y la falsificación de la historia con picardías curialescas, nada menos que provenientes de algo que pudo parecer alguna vez la más alta cátedra de la cultura nacional.

Soler Cañas lo ha puesto en evidencia a Rojas. El hombre que tiene la obligación de ser mesurado, de ser sereno, de alzarse sobre las pequeñas diatribas, no tiene inconveniente en manosear la voluntad postrera de nuestro héroe, sobre la base de un hecho indocumentado. Afortunadamente, la generación a que pertenece el autor de este libro ha de terminar para siempre con la mistificación de lo que hoy mismo se llama clase dirigente, de lo que hoy mismo cree monopolizar la cultura, porque ha vivido de ella, sin fecundarla. Trabajos como éste renuevan la esperanza de que un día se realice un reajuste de valores y se imponga silencio a la fama adquirida con la simulación.

RAMON DOLL

El peronismo en sus fuentes



DOLL, Ramón. Caseros, nefasto argentino. en Boletín del IIHJMR. Número 13. 31 de enero de 1951.

Están equivocados los que creen que Caseros ha sido ya definitivamente juzgado por la conciencia nacional. suponen que la remoción de los elementos étnicos, el aluvión inmigratorio, el tiempo transcurrido y la estabilización del liberalismo político en el país han sepultado en el olvido la desgracia de Caseros.

No conocen el país, creen que la Nación empezó después de la batalla, olvidan que una sociedad, al cambiar de ropaje político, de elencos gobernantes y de modos de vivir, no cambia por eso sus tejidos profundos, sus raíces, su destino, su alma toda. La educación pública ha trastocado muchas cosas y la prédica diaria ha destruido recuerdos y orientado esperanzas nuevas; pero en el subconciencia nacional, Caseros sigue siendo una herida que todavía le duele al país real, diga lo que quiera el país legal.

Caseros aflora a cada instante, pide la vindicta sin nombrarse y a través de los tabús impuestos por las Constituciones y las leyes, cuando legislan contra Rosas, emerge el rosismo reaccionando contra todas las vicisitudes sufridas; y eso que se llama a sí mismo la expresión ilustrada de la República, se encuentra siempre defraudada por las estructuras psicológicas argentinas, que le dan un soberbio mentis a lo que llamándose ilustrado, no es sino una máscara de cultura extranjera y un remedo de desechos europeos.

Los que hablan de los cien años de grandeza y de paz son mucho menos en cantidad y calidad de lo que en esos cien años han sufrido postergaciones, han conocido la tristeza de no poder ser nada en una patria que en Caseros cayó afrentada por ejércitos extranjeros y se repartió entre advenedizos, bajo la dirección de fuerzas muy oscuras que se complotaron y corrompieron al país.

Hasta hace pocos años en que la vindicta tomó la expresión que le era debida, esa mayoría resignada escuchó insultos y las depreciaciones de una prensa venal, de unos historiadores y educadores que temieron ser arrojados de sus cátedras si exigían una reconsideración auténtica de la crónica unitaria. Esa es la razón por la cual cada refloreamiento de la verdadera savia nacional, caía fracasada o adulterada por la necesidad de vivir de alguna manera y no perecer a manos de la confabulación intelectual que dirigía la nacionalidad.

En Caseros cayó el ejército de Rosas y en su caída viose tronchada la evolución natural de un pueblo que tenía pasado y porvenir, dotado de un patrimonio singularmente valioso, con un

El peronismo en sus fuentes



plantel humano de noble prosapia y una energía y vocación para el heroísmo, la gloria y también para la civilización que ‘desde Caseros se condujo a un ‘status’ colonial opaco y sin grandeza.

Después de Caseros, los gobernantes empezaron a ser meros gerentes comerciales que le llaman progreso y desarrollo a la riqueza aglutinada en pocas manos, sin que las capas sociales más numerosas participen para nada en el festín de algo que no era sino la sombra del bienestar.

No hubo política nacional porque so pretexto de tiranía y despotismo, los triunfadores se dedicaron a un juego de fuerzas turnantes en el cual los intervinientes competían tna solo en el servilismo y la imitación de quien subordinaba más y mejor a la República respecto del amo cuyas directivas venían de afuera.

No hubo política exterior, no podía haberla con sentido propio por lo menos; puesto que cualquier gesto o reflejo defensivo de la soberanía, hubiera malbaratado el plan de los vencedores de Caseros. Y así, basta comparar la acción diplomática y estratégica del general Rosas con los gobiernos que vinieron después, para percibir el contraste entre lo que significa un Estado con categoría de tal y un pseudoestado paralítico y maniatado por inhibiciones y compromisos con fuerzas externas.

Rosas defiende las fronteras, vigila celosamente la situación de los países limítrofes, denuncia con valentía y claridad al enemigo, allí donde está, sin encogerse porque lo siente poderoso, la hace sentir a Santa Cruz la diferencia que hay entre un estadista de raigambre castiza y un machetero de tierras calientes e inicia con el Uruguay un trato especial del cual hubiera resultado lo único que indica la geografía rioplatense, es decir que una nación sola debía ser dueña de toda la cuenca y todos igualmente grandes sin diferencia de hermanos ricos y pobres.

En el mismo orden, es decir la política internacional, Rosas conduce y defiende al país contra los avances de las grandes potencias, con una prudencia y un arrojo no común. En vano sería volver a repetir los valores de esa defensa, ya sus adversarios se han cansado de negar la evidencia.

Frente a esa obra que Caseros destruye, la política exterior del liberalismo argentino no es sino una serie de desaguisados, de cobardías, de renuncios y sobre todo, de olvido de los imponderables vitales, por una paz volteriana y escéptica que produjo al fin sufrimientos mayores para el pueblo. Es la guerra del Paraguay, donde Brasil nos lelva como de la mano para destruir un pueblo hermano, so pretexto de dictadura y despotiso, en circunstancias en que Brasil vivía bajo el Imperio y sobre la esclavitud de los negros. Es nuestra actitud de frívola neutralidad y expectativa ante la guerra del Pacífico, actitud que condenaron entonces los

El peronismo en sus fuentes



hombres de espíritu americano; hubiera bastado una palabra prudente o un acto de juiciosa advertencia y la guerra sangrienta, cruel, se hubiese evitado. Pero corrían los años en que Alberdi era el numen de los gobiernos y no hubo aliento, todo fue prudencia casera, interin mezquino y equivocado, porque como lo demostrara inteligentemente el publicista salteño Juan Manuel de los Ríos en una conferencia bien inspirada, la pasividad argentina ante la guerra del Pacífico nos costó el pulmón de aquel océano y otra cosa pudo haberse decidido si la Argentina hubiera dicho alguna palabra con ánimo resuelto y estilo rosista. Pero ¡qué iban a conocer los estilos de esa clase, si la cancillería argentina estaba en manos de boticarios positivistas que se sonreían de todo lo que fuera noble, heroico, grande!

No hablamos de la charlatanesca manía que vino después con pactos antibélicos, alianzas de ABC y posturas para asombrar al mundo con dogmas de derecho internacional. Los argentinos que con Rosas habíamos aprendido a defender la justicia internacional, en casos concretos y en relación a problemas nuestros, perdimos el rumbo y seguimos después defendiendo abstracciones que concluían haciendo reír a la gente.

Caseros está ahí. En el país hay muchos nombres para quienes Caseros no es una pieza de museo ni una colección de lanzas ni una vitrina. Es todavía un grito de dolor en algunos, sin duda no en la mayoría; es el recuerdo de un triste y amargo resentimiento, para muchos; es un nudo que no ha sido desatado todavía, para los que por una razón o por otra, no sienten aquel dolor ni conocen aquel resentimiento. Y, en definitiva, sea cual se la 'actualidad' de Caseros, la verdad es que lo que cayó en Caseros es lo único que tiene vigencia política en nuestro país, es la única manera o modo de gobierno que tiene atractivo e interés para la Nación. los cincuenta y tantos tomos de artículos periodísticos de Sarmiento que Ricardo Rojas cita bíblicamente, están en un anaquel de la Biblioteca Nacional, cada vez más amarillentos y son más 'inactuales' en la Argentina que una escritura de infomre del tiempo de Hamurabi. Nadie lo lee, nadie aprendería a gobernar con esa charla de diario de pueblo.

En cambio, lo que cayó en Caseros sigue teniendo influencia alimática, cada vez que se deja al país que resuelva sus propias antinomias, por sí y ante sí, sin libros de segunda mano, sin pseudocultura.



DOLL, Ramón. Expresar la realidad nacional. En Lugones el apolítico y otros ensayos. Bs.As., Peña Lillo, 1966.

Decía alguna vez el Dr. Nicolás Avellaneda que ese día o el día anterior, había estado conversando con un señor español, chapado a la antigua, seguramente medio pasado, que le había hablado del Quijote. Y el que fuera presidente de la República comentaba y se lamentaba de que España no diera sino esos personajes así arcaicos, fuera de lo moderno, desconectados (diríamos ahora) de lo actual; posiblemente pensaría entonces en Francia, como era de rigor en su época. . .

Si un hombre ilustre como fue Avellaneda, exteriorizaba tal fastidio ante quien, pesado o no, lo obligaba a revenir sobre libros escritos en el idioma del oyente, nada de extraño tiene que él mismo y toda la clase dirigente e ilustrada, tuvieran que buscar los sucedáneos de literatura indispensables para una sociedad, en modelos franceses o de otro país. Franceses, en aquella época.

Debemos señalar que todo pueblo adopta, literariamente hablando, modas, corrientes, maneras de literaturas extrañas. España conoce la fuerte influencia italiana del siglo XVI y Francia se apodera de temas, estilos, grandezas y picardías más españolas de lo que en Francia se cree.

Pero nosotros cometimos el grave error de cortar bruscamente con la tradición idiomática, declarándola, como dijo Avellaneda en la ocasión comentada, fuera de vigencia sobre la actualidad; quería decir sobre la realidad.

En otras palabras el cuerpo nacional puede y debe, cierto, renovar su guardarropía literaria, imitando expresiones inteligentes, renovando al contacto de literaturas foráneas, el atuendo poético.

Pero lo que no puede, ni debe intentarse hacerlo es renovar la piel morena por la piel blanca y granulada de pavo nórdico, porque luego se olvida lo que se aprendió al mamar y no se gana más que una tartamudez crónica, con la que no se puede expresar el rico acontecer de la realidad nacional.

Y sucede que como ese acontecer se impone a la conciencia nacional, es indispensable glosarlo de alguna manera, porque los pueblos no saben vivir sin expresión poética, aunque sea mala; sucede -repito-, que los problemas nacionales de los que desertó la clase letrada, fueron comentados a su modo por la sub-literatura. y no han quedado testimonios de categoría estética,

El peronismo en sus fuentes



sino géneros inferiores que, sin embargo, exponían a veces graves conmociones de acento dramático, dentro del alma argentina.

El ejemplo lo tenemos en el teatro. La vaciedad la indiferencia, la deserción, el engrimiento libresco de varias generaciones literarias por lo que pasaba en casa, mientras se estaba atento a los amoríos de los poetas franceses, tuvo por consecuencia teatral que las apetencias dramáticas del público se abastecieran en el picadero de los circos o en el sainete criollo.

Y lo que subyacía en "Juan Moreira" o "Julián Giménez", asimismo lo que caracterizaba el sainete, era indudablemente un momento terriblemente dramático para la sociedad argentina, era la irrupción de muchas clases sociales y de muchas reivindicaciones justas o casi justas, dentro de la Nación. La prueba está en que el drama circense con pulperos y milicos, así como el sainete cosmopolita, algunas veces, instintivamente diríamos adquiere rango estético, en medio de lo silvestre de aquella teatralización a la que no le interesaba más que entretener.

De todo lo cual ha resultado que hechos y acontecimientos sociales de trascendencia han pasado bajo los ojos de intelectuales y artistas; y que quien quiere ahora tener alguna idea de lo que el país refleja en la conciencia colectiva, tiene que atiborrarse de terribles mamotretos sociológicos, cargados de recortes periodísticos a la manera el. Martínez Estrada, salvo sus absurdos freudianos y kafkianos. No hay una obra de arte que pueda servir de interpretación estética de una época o de un trozo de realidad.

Interpretación estética que a veces tiene mayor validez que el conocimiento histórico propiamente dicho, ya que, después de todo, si no hay posibilidad alguna de que la: Historia reproduzca los hechos tal cual fueron, en su interpretación será jamás válida para todo el mundo, más verdad hay en una leyenda aceptada como Historia, que en una Historia regateada por una inmensa mayoría. Por eso Shakespeare no se ocupaba nunca de ajustarse a una verdad histórica que no existe.

1952.

El peronismo en sus fuentes



DOLL, Ramón. San Martín y Rosas. en ALIANZA. Segunda quincena de junio de 1954. p.7.

Si se quiere entender de buena fe la ejecutoria que San Martín otorgó a Rosas como defensor de la integridad nacional, hay que comenzar por revisar el tópico de la independencia argentina.

Nuestro país tuvo que separarse de España, cierto, pero también que defender el territorio contra las amenazas que surgían el imperialismo británico por medio de la Corte de Portugal y luego de Río de Janeiro.

La Argentina, tenía dos guardias. Una, para defenderse de España que mantenía su poderío sobre Lima. Esa es la guardia sanmartiniana que luego se convierte en una ofensiva triunfante hasta Peru y finiquitada en Ayacucho.

Otra era la guardia del litoral atlántico, siempre amenazada por el Este, con el Brasil, agente del imperialismo comercial, cuyo 'cénit' ha hecho ya su tiempo y cuyo prestigio ha comenzado a declinar. Económicamente ésta guardia ha seguido siendo débil y vulnerable; pero felizmente ya ha encontrado en la actual Revolución argentina, el paladín que ha iniciado la recuperación de nuestro patrimonio.

Militarmente, el centinela, defensor y paladín de esa guardia fue Don Juan Manuel de Rosas.

Lógico es que fuera San Martín, quien con mejores títulos que nadie reconociera de Rosas, el hombre que había salvado a la República de la amenaza del Este.

Es claro que la Historia oficial se encargó de sobreestimar y declarar la guerra contra España como la única guerra de independencia nacional.

Pero no es así. Esa guerra es una gloria argentina, pero, no es la única. A medida que declina el poder de España (no es un misterio para nadie), surgen las acechanzas de otras potencias europeas codiciosas de las prendas que perdía la corona ibérica. Y esa segunda guerra de independencia, tiene un itinerario bien claro, que comienza acaso con aquellos agentes del Servicio Secreto inglés (léase Cabello, Burke, etc), quienes informaron a la Cancillería de Londres sobre el estado económico y social del Plata desde principios de siglo pasado.

Luego las invasiones inglesas demuestran que la codicia y el apetito de poder no eran un mito de vulgares aventureros, sino una voluntad tesonera que estuvo dispuesta a suplantarse por medio de las armas.

El peronismo en sus fuentes



Continúan poco después la ofensiva, que podríamos llamar atlántica, pero ahora por interpósita persona, con los ejércitos portugueses que invaden la Banda Oriental en 1816 al mando de Lecor.

De todo esto es sabido que la paz con Brasil, que nos hizo perder la Banda Oriental, fue una hábil operación de la diplomacia inglesa en Río; y de todos es también sabido que las largas tramitaciones alrededor de la princesa Carlota, empezadas desde la misma fecha de independencia no tienen otro objeto que (ya perdidas las esperanzas de una ocupación militar) realizar el enfeudamiento económico del Río de la Plata mediante un libre comercio que suponía el monopolio marítimo de Gran Bretaña. Hasta aquí la Historia oficial reconoce todas estas cosas.

El hilo no se corta y cuando Rosas sube el poder, nuevamente la guardia del litoral es amenazada por escuadras extranjeras que aspiran a la libre navegación de los dos grandes ríos. Esta vez, la amenaza está apoyada por la quinta columna unitaria que trabaja desde adentro hasta que triunfa en Caseros con su corolario de 'civilización' que rigurosamente es la ocupación no militar con la entrega total de la Nación. Esta ocupación financiera y económica ha tenido también un término glorioso para el país y hemos tenido la fortuna de presenciarlo.

Ahora bien: quien había comprendido perfectamente que no bastaba la secesión de España, sino que debíamos guardarnos con igual cuidado de otro enemigo más poderoso y más sutil, fue el General San Martín.

Ese es el sentido, el símbolo del legado de Rosas. ¿A quié'n le cabía con más justos título la valiosa herencia? Al que había continuado la obra emancipadora de San Martín, alejando para siempre de las orillas del Plata otras armas extranjeras, como San Martín había alejado las españolas.

Por lo menos las armas, la invasión "manu militare", la conquista del territorio, fueron peligros ahuyentados para siempre. Y no es dudoso que aún ahora muchos argentinos ignoren la calidad y la excelencia de los servicios que prestó esta, otra defensa de la argentinidad. En la Historia oficial se escamotea la verdadera situación de los países débiles en el rotundo, durante el segundo tercio del siglo pasado. Se olvida que la mayor parte de Asia y de Africa fueron ocupados en esos tiempos; que Inglaterra, Francia, Holanda, Rusia y Norteamérica estuvieron dominadas entonces por la idea de extender lo que ellos llamaban la civilización, allí donde el resto del mundo, no sentía ninguna necesidad de experimentar el opio, el alcohol, las

El peronismo en sus fuentes



enfermedades infecciosas y las cajitas de música con que los ejércitos coloniales conquistaban a los reyezuelos negros.

Europa estaba dominada entonces por un apetito trenciendo de llevar chirimbolos mecánicos y armas de fuego a lugares que permanecían como los había dejado el Creador.

Era una fuerza espantosa, em manos de esas voluntades duras como clavos, que se desarrollaban en la extensa roca que se llama Europa. Hay entonces planes delirantes; el gran Chateaubriand propone en Verona repartir la América latina como quien reparte un queso.

Es una de las distorsiones mentales que nos deshonran, no advertir en Rosas un genial exponente de la resistencia, para limitarlo a la pequeña estatura de un jefe de clan que mandaba cortar cabezas.

San Martín se sublimiza en haberlo entendido de otra manera. Todos los errores o excesos que le cuentan de Rosas, son minúsculas peripecias de la vida americana y en cualquier caso, son necesidades impuestas por la guerra.

Y porque la guerra está ahí, oficialicela o no, la historia que se enseña, en las escuelas. Hay una guerra larga apoyada de afuera, complicados en ella los argentinos enemigos políticos de Rosas.

Es una guerra internacional, por eso San Martín maldecía en sus cartas a los unitarios aliados de los invasores extranjeros.

El Libertador, porque sabía de guerras y de heroísmo; porque él había conducido la suya en el Pacífico y porque su espíritu se había mantenido por encima de la ruindad, por todo eso, consagró, en una disposición testamentaria, la férrea voluntad del Restaurador. La consagró, la blasonó, le confirió sus armas.

La suerte ha querido que este gobierno haya desmontado tantos mitos, tantas apariencias institucionales y culturales que no eran nada, que se disiparon como pompas de jabón, y que, en menos de un lustro hayan terminado en el osario general de lo que se olvida sin misericordia, ¿Quién hubiera creído o pensado hace no más que un lustro, que los diarios grandes, la Corte Suprema, los Bernberg, el poderío del capital extranjero, se han desvanecido, no digo en los hechos, pero hasta en la memoria de nuestros connacionales? ¿Quién hubiera creído que doscientos viejos pelucones de los que aparecían en la prensa plutocrática con el pomposo. Calificativo de consulares, se confunden ahora con cualquier oscuro ciudadano en una mesa de dominó de algún club aristocrático?

El peronismo en sus fuentes



Estoy seguro que el mito del rosismo infernal, calumnia maestra de la oligarquía se disipará con el humo que ha de lanzar el papel donde 'La Nación' escribirá el último editorial sobre un tema que ha dado de comer tanto tiempo a sus escribas.

Cumplamos el mandato de San Martín, bregando contra los sofismas y la mentira que envuelven la memoria de Rosas, y por lo tanto, parece que pretendieran desmentir a un varón que fue tan rector y tan juicioso en su opiniones durante su vida y con mayor razón, cerca de la muerte.

Si ya nadie se atreve a decir que San Martín no era el mismo cuando escribió su testamento (nadie se atreve a decir ni siquiera los más acérrimos antirosistas), entonces no le inflijamos un agravio a su memoria, suponiendo que la donación no es el resultado de una experiencia llena de gloria pero batida en el trabajo, en el ostracismo, en el sufrimiento. Hombres así, no nacen legados a capricho, ni por vana ostentación.

Cumplamos todos los mandatos sanmartinianos. Honremos a los que él honró. No dejemos en la sombra, no adoptemos un aire hipócritamente condescendiente con lo que nadie osaría calificar de debilidad senil.

Creo que una declaración franca, caballeresca, no debe molestar a nadie y los mismos frenéticamente antirosistas, deben aceptarla, aunque, si quieren pueden seguir embromando a la gente con degüellos y crujías de Santos Lugares.

La pasión política no puede ofuscar el juicio sobre la defensa nacional. La guerra de Rosas es una guerra más nacional y más internacional que la guerra del Paraguay. No debemos negar loores a ninguna de las dos, porque ne las dos murieron argentinos”.